

*Monte de Oro - 107  
Pajomayo - 17  
San José - 172  
Albarrán - 171  
Tigo - 172*

*M. Obregón*

RELACION  
DEL  
VIAJE DEL SENOR PRESIDENTE DE COSTA RICA,  
GENERAL DON BERNARDO SOTO,  
Á LA  
República de Nicaragua.



RELACION  
DEL  
VIAJE DEL SEÑOR PRESIDENTE DE COSTA RICA,  
GENERAL DON BERNARDO SOTO,

Á LA  
REPUBLICA DE NICARAGUA.

POR  
Pío YÍQUEZ.

1887.

10 DE JULIO—10 DE AGOSTO.



- I.—De San José á Corinto.*  
*II.—De Corinto á Managua.*  
*III.—De Managua á Granada.*  
*IV.—De Granada á Rivas.*  
*V.—De Rivas á San José.*  
*VI.—Apendice.*



SAN JOSÉ  
REPÚBLICA DE COSTA RICA.

MDCCCLXXXVII.

1887



## I.

### DE SAN JOSÉ A CORINTO.

Nos deslumbra todavía la brillante acogida que el Gobierno y pueblo de Nicaragua dieron en el seno de la república al primer magistrado de Costa Rica, General don Bernardo Soto, y á su comitiva. Los recuerdos se disputan el puesto saliente y se agitan y chocan rebeldos contra toda división y clasificación y aun contra la cronología. Tan desordenados como deliciosos, forman grupo en nuestro cerebro, y el ánimo aturcido tiene que reconocer su impotencia para darles alojamientos numerados. Hemos de confesar que la perplejidad ha embotado y roto muchas veces los puntos de nuestra pluma; pero deseosos de ofrecer á nuestros lectores la relación del viaje, insistimos en la tarea. Es también, por otra parte, dulce y gratísimo para nosotros aplicarnos á bosquejar los cuadros en que puedan ser á lo menos adivinados los primores de una sociedad, que, por mil caminos, supo poner alas á los días venturosos que vivimos en su seno.

Quisiéramos ser prolijos; no perder de vista ni uno solo de los acontecimientos: todos ellos tienen interés que los salva, muy especialmente los que se relacionan con nuestra estada en Nicaragua. Mas, aunque sea contra nuestra voluntad, hemos de ceñir la narración, principalmente, á aquellos sucesos que se armonicen más con la índole oficial del trabajo; esto no impedirá que procuremos amenizarla y que muchas veces hagamos burlas á la sequedad y retrainimiento del estilo. En cambio de no asfixiarnos en el estrecho campo del oficial, nos disponemos á romper lanzas con la crítica. Mucho nos quedará faltando. Tenemos fe en el amor y el entusiasmo que nos inspiró la república hermana, y esperamos poder completar más tarde nuestro trabajo al calor indeclinable de esos nobles sentimientos.

El diez de julio, á eso de las once de la mañana se emprendió la marcha. Fué el palacio presidencial el punto de partida. El señor Presidente y su comitiva de viaje caminaron á pie hasta la estación del ferrocarril, acompañados de numerosos amigos. El General don A. de Jesús Soto, ya entonces en posesión de la presidencia de la república, como primer designado, fué uno de los principales personajes que formaron en el acompañamiento. El pito de la locomotora dió la señal de partida; los últimos adioses se perdieron en la distancia y en el ruido dominante del tren que echaba á correr; desapareció el panorama hermoso de nuestra capital, y melancólicas incertidumbres aletearon algún tiempo sobre la frente de los viajeros.

Media hora, y el tren se detuvo en la estación de Heredia. Multitud de personas habían acudido á despedirse del Jefe de la nación, y habría sido injusto no acoger bondadosamente sus adioses. Media hora más, y el tren se detuvo en la de Alajuela. Las cabalgaduras estaban listas. Gente de todas clases había invadido el paso; pero, sin perder más tiempo que el necesario para apretar la mano de los más allegados, se prosiguió el camino con dirección á Atenas.

Mientras se avanza hacia esa villa, veamos qué

personas componían la comitiva del benemérito General. Seguiré hablando en singular, puesto que sólo yo redacto, y muchas veces tendré que colocarme en situaciones que no permiten sociedad.

Divido el acompañamiento en cuatro grupos: el de intimidad ó de compañeros por excelencia; el de edecanes, el de comisionados y el de mozos y asistentes.

Componíase el primero de los señores Licenciado don Cleto González Víquez—ministro de relaciones exteriores—don Manuel Aragón, Licenciado don Gerardo Castro, Licenciado don Ezequiel Gutiérrez, Doctor don Juan José Ulloa, don Camilo Mora, don Pablo Brolley y don Pío Víquez. Los he enumerado en orden al recuerdo, sin tomar en cuenta las calidades de su posición; que todos, desde que salimos de San José, pisamos sobre un mismo nivel, pues vivimos bajo un mismo paralelo en la amistad y la estimación del Jefe. El pequeño grupo vinculado por recíprocas afecciones, formaba una diminuta pero envidiable república, donde la primera autoridad y su ministro nada obraban en la vida común, sino de acuerdo con la opinión y los intereses de todos.

El grupo de los edecanes componíase de cuatro excelentes muchachos, militares bizarros, ceñidos siempre á la disciplina y conocedores de sus deberes sociales.—Los presento con verdadero placer: José Aguilar—teniente coronel—, Manuel Ulloa—sargento mayor—, Rodolfo Rojas—sargento mayor—y Alberto Soto—capitán.—Estos no tenían voto, no deliberaban; pero en cambio vivían en el cariño entero del General, y en todo el aprecio y consideración de sus compañeros.

Los comisionados eran don Isidro Incera, español bien conocido por su afición al Jefe, don Manuel Vargas, don Francisco Ugalde y don Juan Antillón.

El grupo de los asistentes se componía de nueve individuos.

Agregados á la comitiva, marcharon el ingeniero don Luis Matamoros, hasta Puntarenas, y el licenciado don Jesús Hernández Somoza, hasta la ciudad de Managua. Este último había venido de Nicaragua, trayendo



pliegos de su Gobierno al Presidente de Costa Rica, quien en todo el camino le prodigó muy distinguidas atenciones.

Me complazco en decir que la denominación de *ticos* que se da á los costarricenses en las otras repúblicas de Centro América, nosotros los viajeros no la merecimos nunca mejor que durante el viaje. Nos quisimos grandemente. Si el diminutivo no salía á relucir en la palabra, por lo que hace á la armonía, apego y fraternidad que reinó entre nosotros,—sin excluir al Jefe,—es evidente que recorrimos toda la escala de las desinencias cariñosas. Sin embargo, esto no impidió que el General, que daba el tono á las costumbres amables que prevalecieron, introdujera, para ante los nicaragüenses, diferencias de forma entre los tres primeros grupos.

Los compañeros por excelencia tuvieron siempre asiento en la mesa del Presidente, y con éste se alojaban bajo un mismo techo, si había comodidad.

Los edecanes, no obstante las consideraciones que en el fondo se les tuvo constantemente, por motivos de disciplina hubieron de vivir apartados del primer grupo, donde fué posible. Generalmente hacían vida de hotel.

Los comisionados estaban á mayor distancia en las atenciones del Jefe, pero formaban gremio con los edecanes.

Los gastos de toda la comitiva, aquellos de primera necesidad y muchos de lujo, corrieron por cuenta del Gobierno de Nicaragua, mientras pisamos suelo nicaragüense. Era curioso ver cómo se nos hacía difícil darle salida á un sol; pero ni siquiera á un décimo. El cochero, el hotelero, el cantinero, rehusaron siempre nuestra paga.—Con todo, el esmerado General Soto ordenó á su tesorero que suministrara diariamente fondos bastantes á los edecanes y comisionados, y puso á la disposición de cada uno de sus compañeros de intimidad, el dinero que pudiese necesitar.

Me llena de orgullo poder asegurar que fueron intachables los usos y costumbres de la comitiva. La alegría, el entusiasmo y la buena vida no abandonaron un

instante la escena; pero la educación, la caballerosidad y el buen tono fueron siempre sus colaboradores. Si alguno sonríe porque yo lo digo, excluiré mi nombre de la lista, pero seguiré haciendo justicia á mis compañeros.

Ahora continuemos la marcha; nos urge caminar; el viaje es largo. Demos un salto sobre las paradas, entretenimientos y libaciones de camino. El sol caldeó hasta el otro lado del río Grande y fué preciso contrarrestar las quemaduras de su llama con bebidas refrescantes. Algunos tenían la opinión de que el brandi hace mejor en tales casos.

Ya estamos en Atenas. Hemos burlado las amenazas del cielo. Nubes pardas y densas se apresuraban á enfriarse para caer sobre los caminantes. Se chasquearon; pero Mr. Biolley estuvo á punto de ser sorprendido por la terrible descarga. Caballero sobre un venerable *rocín* de pacífico carácter y reposado continente, hizo lo que parece muy natural: entregarse á graves contemplaciones y metafísicos pensamientos; elevarse á las cumbres y reflexionar sobre el porvenir del mundo. Por fortuna el viento frío y amotinado que empujaba las iras de Dios, le azotó á tiempo las espaldas. Comprendió el peligro, hizo con la espuela saludables y enérgicas requisitorias á la cabalgadura, y logró ampararse bajo el techo que ya cubría á sus compañeros, cuando las avanzadas del aguacero y del huracán disparaban sobre sus huellas. Los magníficos meteoros desataron inmediatamente toda su cólera. Satanás descendió sobre los relámpagos, deseoso de refrescar su temperatura infernal, y puso en juego todas sus malas artes para agrandar los agujeros á la regadera y para darse la mecida más estupenda en los aires atenienses. Por algunos minutos llegamos á temer que la casa fuera arrancada de sus cimientos y que echáramos á volar por esos mundos delgados donde Dios quema el rayo y rueda el trueno. Días después, alguien contaba á sus oyentes estupefactos que los chorros no lograron humedecer las calles, porque el huracán los hacía polvo y nube antes que tocasen el suelo. El cuento no pasa de ser

historia peregrina, pero se acerca á la verdad. Lo que no tiene nada de mentira, es que hubo árboles rotos y maltrechas sementeras.

Comimos como Dios quiso, y tan pronto como la noche cerró, buscamos el reposo. Lechos y ropas no habrían merecido ciertamente gran alabanza, pero sí gran vituperio. Sin embargo, bien poco tuvo que hacer el sueño. Su dedito sedoso no había tocado aún en nuestros párpados, cuando éstos se entornaron sintiendo ya la cosquilla.

Montados nuevamente á las cinco de la mañana, acabamos de despertar. El aire matutino estaba tibio, travieso y perfumado. A su contacto se dilataron briosamente nuestros pulmones y todas las venas se alegraron con el calor de la vida. Recibió el cognac nuestro saludo respetuoso y echamos á caminar.

Amigo de las quimeras, me detuve á conversar con el paisaje ó con los espíritus invisibles que abrían las puertas del cielo á los rubios albores. La primera luz temblaba ya en el perfil de los montes, y en hebras delgadas caía sobre los valles. La hora y el lugar eran á propósito para los dulces deliquios, y amor agitaba sus alitas sobre los rayos del alba. Algunos aficionados al rapazuelo se dignaron acompañarme en mis excursiones por el éter.

Llegamos á la cumbre del monte, del famoso monte del Aguacate. Cresco acudió á mi memoria; pero calculé su fortuna y con desdén lo arrojé del aposento.— Pobres eran las arcas del rey de Lidia. Yo tenía á mis pies una montaña de oro. Reflexioné sobre la importancia del precioso metal, sobre lo mucho que contribuye á la felicidad del hombre, y á la grandeza y poderío de las naciones; y dije:—“por qué no ha de ser grande Costa Rica? por qué no ha de ser poderosa Centro América? Cuántos archimillonarios ocultos en las entrañas de este monte gozan egoístas de sus tesoros sin pagar tributos al Estado! Cuántos caminos de hierro, cuántas escuadras, cuántos ejércitos, cuántas obras del arte y de la ciencia, cuántos fiscos valiosísimos, cuánta cultura y es-

plendor colocados inútilmente bajo esta mole pesadísima! Venturoso aquel día en que sean desgarradas las entrañas del gigante!"—Hay varias empresas mineras, pero puede haberlas en número mucho mayor, y en condiciones más ventajosas. Se necesita inmigración, bastante inmigración. La agricultura y el comercio se tragan nuestras fuerzas, y si no vienen muchas gentes de fuera á engrosar nuestras filas, quién sabe hasta cuándo no podremos dedicar suficiente atención á las demás industrias.

La mirada dominó desde la cumbre del monte una vasta región á los cuatro vientos, más arrugada todavía que la cara de la vejez, pero más afelpada y lustrosa que el rostro de una mujer en primavera. Era de ver cómo el trabajo había estampado su callosa mano en aquella naturaleza riquísima. De frente teníamos el mar al alcance de los ojos, pero sólo la imaginación logró verlo al través de la bruma.

Calentamos la espuela en el ijar de los brutos, que ya se dormían, merced al rapto de nuestras almas, y con toda prisa proseguimos la jornada. El descenso fué penoso. La lluvia del día anterior había jabonado el zigzag. En el último recodo ocurrió un percance que estuvo á punto de ser funesto. La suerte nos tendió la mano en el peligro, y lo que pudo ser motivo de consternación, lo fué de burlas, de risa y de buen humor. La bestia que montaba Aguilar dió una zafada de cascos, y el edecán fué á tierra con el bruto. El socorro fué oportuno y todo quedó en su lugar.

Es tarde y conviene llegar á San Mateo, donde hallaremos un buen refrigerio para nosotros y un pienso para las bestias. Ya entramos por el portón de la casa de huéspedes. Ya nos recibe el amigo Arce. La caminata fué pesada, pero el almuerzo restauró nuestras fuerzas. De la mesa al camino. El General es inflexible. Es hombre ejercitado y la fatiga no le hace mella jamás. Fué el primero en abandonar la posada. Todos nos movimos prontamente. La pereza nos hacía guiñadas, y las cuatro leguas que nos separaban de Esparta,



nos fruncían el entrecejo. Hubo choque, pero venció el amor propio si no el deber.

El sol ensañábase más y más á cada momento contra nuestras pobres humanidades. Su rayo ardiente era ecuatorial. Me acordé del Febo horrible que se bebe toda el agua del desierto africano, y bendije al Apolo de nuestro cielo que se contenta con achicharrarnos la piel, en cambio de permitir que no perezcamos de sed. Verdad es que no pedimos favores á los ríos ni incomodamos á las Rebecas: ya conocíamos la eficacia del brandi. El calor es del demonio y las cuevas del infierno. Qué camino tan quebrado y monótono al mismo tiempo! Si no fueran los arrozales, las milpas y los trigales que á intervalos refrezcan los ojos con su verdura ó los alegran con sus espigas de oro, sería verdaderamente insufrible. Yo no quiero detenerme en ese calvario de la paciencia, y así, lector, permitid que me desmonte ya en la estación del ferrocarril de Esparta.

Llegamos á eso de las tres de la tarde. Desde Atenas habíamos recorrido ocho leguas, y no leguas como quiera sino de las del cacho. En San Mateo paramos dos horas y media; de modo que caminamos de firme siete horas y media. Bebimos algunas botellas de cerveza; las suficientes para engañar el cansancio. Bien molidos estábamos, pero dichosamente no teníamos que andar más á caballo. Pronto anunció la locomotora que era tiempo de partir para Puntarenas. En una hora nos trasladamos al puerto. Don Francisco Röhrmoser nos recibió en sus brazos; y ¡oh qué brazos! si parecen de seda.

El Marqués de Valdegamas asegura que O'Connell fué un pueblo, es decir, Irlanda. Pues yo digo que el famoso orador inglés envidiaría al famoso caballero alemán. Don Francisco Röhrmoser es un puerto, y puerto de salvación, es decir Puntarenas, cuando se halla en completo estado de sanidad. Amigo íntimo del General Soto, y sincero y cariñoso amigo de casi todos los individuos de la comitiva, ese hombre excelente apuró todos los recursos de su bondad para hacer amable y fácil nuestra vida costena. Sus atenciones tan delicadas para

con el señor General, habrían bastado á comprometer nuestra gratitud. Pero es el caso que también gastó finezas inolvidables con todos los compañeros del Jefe. Su casa alojó al Presidente, al Ministro y á algunos otros, pero fué frecuentada de todos como casa propia. ¡Qué hombre tan desprendido, qué hombre tan bueno es don Francisco! Quién pudiera visitarlo con alguna frecuencia! El cognac más adorable, los cigarros de la Vuelta Abajo, la cerveza de allende el Rhin, y el cocktail á la rigurosa panameña, fueron en su casa nuestros vasallos humildes. Verdad es que á veces, á fuerza de ser obsequiosos, nos habrían puesto en peligro de ser sus esclavos, si la virtud no nos hubiera salvado.

Dos días pasamos alegremente en Puntarenas. La ciudad estaba animadísima. Tenía una temperatura bastante tibia, pero no ardiente. Su aire acariciaba los sentidos sin irritarlos; los estimulaba pero no los enloquecía. Tuvimos la comida en el hotel de Macádam.— Don Francisco y otros amigos, casi siempre se sentaron á la mesa con nosotros. Las dos noches fueron deliciosas, parecidas á las mil y una. El tamborito y la marimba hicieron de las suyas, y las vivarachas y bailadoras mulatas nos habrían divertido con su sandunga, si hubiésemos sido gente de menos buen juicio. La poca no poco contribuyó á aligerar las horas.

La tarde del trece fondeó el "San Blas," vapor que no debía tocar en Puntarenas. Fué llamado de Panamá por medio de un cablegrama. El señor Presidente consideraba como una desgracia tener que embarcarse en alguno de los buques costeros. Tenía razon; qué vapores tan malos! Con justicia se les llama las *carretas* del Pacífico. Veremos si el Marqués del Campo no los echa á pique con sus rápidos. Don Francisco Röhrmoser dió nuevo testimonio del celo con que atendía al señor Presidente. Entendido del disgusto que le causaba el vapor costero, se entendió por cable prontamente con el capitán Dow, agente de los vapores de la línea en Panamá, quien sin dificultad ninguna admitió la propuesta que se le hacía de enviar el "San Blas" á Puntarenas. Lo

que agradecemos todos esa fineza estuvo en razón directa de la satisfacción que nos daba ver obsequiados cumplidamente los deseos de nuestro Jefe. Luego dedicaremos unas líneas al agente de los vapores. Las merece bien.

Antes de que nos arrojemos al mar, quiero decir cómo los mentirosos merecen ser colgados, y cómo los timoratos deben vivir encerrados sin pensar ni siquiera en paseos. Estábamos de pascuas en Puntarenas, calculando poco más ó menos el modo como nos divertiríamos en Nicaragua, cuando he aquí que un fantasma color de cera, parecido á los espectros que cuidan los cementerios por las noches, irguióse de improviso en medio de la comitiva. Cayeron las alas del corazón, la sangre detuvo su curso, crispáronse los nervios, el horror abofeteó los rostros y nos pusimos yertos y lívidos como el día en que nos han de enterrar. Qué horriblemente nos miramos. Las cuencas estaban vacías. A la presencia del invasor audaz, los ojos espantados habían ido á buscar refugio en la nuca. Los labios convulsos se dijeron con loca sonrisa lo que pasaba: "La fiebre amarilla y la disentería están en Corinto y Managua!" Hubo quien sintió inmediatamente que se vaciaba en vómito negro, y no faltó quien abandonara su puesto para correr á la botica y á la estación del ferrocarril, diciendo entre dientes, como quien está en agonía "yo me las largo! yo me las largo!" y no habría parado hasta San José, si la sangre fría del General no lo hubiese sujetado como una mano de hierro. Afortunadamente el miedo no pasó de ser pánico. Era todo mentira, invención de gentes mal entretenidas. Sin embargo, el Jefe salvó su responsabilidad, diciendo: "el que quiera volver la espalda tiene libertad para hacerlo." Mi maletilla se abrió y volvió á cerrarse con todos los trapitos. Miré de un modo sospechoso á mis compañeros y dí algunos pasos para atrás mirando hacia adelante, y diciendo en mi corazón: por fas ó por nefas, yo me las pongo en el cogote: Juan de Segura vivió muchos años: no quiero llorar en la tierra de la calvicie la viudez de mi mujercita ni la orfandad de mis niños. En ello estaba, cuando una relación

seductora me hizo abrir tamaños ojos. Se hablaba de unos telegramas de Nicaragua. Decíase en ellos que el Gobierno había hecho grandes preparativos para recibirnos, y que los nicaragüenses estaban en Corinto con los brazos abiertos esperando á los *hermaníticos*. Dí pronto el sesgo: me resolví á quedarme. El sentimiento que me venció es fácil de adivinar.

A las seis de la tarde nos embarcamos. El golfo estaba de mal humor, y fué buena la columpiada que nos dimos para llegar á bordo. Intenté quedarme en el muelle antes que verme expuesto al vaivén mal seguro de las olas; pero había muchos espectadores y el *qué se dirá* vino á sonar fuertemente en mis oídos. Pronto fueron distribuídos los camarotes, y cada cual tomó posesión del suyo. El buque no debía zarpar hasta el día siguiente. Tuvimos que dormir anclados. Esta circunstancia nos encogió de hombros y puso severas nuestras frentes. Cualquier minuto perdido nos desesperaba.— Colón y los portugueses ansiaban llegar á las regiones maravillosas del Catay y de Cipango, y nosotros nos desvivíamos por arribar pronto á las playas amigas de nuestra patria nicaragüense. Todós soñamos esa noche que hundíamos la planta en las arenas lucientes de Corinto y que llenos de júbilo nos abrazábamos á nuestros hermanos. A pesar de la grima dormimos profundamente. El buque apenas coqueteaba como una niña ruborosa, pero su débil balanceo nos narcotizó fácilmente al arrullo de las ondas. Yo no supe á qué hora zarpó la nave.— Cuando desperté, montábamos el cabo Blanco. Saltamos apresuradamente de los camarotes. Los que ocupábamos segundos lechos, estuvimos á punto de rompernos el bautismo. El batacazo nos hizo recordar la altura á que nos habíamos colocado. Cómo es cierto que las cumbres traicionan las más de las veces! La decoración había cambiado por completo. El mar estaba espléndido; el cielo como un espejo. Los dos se miraban celosamente, y cada uno avivaba el brillo de su rasgado ojo azul. El espolón de proa, semejante á una nariz enorme, se hundía y se elevaba con una pereza deliciosa;

pero cortaba las ondas como hienden el aire las alas de los pájaros.

Dejemos la poesía, que, por ser señora de muchos melindres, no se deja galantear sin condiciones; y mientras llega la hora de almuerzo, digamos algo del capitán. El capitán es todo un hombre de bien: educado, bondadoso y complaciente por demás. Entrado en años, pero no viejo gotoso, inspira al mismo tiempo confianza y respeto. Es natural que el Jefe de una nación sea tratado en todas partes con miramientos no comunes; pero no es corriente que todos los hombres, ya de tierra, ya de mar, conozcan su deber ó estén de llano á cumplirlo. Los que obran como es necesario tienen mérito y son dignos de alabanza: yo la tributo al excelente capitán Mr. Chapman. Modesto, simpático, abierto y caballero, llegó á interesarnos de tal manera, que cuando le dijimos adiós, nos pareció que dejábamos en la mar á un antiguo compañero, á un amigo de muchos años. El Presidente hizo propósito de enviarle algún regalo en testimonio de aprecio y de agradecimiento, y don Manuel Aragón fué encargado de ejecutar el designio tan pronto como hubiese regresado á Costa Rica. Podéis imaginar la vida que hicimos á bordo, ya que sabéis qué clase de hombre es aquel bajo cuya dirección navegamos. Hubo siempre especialísimas atenciones para el Presidente y por lo mismo para los suyos. Mesa separada y servida con distinción, camarotes escogidos y obsequios abundantes.— Aquí es oportuno recordar lo prometido, y dar cumplimiento á la promesa. Debemos unas líneas al otro capitán, al agente general de la línea de vapores en Panamá, á Mr. Dow. Este caballero, á quien de buena gana conocería para ofrecerle mis respetos, es digno de todo encomio por la solicitud que puso en complacer al señor Presidente; por las órdenes que dió para que fuese obsequiado á bordo con el tratamiento más delicado. Sabemos que hizo un notable rebajo en el precio de los pasajes. En nombre de la comitiva le envió un buen caudal de recuerdos gratos y de sincera estimación.

A las doce del día acudimos á la sala. El Gene-

ral nos recordó que era 14 de julio. Bebimos por la Francia unas botellas de champagne en celebración del glorioso aniversario.

Navegamos con toda felicidad. El sol del cenit calentaba fuertemente. El Papagayo amodorrido apenas respiraba y se movía echado con indolencia á lo largo de sus dominios. La tarde refrescó el ambiente, y con sus dijes hermoseó el espectáculo. El cielo se puso de gala, y las ondinas, danzando á flor de agua, lucieron sus túnicas teñidas en azul de prusia, y ornadas de listones color de fuego y de encajes livianos que parecían espumas. La noche puso término á la fiesta crepuscular. Colgó en las alturas su manto estrellado y nos acarició con su aliento convidándonos á reposar. El buque se mecía con ritmo más sensible, y el canto de las aguas entornó nuestros párpados.

Nos levantamos de prisa, lo mismo que el día anterior. El buque había caminado mucho, y Corinto estaba cerca. Queríamos ver con los ojos lo que sólo habíamos visto con el alma. Los sentidos tienen sus fueros y no se contentan con las alegrías espirituales. Los deseos prolongan el tiempo y la distancia; hacen rabiarse siempre. Los nuestros fueron generosos por demás; pegaron sus alas al buque y éste corrió con más velocidad. Cuando el pensamiento solo de que nos aproximábamos era bastante para llenarnos de alegría, vimos estremecidos de júbilo que la fortuna llevaba más lejos sus cariños. El Cardón se presentó de repente á nuestros ojos. Espectáculo soberbio. Aquellas lenguas de tierra que se adelantaban en el mar para recibir los besos de la onda y lamer las espumas que llegaban á sus bordes como blanquísimos merengues: aquellos peñascos altaneros que semejan á cierta distancia gigantes que se divertían en romper las olas á puñetazos: aquellas gargantas profundas, por donde el buque no pasaba sin previo permiso solicitado con todo el aparato de una pomposa humildad: todo aquello era para volver al revés nuestro juicio. Los ojos se iban por encima de tanta magnificencia, y las manos que se levantaban en ademán de admi-

ración, pareció que pedían al cielo ojos para ver. Ibamos tan cerca de tierra, que ya casi la tocábamos, cuando el cañón atronó los aires con su estallido. Una explosión de entusiasmo surgió de nuestros pechos, y al pasar los hurras por nuestra boca, casi la rasgan. Ya estamos en la rada. ¡Quién se atreve á describirla! Dicen que el silencio es elocuente, y á él me atengo, antes que perder mi *buen reputación*. Doce naves lujosamente empavesadas, pertenecientes á distintas nacionalidades, se tragaron nuestras miradas, y apenas pudimos adivinar por lo pronto que no era un escuadrón de nubes sino de gentes lo que cerraba el paso allá en la playa. No era el enemigo que se agrupaba para oponernos resistencia: era Nicaragua, que, representada en aquel batallón de sus hijos, extendía los brazos para recibir á sus hermanos. La nave de guerra norteamericana "Juniata", surta en aquella bahía, saludó al Jefe de Costa Rica con veintiún cañonazos, que disparó en el corto tiempo que nuestro buque gastó en pasar á su lado. Con dos cañones hizo el prodigio. ¡Qué artilleros, Santo Dios! Mientras tanto, Corinto se quemaba, y nuestros pulmones se fortalecían con el olor de la pólvora. A las nueve de la mañana vimos realizado el sueño que nos acarició la primera noche de mar. Habíamos hundido nuestras plantas en las arenas chispeantes de las playas corintias, y nuestra patria nicaragüense nos había recibido en su suavísimo seno.



## II.

### DE CORINTO Á MANAGUA.

Estamos en Corinto, y mi alma principia á contristarse. Con cuánta razón me estremezco y lleno de miedo! No murmuréis, por Dios; no forméis juicios temerarios, y permitidme que con toda libertad tiemble de polo á polo; desde la punta del pie hasta la cabelluda cima del cráneo. Y cómo no he de afligirme si todo cuanto en torno miro y escucho se convierte en mi enemigo acérrimo, que me quema con risas que parecen cauterios, y me hiere con sarcasmos que parecen puntas de acero? Cuanto me rodea en ofensa de mis ojos, que ya vierten lágrimas, se acerca taimadamente á mi oído, y quedo, muy quedo me dice: ahora sí que estás perdido: mira, oh cronista en cierne! cómo se va de bruces tu pequeña fama. Más te valiera no haber tenido la audacia de venir en la comitiva de tu digno Jefe. Más te valiera volver la espalda, poner pies en polvorosa y no parar hasta tu casa. Los enemigos de la tranquilidad de mi alma

tienen sobrada razón para mofarse de mí ¡desventurado! Bien me lo dijeron los prudentes: “en tales apuros has de verte, que muy dichoso serás si de ellos logras escapar con la cabeza sobre el cuello.” Y heme aquí con la pluma en la mano, y sin saber moderar las palpitaciones de mi pecho y la ofuscación de mi cerebro. Si yo supiera alguna de esas invocaciones clásicas con que los poetas griegos y latinos cautivaron las musas hasta ponerlas muy humildes á su servicio, ya podría conjurar las malas voluntades que me muerden, diciendo, si no con frase gentil, con palabra exacta, que es lo que veo y que es lo que escucho. No lo conseguiré, mi derrota va á ser infalible. Me queda un recurso solamente; callar, hacerme el lelo.—Decir que el General Soto fué recibido con demostraciones de la más afectuosa cordialidad; que en honor suyo se hicieron muchas salvas de artillería; que fué el primero en abrazarlo á bordo el simpático General Urtecho, de quien no se qué admirar primero, la bizarría ó el talento; decir que fué el segundo en apretarle la mano, el señor Comandante del puerto, Coronel don José L. Guerrero, y que uno y otro personaje lo acompañaron á tierra; decir que los cañones reventaron y la banda marcial dió al aire la marcha de los SS. PP., tan pronto como se notó que el señor Presidente Soto descendía por la escala del vapor; decir que nuestro buen amigo el inteligente y bondadoso joven Licenciado don Pedro González, Subsecretario de Gobernación, y el distinguido caballero don Alejandro Argüello—Diputado—fueron los primeros en recibir al viajero á orillas de la playa; decir todo esto y otras muchas cosas que son del caso y que es preciso decir, no es malo; pero decirlas mal es una simpleza. Un recuerdo feliz viene á sacarme de angustias.

La Gaceta Oficial de Nicaragua, en su número 32, correspondiente al 23 de julio, registra un extenso editorial, que se refiere en su mayor parte al asunto que nos preocupa. Es bien seguro que el redactor de esa hoja no sabe, ni siquiera sospecha hasta dónde viene á protegerme su trabajo tan precioso como exacto y com-

pleto. No he de ser remiso en poner á su disposición lo que bien le pertenece. Me hace un servicio de mucho precio, y por ende le debo un millón de gracias: se lo remito con la firma y sello de mi sinceridad. Si no toma á mal que haga mío lo suyo le quedaré todavía más obligado. Quiero copiar al pie de la letra una parte de su editorial. A la orilla de la playa hemos visto ya á don Pedro González y al Diputado don Alejandro Argüello.—Sigue la copia.—

“A corta distancia y bajo un hermoso arco, estaban los señores Ministros Guzmán y Castrillo; y en seguida las comisiones en el orden siguiente:

Lic. don Buenaventura Selva, Presidente de la Suprema Sección Judicial de Occidente.

Doctor don Roberto Sacasa, Presidente del Pro-tomedicato.

Lic. don Miguel G. Granera y don Mariano Barreto, Comisionados de la Municipalidad de León.

Don Bernabé Mejía, en representación de la Municipalidad de esta capital (Managua).

Los señores don Silvano Matamoros, Licenciado don Miguel Ramírez G. y don José Madriz, por el Instituto Nacional de Occidente.

Licenciado don Fruto Paniagua, por la Junta de Fomento de Corinto.

En la plataforma que está al pie de la escalera que conduce á las habitaciones principales de la casa nacional, estaban los señores don Jesús Monterrey y don Vicente Solórzano: en la parte superior, los señores don Eduardo García y Coronel don Samuel Talavera; y en la puerta del salón fué recibido el señor Presidente por los señores don Pedro Balladares y don Fernando Lacayo.

El señor General Urtecho hizo las presentaciones del caso, terminadas las cuales, el señor General Guzmán invitó al señor Presidente Soto, á los miembros de su comitiva y demás caballeros, á tomar un cocktail;—y con esta ocasión se cruzaron frases de amistad entre el Jefe de la hermana República y nuestros Ministros.

En seguida se sirvió el almuerzo, reinando durante él la mayor cordialidad y animación.

El señor Presidente Soto recibió invitación para ir á bordo del Juniata, en donde fué objeto de las mayores atenciones de parte del Comandante y la oficialidad, habiendo recibido los honores correspondientes á su elevado rango.

A las dos de la tarde salía el tren de Corinto. . . .” El cuadro hasta aquí ha sido perfecto, quién lo duda?— Pero aunque las dificultades vuelvan á precipitar mi paciencia y los temores á traerme pusilanimidad, he de ensayar algunas notas sobre cosas ajenas y mías.

Desde luego, considero como caso de conciencia hacer constar que aquel cocktail á que se refiere mi amigo el cronista nicaragüense, yo no lo ví, no fué posible que lo viera. Háceme ahora la boca agua, pues ya me figuro que un cocktail, y hasta dos. . . .entre nueve y diez de la mañana, cuando el estómago se dispone á entrar en luchas desesperadas con el almuerzo, deben ser algo muy corroborante y aperitivo. No pongo en duda (y cómo había de ponerlo, si quien tal dice merece no sólo el mío sino todo ajeno crédito) que el cocktail fué delicadamente ofrecido por el señor Guzmán, y saboreado con delicia por cuantos tuvieron la fortuna de estar presentes en el lance. Lo que sí debo poner en duda más elocuente que *La Duda* de Núñez de Arce, es que yo no hubiese quedado muy satisfecho de haber gustado el susodicho aperitivo con el paladar, ya que la suerte contraria no me permitió gustarlo con los ojos. Ahora diré, antes de pasar á otra cosa, en que estribó mi mala andanza.

Vuelvo á decir que llegamos á Corinto, por si alguno ha osado tomar á broma lo referido desde el comienzo de este artículo y fin del anterior. Anclado el buque y ya tendida la escala, nos dispusimos á descender sin pérdida de tiempo; pero así los nuestros como los extraños formaron en el puente un barullo tan extraordinario, que yo, que no puedo preciar-me de forzudo, y que por otra parte, soy, como todos lo saben, de bien media-

na estatura, tuve la desgracia infinita de verme luego convertido en miserable *vai viene* ó sea en objeto apropiado para el juego de la pelota. Esta circunstancia deplorable fué algo así como la introducción de un capítulo que yo titularía:—“De como hay hombres desdichados no tanto por su mala cabeza cuanto por los rigores del sino.”—Luego que no quedaban en el vapor sino la tripulación y los animales destinados al triste fin de perecer para que otros vivan, llegó—¡ya lo creo!—mi turno de echarme á tierra. La impaciencia me trabajaba ferozmente, y el sudor que con motivo de la congoja y del aire abrasado que me rodeaba, corría como moro sin señor por toda mi humanidad, acabó de dar al traste con mi bella índole, á tiempo que me descolgaba sobre el bote. En el momento crítico, ciégame los ojos; faltó sostén á uno de mis pies, y muy á pesar mío tuve que saber lo que nunca me interesó; que el agua salada no es salada sino amarga: con la mismísima boca hube de dar un buen sorbo. Aun los remeros descamisados tienen á veces sus buenos parches: mediante la conmiseración de los que iban á conducirme, logré enderezarme, cuando una onda que seguramente se alegraba del mal de su prójimo, corría á darme su latigazo con la crinada cresta. Llegué á la orilla de la playa, pusieron la escalerita para bajar, pero yo, que estaba más irritado que húmedo, cimbré el cuerpo y con fiera arrogancia me lancé de un salto. Inútil es decir que me recibieron cariñosamente las aguas, y que en ellas me hundí hasta la rodilla. La rabia y la desesperación colmaron su medida y á costa mía se divertieron á sus anchas. La gente que observaba era mucha. Noté que cuchicheaba y sentí que mis ojos se convertían en carbones encendidos, que la sangre á borbotones golpeaba mi pecho y luego en llamadas invadía mi rostro; pero cuando al aproximarme á los grupos y sobre todo al atravesar por ellos, ví que los ojos de cada cual relampagueaban con aire de mal disimulada satisfacción, y que todos los labios se plegaban con la sonrisa desesperante de quien se goza en el infortunio ajeno, entonces... ay! entonces *más quisiera*

*no haber nacido!* la playa giró vertiginosamente, dió un vuelco mi cabeza, mi pie quedó sin sustento, y la luz radiante del día se descompuso en menudas y fugaces chispas. En vano me propondría recordar el modo como llegué á encontrarme en los corredores del alto de la casa de gobierno. Estaba tan corrido, tan infinitamente acobardado, que pronto hube de ser objeto de un nuevo desastre. Se llegó á mí don Ezequiel Gutiérrez acompañado de un joven, y me dijo: el señor don Pedro González, Subsecretario de Gobernación, desea conocerlo y ser su amigo. Con ojos de estúpido mirándolo vagamente, permanecí en silencio tal vez un minuto. Al fin me resolví á hablar, á hacer el saludo de estilo; pero di la mano al señor Gutiérrez encorvándome á la alta escuela, y dije luego al señor González, qué tal, buena pieza? Lo demás ¡oh lector! podéis adivinarlo. Yo no supe de cocktail, ni tampoco de almuerzo. Me faltaba tiempo para maldecir mi estrella y deplorar mis desgracias.

Corto el episodio que ya se ha prolongado bastante, y entro en plena madurez. Qué feliz fuera yo, y cómo gozaríais con mi relato, si pudiera recordar con fidelidad cuanto allí en Corinto sucedió desde las nueve de la mañana, hora en que desembarcamos, hasta las dos de la tarde del mismo día 15 de julio, hora en que el señor Presidente y su comitiva, ebrios de alegría que rayaba en las cumbres del entusiasmo, se dejaron arrastrar por el tren que corría hacia el interior de Nicaragua, acompañados de un buen número de escogidos nicaragüenses, sobre un camino de hierro, que me obligó á establecer comparaciones bien poco complacientes para mí que soy tan extremadamente localista hasta no admitir, por ejemplo, que la ciudad de Nueva York sea ni siquiera en un detalle superior á mi querido San José.

El Jefe, como todos lo sabemos es joven todavía, tan joven como quien siente aletear en su alma las esperanzas y cantar en coro las ilusiones; pero yo me atrevo á decir que en esa mañana hermosa de nuestro arribo á *Corinto*, la juventud refrescó más amablemente su rostro

y en las pupilas le puso mayor cantidad de luz. El primer abrazo con que Nicaragua calentó nuestros pechos y avivó nuestros corazones, fué de tal manera simpático y dulce, que hoy todavía á través del tiempo y la distancia siento que su virtud me rinde llenándome de felicidad. Qué de finezas no gastaron Nicaragua y su Gobierno para obsequiar con dignidad y afecto purísimo á nuestra patria en la persona de su primer mandatario! Aquellos cumplidos caballeros de cultura tan generosa como la sangre de los príncipes de casas antiguas, con qué tacto delicado, con qué galantería incomparable no supieron sorprendernos, llenarnos de admiración y respeto. Jamás hubiera imaginado que tanta suma de afectos sin mancha pudieran ser adorno de los mortales. Llegué á veces á compadecer al Jefe.—Qué haré, decía yo, para corresponder á tan finas demostraciones?

Conversé con algunos de mis compañeros y pude notar que, del mismo modo que yo, se hacían lenguas de los nicaragüenses. Acabábamos de llegar, y sin embargo cada uno tenía ya en su cartera la nota de algún lance delicioso, de algún obsequio singular; que los más jóvenes así como los más encanecidos, parece que se complacían en someter á toda prueba el temple de su buena voluntad para con nosotros. El General y su Ministro, como era corriente, tenían que darse las manos con los más respetables por la mayor antigüedad de sus ejecutorias. Yo, que nunca fuí suficientemente grave, y mis compañeros, que si lo fueron,—entonces habían degollado la severidad en aras de inusitados regocijos,—entreteníamos en ir y venir con los más jóvenes ya por los anchos y ventilados corredores de los altos, ya por la playa y calles arenosas de la población, bien poco abanicada por las brisas del mar. Difícil me sería recordar por lo pronto todas las buenas relaciones que logramos hacer esa sola mañana. Fueron muchas; á cada paso que se daba, nuevas presentaciones venían á favorecernos con otras nuevas amistades. Refiérese que los bárbaros solían beber sangre de sus venas en testimonio de que no dejarían de llenar sus compromisos; pues nosotros y los jóvenes nicara-



gienses afianzábamos nuestras promesas generalmente con sangre, pero no de nuestras venas, sino de la vid jerezana. No vayáis á creer que llegamos á excedernos.

Mientras el Jefe almuerza con gran contento suyo y de las personas que lo acompañan á la mesa, os explicaré cómo en Nicaragua, llegado el caso de hacer vida regalada, pueden perfectamente los menos adoradores del dios de los pámpanos llevar sin peligro sus condescendencias un poco más lejos de lo común. El clima allí, en los lugares que conocimos, es mucho más ardiente que el clima de San José; y no exagero si digo, que abrasa tanto, por lo menos, como el de Puntarenas en la época de más calor. Así pues, las bebidas estimulantes no tienen como en los climas frescos, mucha ocasión de perjudicar la cabeza; casi tan pronto como son tomadas pasan del estómago á la epidermis: la traspiración es continua y abundante. Sin que os mováis, sentiréis que corre á chorros el agua por vuestro cuerpo. Era curioso ver cómo nos angustiábamos si llegaba el momento de cambiar de cuello, de cuello solamente. Las más de las veces cuando acabábamos de abotonarlo, ya estaba perdido, ya pedía renuevo. Lugar es este para decir otras muchas cosas relativas al calor y nuestras humanidades, sujetos entre los cuales llegó al cabo á mediar la más cumplida inteligencia, al influjo conciliador de las aguas minerales, principalmente la apolinaris, que debe ser la bendita; pero me abstengo de hacer más notas sobre el asunto, porque espero tener ocasiones más oportunas todavía.

Paso por encima los baños de mar, uno de los cuales me fué bien conocido, como que en él estuvo mi traje azul en un tris de perderse; mi traje azul, que fué el que vestí después de mis consabidas catástrofes. Los que se bañaban hacíanlo con tal entusiasmo, que en uno de sus botes desafortados, hubieron de echar el agua á vuelo sobre los espectadores. Mas no paso por encima el asalto que dimos á la oficina del telégrafo y al bondadoso telegrafista, ya para saber de nuestras familias y amigos, ya para ponerlos al tanto de nuestra buena fortuna. Y

aquí conviene decir en obsequio del liberal Gobierno de Nicaragua, que nuestros partes eran despachados con preferencia y en términos de pura gracia. Igual cosa sucedió en las otras ciudades de que hablaré luego. Mucho menos pasaré por alto la circunstancia de que el digno Presidente de Nicaragua, el señor don Evaristo Carazo, que con singular fervor había deseado llegar á Corinto para recibir personalmente al Primer Magistrado de esta república, tuvo, sin embargo, que permanecer en Managua y privarse de tan dulce complacencia por motivos de quebrantamiento que sufría entonces su salud.— Así me he expresado, porque tales fueron los términos en que el probo nicaragüense, cuyas eximias virtudes tan profundo respeto nos inspiraron, á la vez que simpatía particular, se dignó ofrecer los sentimientos de su pena al Jefe costarricense. En análogas palabras dijo otro tanto por medio de telegrama al señor General don A. de Jesús Soto, Primer Designado, á la sazón, en ejercicio de la presidencia de este país.

Para ponernos luego en marcha, quiero decir ahora qué me pareció la población de Corinto, y qué puede llegar á ser. El caserío significa bien poco; pero los edificios nacionales corren parejas con los que tenemos en igual orden en nuestros puertos del Pacífico y del Atlántico, Puntarenas y Limón. La primera de estas ciudades, supera indudablemente, con gran ventaja, á Corinto. Tiene muchos más habitantes, mucho más comercio, y con esto, mayor actividad y alegría. Pero también es cierto que Centro América no tiene en el Pacífico otro puerto como el nuestro, y tal vez no exageraría si dijese que tampoco México. Hablo de las poblaciones y no de las ensenadas, pues si á éstas me refiero, tendré que confesar ingénuamente que Acapulco es un prodigio y Corinto una maravilla. Siendo así que esta rada tiene á su favor la naturaleza que se ha complacido en protegerla lujosamente, no se necesita más que el esfuerzo del hombre para que la población llegue á ser importante, y á ver crecidos con esto su comercio y su vida. Nicaragua, como Costa Rica, está en vía de llegar pronto á un

gran progreso. Al lado de los materiales, cuenta un gran número de elementos de moralidad, que auguran en forma lisonjera, brillante porvenir para ese país. Dichosos los que puedan vivir veinte años más! El tren ha dado su pitazo, se pone en marcha, y todo anuncia que será grande su impulso y veloz su carrera. Dichosos los que puedan vivir veinte años más! Ellos verán la arribada del orgulloso carro á la estación magnífica del triunfo!—Mientras tanto entremos nosotros en uno de los mejores carros que tiene á su servicio la línea férrea hasta León y Momotombo. El señor Presidente y los personajes nicaragüenses que lo acompañan, están ocupando su puesto: la comitiva invade el vehículo por ambos extremos, y todo anuncia que ha llegado el momento de la partida.

Ordeno al cajista que siga con la copia del editorial consabido, y yo me planto en uno de los cómodos asientos del carro, decidido á no dar una plumada mientras caminemos hacia Chinandega, de Chinandega á León, de León á Momotombo, y de Momotombo á Managua. La varia naturaleza del tránsito atrae mis miradas, y yo me siento feliz al ver el afán con que mi alma contemplativa se hace pedazos, y va dejando regados sus girones á entrambos lados de aquel camino del Infierno! Por qué os estremecéis, lector? Dante Aligieri nos ha pintado la senda maldita con todos los tintes infames del horror, es verdad! Pero qué importa el sombrío relato de aquel poeta extraordinario que descendió á las tétricas profundidades para encender en sus hornos el laurel que centellea en sus sienes? Qué importa, digo, ese relato, si nuestro misticismo, que es el que mejor entiende el asunto, nos enseña y dice que al infierno se va por senda perfumada, por senda de pájaros y de flores, de nidos de hadas y bosquecillos encantados que están llenos de suspiros amantes y de himnos al deleite, al amor y la belleza? Me ocurre sin embargo, que tal vez nuestro misticismo se equivoca, y que es el gibelino inmortal quien tiene la razón. Es probable que la senda hermosa sea la que guía á la gloria ó el cielo: Chinandega, León y Managua

lo fueron para nosotros. Hecha esta explicación, que copie el cajista.

“A las dos de la tarde salía el tren de Corinto, y á las tres llegaba á Chinandega. En la estación que estaba adornada con elegante sencillez, esperaban el señor prefecto López, la Honorable Municipalidad, todos los empleados civiles, militares y de hacienda, los señores curas, considerable número de personas notables, y gran concurso de pueblo.

Cuando el señor Presidente Soto bajó del tren, fué saludado con vivas atronadores, la música dejó oír sus acordes y el cañón le saludó con repetidas salvas.

Fué servido un abundante refresco; y después de un corto paseo al interior de la ciudad, continuó la marcha hacia León.

En todos los pueblos de tránsito fué el señor Soto objeto de ovaciones, tanto más dignas de notarse, cuanto que procedían de gentes sencillas, pobres, desconocidas, sin pretensiones de ninguna clase, y cuyas manifestaciones tienen siempre el gran mérito de la sinceridad.

A las 5 p. m. la locomotora anunció con un prolongado silbido su ingreso á la antigua metrópoli.

Grandes grupos se veían á uno y otro lado del camino.

Al aproximarse el tren á la estación, un inmenso concurso vivó al Gobierno y al Excelentísimo señor Presidente Soto.

El entusiasmo era indescriptible.

Mientras un gran número de caballeros cortejaba á su ilustre huésped, el pueblo gritaba lleno de júbilo, la banda tocaba escogidas piezas, las campanas repicaban á todo vuelo y el cañón lanzaba á cortos intervalos sus estruendosos estampidos.

El espectáculo era grandioso. Quinientos niños formados en valla saludaban á la comitiva, agitando banderillas de los colores nacionales de Nicaragua y Costa Rica, y cien alumnos del Instituto Nacional, uniformados

y portando sus rifles, formaron la valla é hicieron los honores correspondientes.

Se sirvió en la Estación un abundante refresco, y media hora después se emprendió la marcha á pie hacia el interior de la ciudad.

Más de cinco mil personas de todas clases y condiciones acompañaban al digno Jefe de Costa Rica.

La calle del tránsito estaba adornada con palmas, flores, gallardetes y banderas de los colores nacionales.

En la plazuela de la Estación se había colocado un hermoso arco que ostentaba en el centro el escudo de Nicaragua, y en un semicírculo que coronaba dicho escudo, se veía esta inscripción: Nicaragua Os Saluda.

Muchos arcos había, siendo de los más hermosos el que estaba colocado frente á la casa de los señores Herdocia, y el que estaba entre la casa de habitación de doña María Morales de Deshon y la que ocupa el hotel *León de Oro*.

Además del considerable número de personas que acompañaban al señor Presidente Soto, las aceras se veían atestadas de gente, y en los balcones ostentaban sus gracias las bellas leonesas, en grupos que parecían verdaderamente ramilletes de flores.

En los semblantes se reflejaba la alegría, y se notaba la avidez que todos tenían de conocer al ilustre costarricense.

Se llegó á la casa destinada para alojar al señor Presidente Soto, la cual había sido generosamente ofrecida por el simpático joven don Daniel Deshon, á nombre de su señora madre la respetable matrona doña María M. de Deshon.

Las habitaciones se componían de una sala de recibimiento, dos piezas para dormitorio y un corredor. Todos estos departamentos fueron ordenados con particular esmero por la familia Deshon.

El señor Presidente fué recibido por el señor Senador y Lic. don Vicente Navas, y por los Honorables Magistrados de la Suprema Sección Judicial de Occidente; y tan luego como hubo correspondido á los saludos de

aquellos respetables caballeros, se volvió al pueblo, lo saludó, y dió vivas al señor Presidente Carazo, al departamento de León y á la instrucción pública, vivas que fueron contestados con gran entusiasmo.

El señor Presidente salió á corresponder algunas visitas y á conocer los edificios públicos. Visitó el instituto y la catedral, habiendo subido á la parte superior de las torres, desde donde la vista del espectador domina la más bella perspectiva. Al Oriente y Sur, extensos campos cultivados, al Norte los grandes volcanes, al Occidente pintorescas colinas; y más allá el mar, que es como el fondo de aquel inmenso cuadro.

Por la tarde, el claustro de profesores del instituto y los alumnos todos, fueron á presentar sus respetos al señor Presidente, y durante la visita, la filarmonía ejecutó, con habilidad que llamó la atención, escogidas piezas de su repertorio.

En seguida la banda marcial tocó la retreta. Las piezas fueron magníficas, la ejecución no dejó nada que desear.

Volvió la filarmonía á dar una retreta que concluyó á las once de la noche, terminando así las ovaciones de este día.

El 27, á las 6 a. m., el cañón anunció que se acercaba la hora de la partida. A las 8 estaba ya el señor Presidente en las estación, con gran número de personas notables que venían á acompañarle hasta Momotombo. Partió el tren y llegó al puerto á las 9 y  $\frac{1}{2}$ .— El lago estaba tranquilo, una ligera brisa rizaba apenas sus aguas, y el magestuoso Momotombo mostraba un gran penacho de humo.

Se sirvió el almuerzo, y dos horas después zarpaba el "Progreso," entre vivas y aclamaciones de los amigos de León, que permanecieron en el muelle durante largo rato.

A las 4 p. m. la comitiva llegaba felizmente al muelle de Managua, entre las salvas de la artillería de la plaza, los repiques de las campanas, los silbidos del vapor y de la locomotora y las aclamaciones de la muchedumbre.



El cronista se ha servido conducirnos hasta Managua. Él ha terminado el trabajo actual; y con qué esmero! Mas en tanto que el General Soto y el Jefe nicaragüense avanzan hacia el Palacio, según les es posible, pues la multitud de gentes que los rodean dificultan la marcha, y en tanto que, una vez llegados á la suntuosa morada, se complacen en departir amistosamente dando fácil acceso á la confraternidad, voy á separarme por algún tiempo de la comitiva, con ánimo de regresar hasta León, donde me quedan intereses que no puedo mirar con menosprecio; y aun en casi todo el trayecto recorrido he dejado prendas que debo recoger. Vuelvo por ellas.

Chinandega no fué vista sino á vuelo de pájaro, pero pude notar que es una ciudad importante. Su población, colocada en una abierta planicie, tiene los encantos de lo humilde, de lo sencillo y de lo grande. Las moradas más modestas lo son en extremo, pero en cambio parecen bien confortables las de la gente acomodada. Dijéronme que es buena y elegante la que visitó el señor Presidente; es propiedad de un señor Montealegre, persona de las más conspicuas de Nicaragua. Yo no logré verla. Con el señor Gutiérrez me había separado de la prosesión deseoso de recorrer algunas calles. No me arrepiento, y considero que el señor Gutiérrez tampoco. Varias ocasiones nos desquitamos de la pérdida, si no con ventaja, de un modo agradable para nosotros, que con la curiosidad natural del forastero de buen gusto, tratábamos de investigar cuáles eran los caracteres de la Beldad chinandeguense. Más de media docena de veces vimos satisfecho nuestro intento, y ahora podemos decir que dos tipos de belleza triunfan en aquella ciudad: el blanco ligeramente mitigado y el trigueño puro: ambos con muchos rayos de luz tropical en las ventanas del alma. La curiosidad, que algunos apuntan como distintivo de la mujer desde que la sencilla Eva cayó en el garlito de Adán, fué de esa vez muy favorable á nuestros antojos. Algunas niñas que se arrojaban á las puertas ó ventanas para ver á los extranjeros—ignoraban tal vez que eran sus hermanos—permitiéronnos verificar á todo sabor nuestras ob-

servaciones. Sus miradas indagadoras nos bañaban en luz, y nosotros podíamos á tan dulce claridad sorprender el negro profundo de aquellos ojos amorosamente abanicados por rizadas alitas de mariposa oscura, que parecían pestañas. Pero basta por ahora; no proseguiré por esa pendiente difícilísima, sino cuando Dios quiera mirarme con ojos de piedad. La Belleza nicaragüense tiene los tres bemoles, y debo esperar hora feliz para hablar de ella.

En León nos demoramos día y medio. Mucho deseaba el señor Presidente prolongar la estada, pero los asuntos graves que habían determinado su viaje á la tierra de los hermosos lagos, obligáronlo, muy á pesar suyo, á emprender la marcha hacia la capital, donde debían ser ventilados. Pero si día y medio no fué bastante para conocer la gran metrópoli, no digo en sus detalles, pero ni siquiera en su conjunto, sí fué lo suficiente para hacernos sentir profunda tristeza cuando hubimos de dejarla.—“Qué de dulces simpatías me ligan á este pueblo” dijo el General; y nosotros en coro repetimos lo mismo; que de tal modo los bondadosos leoneses habían rendido nuestra voluntad. Día y medio de fiesta, y de fiesta tan espléndida como tranquila, en que no cerraron un instante sus ojos los pulidos afectos de la amistad, impresionaron tan vivamente nuestro ánimo, que no será posible que su recuerdo deje de traer á nuestras almas dulcísima fruición. Aunque sea un detalle poco grato para los demasiado circunspectos, y sobre todo para los que miran con ojeriza los regalados jugos de la vid vivificante, no he de pasar por alto aquel esmero con que fué atendida la mesa del Jefe. Uno, dos y tres banquetes; banquetes de todo lujo, banquetes regios! La alcoba presidencial es un detalle que también merece atención por la pompa con que fué dispuesta. De las personas principales que alegraron con sus visitas, su amable trato y fina educación la permanencia del General, no puedo olvidar á los Doctores Navas, Barrios y Sacasa. Los dos primeros nos eran bien conocidos, eran ya nuestros amigos. Ambos habían estado en Costa Rica desempeñando misiones diplomáticas de su Gobierno. Del Doctor Sacasa sólo

habíamos visto los resplandores de su nombre en alas de la fama. Qué satisfactorio fué para nosotros sentir en nuestra mano la de aquel hombre, que, para ser digno de toda consideración, podría exhibir los mejores títulos.

León es una ciudad vaciada en molde antiguo, rigurosamente antiguo. Esa circunstancia contribuyó mucho á hacerla interesante á nuestros ojos. La mirábamos con respeto y veneración que en nada desdecían de aquel piadoso acatamiento con que las almas religiosas se ponen de rodillas ante las reliquias de su culto. A cada paso nos parecía ver que temblaban sobre ella las alas del genio que la hicieron histórica y como tal la conservan. No buscaron en vano nuestros ojos ávidos aquellos monumentos de clásica antigüedad que la fama nos había indicado. Templos de severa arquitectura permanecen en pie. Su renombrada catedral es digna del renombre que lleva. En la nuestra se conversa con un Dios que sonríe, que inspira confianza y tiene los caracteres de un joven elegante y alegre que lleva á la moderna el hábito y las costumbres: en la catedral de los leoneses se cruzan los brazos, se encorva la frente y los labios no se mueven; que sólo el alma recogida, con la cabeza cubierta, mira al altar, y callada reflexiona sobre la inmensidad del Dios grande que pone serena y majestuosamente sus ojos sobre la tierra. Aquel templo es la casa de Jehová. La luz que en él penetra no lo abriga, pero añade misterio á su gravedad. Por sus grandiosas columnas sube la oración hasta las profundas bóvedas donde se ciernen los ángeles.—El edificio en que está el "Instituto Nacional de Occidente" es también digno de consideración. El mercado se divide en dos grandes patios, y es curioso ver como hierven allí diariamente los que venden y los que compran: León tiene más de treinta mil habitantes.

Por lo demás la población leonesa regala la vista con gran número de casas espaciosas, y de muros tan altos como no es costumbre mirarlos en las nuestras. El calor exige que pueda entrar en ellas una gran cantidad de aire, y que éste pueda renovarse fácilmente por anchas puertas y ventanas. En cuanto á la sociedad, considerada en

familia, tengo datos para decir que es deliciosa. A las finezas del Lic. don Pedro González soy deudor de la dicha que tuve de visitar algunas casas principales. En la beldad leonesa prevalece, lo mismo que en la de Chinandega, el tipo moreno bañado suavísimamente en múrice; pero el blanco, casi mármóreo, no se echa de menos. Las preciosas niñas Sacasa y Dubón pueden ser tomadas como tipos bien simpáticos de belleza blanca.

Se me hace tarde, y, á pesar mío, he de sacrificar buena parte de mis gustos. Quiero decir que la ciudad de León es dueña de una porción bien considerable de mis recuerdos mejores de Nicaragua, pero que no me es posible formar la lista de todos ellos. En tal caso, tendría que escribir un libro y coger más tiempo del que me está fijado para esta relación oficial. Doy las gracias á los leoneses, en nombre del señor Presidente Soto y su comitiva, por la generosa amabilidad con que obsequiaron á Costa Rica en la persona de su primer magistrado y compañeros de viaje; hago constar que la Suprema Sección Judicial de Occidente no pudo visitar en cuerpo al Jefe costarricense, por haber tenido que salir éste con dirección á Managua, la mañana del día fijado para hacer dicha visita; y hecho esto, me pongo al camino, no poco desazonado por tener que separarme de un pueblo tan simpático, cuyas bondades dejaron huella profunda en mi memoria. Ya estoy en marcha y espero que pronto me reuniré con aquella buena gente. Hablo de la comitiva número primero, cada uno de cuyos miembros habría podido ser un Antonio en Managua, á haber tenido afición á la vida inimitable ó grandiosamente desordenada, y á haber encontrado mujeres que, en vez de las virtudes de Lucrecia, hubieran exhibido las seductoras liviandades de Cleopatra.

De un salto me he puesto en Momotombo. Recuerdo que salimos de la ciudad á eso de las ocho de la mañana, que llegamos en berlinas á la estación del ferrocarril, que luego tomamos el tren y que la carrera fué veloz. Si recuerdo algo más, es que no tuve tiempo para fijarme bien en las bellezas del camino, de aquella vege-

tación variada, pujante, verdaderamente tropical que bordaba ambos lados de la vía. Dehesas, labranzas, follajes intrincados, árboles gigantescos, casitas dispersas, colinas y llanuras: todo en magnífico conjunto pasaba raudamente ante mis ojos. Mas ¡oh poder irresistible y tirano de la verdadera grandeza! Delante de tí nada subsiste. Como tú te presentes, ya no tiene ser lo que no toca en tu cima: se apaga y desvanece como las gotas de agua que esmaltan las hierbas, cuando el sol las mira con sus ojazos de fuego. Los primores de la senda recorrida huyen de mi memoria: no puedo sujetarlos. Escapan, como bandada de pájaros, que no dejan ni rastros en el viento. Inútilmente trato de aprisionarlos, les corto las alas y los arrojo en el aposento que cierro al punto. Las alas retoñan con más pujanza y entonces huyen porque rompen la cerradura ó salen por la bocallave. Y no me es dado ni siquiera dejar diseño; mi pulso se altera y el lápiz se rompe. Lindos me parecieron los paisajes que dejé, es verdad; pero ante la verdadera grandeza, no tiene vida lo que en sus cumbres no toca.

Habéis oído hablar de esa enorme y bruñida lámina de acero, tan delgada, que se estremece y ondea cuando apenas se desapareza el viento? Habéis oído hablar de aquel titán que sorteja los rayos de Júpiter, y contra el cielo arroja todavía á bocanadas sus entrañas hirvientes? Calculo lector que no habéis comprendido. Yo tampoco adivinaría en esas imágenes desgraciadas, el primoroso laguito de Managua y su volcán magnífico que se llama Momotombo. Pues bien, ante esas verdaderas joyas de Nicaragua se eclipsaron en mi memoria todos los paisajes del camino que acababa de recorrer.— No me atrevo ni á bosquejar; examino mi paleta y creo que ni con mucho llegaría á tener los colores suficientes. El Momotombo está fuera del lago, pero mírase en sus espejos de la cima á la base. A la distancia que lo ví tenía una perspectiva admirable. Sentí mucho no haber aprendido á manejar el lápiz: hubiera sacado un dibujo que ya habría hecho buena fortuna en las páginas de "Costa Rica Ilustrada". A lo lejos, de entre las aguas

del lago, surge el Momotombito, que es un vivo trasunto de su padre, quiero decir, del Momotombo: sólo se diferencian en que éste es un volcán activo que tiene la cima, y los flancos en gran parte, quemados por la lava hasta ser inaccesibles, en tanto que aquél apenas es una pequeña montaña cubierta de pujante vegetación que resplandece con todo lujo. Estuve tentado de hacer versos, versos á la naturaleza y versos á Dios. Mis conatos crecieron cuando un poeta leonés, que fué mi amigo desde Corinto, tuvo la buena ocurrencia de recitarme algunas de sus poéticas composiciones. En agradable conversación habíamos caminado por la orilla del lago, hasta quedar alejados de los compañeros lo suficiente para no ser interrumpidos por ningún profano: el arte excelso iba á descubrirse y á revelarnos sus misterios. El musgoso tronco de un árbol caído nos brindó asiento á la sombra de aquellos que, más dichosos que él, sentían pasar por sus ramas hojosas la seda crugiente de los aires. ¡En qué olvido desgraciadísimo iba á incurrir! Silviano Matamoros, nuestro bien conocido compatriota, ese sacerdote de la enseñanza que tantos laureles ha conquistado en el instituto occidental de León, para honra de Costa Rica, era nuestro compañero. Tiene talento, tiene buena instrucción y no pocas veces ha sacrificado con éxito en los altares de las musas. Lo encontramos en Corinto, como que era uno de los comisionados por el dicho instituto para presentar, en nombre de éste, un respetuoso saludo al Jefe costarricense. Lo hizo á las mil maravillas en una corta pero vivísima alocución, que siento no haber recogido. Y aquí debo recordar que las otras comisiones de que ya se tiene noticia, saludaron al Presidente con igual formalidad. Pongo punto á la digresión y vuelvo á mi cuento. La mañana estaba llena de Dios. El cielo resplandeciente parecía hecho de topacios. La naturaleza engalanada con su traje espléndido de matices varios, exhalaba todavía el perfume del óleo con que el alba la había ungido. Sentí en mi ánimo alborozado la comezón de la rima. Me disponía á vaciar en mi librito de apuntes algunas de mis emociones ver-

sificadas, y una vez más habría tenido que avergonzarme de mi falta de juicio para comprender que ni una de las hermanas me asiste con sus favores, si á Silviano no se le hubiese ocurrido salvarme del lance fiero consiguiendo que nuestro amigo el poeta leonés se anticipara á templar su lira. No improvisó, ciertamente,—mejor para mí, que no tengo fe en las coplas de los improvisadores—pero en cambio nos hizo oír su precioso canto á Dios, lleno de unción y de filosofía valiente. No he de ocultar que la conclusión del trabajo me pareció de tela inferior. El poeta, que nos había hecho escuchar los acentos grandiosos del filósofo inspirado, hízonos oír luego la declamación destemplada del sectario que haría correr la sangre para imponer su doctrina. No tuve empacho en hacer mis indicaciones al amigo, quien tuvo la condescendencia de admitirlas como fundadas. Principiaba yo á recordar algunas rimas de mis tiempos heróicos, quiero decir, de mis años verdes, cuando dichosamente, para que no incurriese en pecado mortal, nos llegó aviso de que el almuerzo estaba á las puertas de Roma. No esperamos nuevo correo. El peligro era grande y no había tiempo que perder. El estómago clamó por sus derechos, y corrimos como valientes á defender su autonomía y su integridad. Los pájaros no están más listos á volar si oyen el estallido de la escopeta, que nosotros lo estuvimos para acudir á la mesa luego que escuchamos el fatal anuncio. Era avanzada la hora y el ciego apetito aguijoneaba. Si tardamos un momento, nos quedamos, no sin almuerzo, probablemente, pero sí relegados al olvido sabe Dios hasta cuándo. Había tanta gente dispuesta á ejercitar las mandíbulas, que fué preciso hacer tres tiempos para que nadie quedase agraviado. Verdad es que yo no corría tanto peligro como mis compañeros. Miembro interesante de la comitiva del General Soto, cómo, lector, hubiera podido faltar un puesto para mí en la primera mesa? Los nicaragüenses habrían perecido de hambre, antes que el último de los compañeros del Jefe hubiera tenido que angustiarse ni con el primer síntoma de debilidad. Es gente buena, abnegada, en grado máxi-

mo hospitalaria, la gente de los lagos. Esas virtudes crecen cuando se trata de los costarricenses. Figuráos, pues, á qué grado de excelsitud no habrían llegado en obsequio del ilustre huésped y su comitiva.

Había muchos nicaragüenses, y la flor y nata de ellos tomaron asiento en torno á la primera mesa servida para el Jefe. Sucedió como debía suceder: los poetas cuando más corren son lentos como la tortuga. Tienen alas veloces para cortar el cielo; pero en cambio tienen pies de plomo para ir por la tierra. Mientras que de un vuelo son capaces de llegar á ponerse sobre las alas de los querubes y frente á frente del Infinito oculto, marchan á pasitos y tambaleando por este suelo, así como los niños que por primera vez se arriesgan á caminar derechos para ganar los embustes con que la madre los atrae al regazo. Cuándo serán prácticos los poetas? Cuándo querrán comprender que la ambrosía celestial pierde la sustancia nutritiva desde el momento en que corre sobre este terrón miserable? Nada, lector, os importan mis reflexiones melancólicas, ya lo sé. Pero cómo no deshaogarme de los amargos resentimientos que van pegados todavía á las telas más delgadas de mi corazón?— Cuando los tres soñadores llegamos al comedor, ya no quedaba ni un sólo puesto acéfalo. ¡Pobres amigos míos! inútilmente forcejé por abrirles campo. Con harto sentimiento víme luego colocado á pesar de la estrechez. Mi placa era buena, y cómo había de quedarme en la reserva. A golpe de martillo penetré como cuña entre un clérigo y un concejal. No podría decir que nos codeábamos. Quedé de tal modo con los brazos tendidos sobre la mesa, que en línea recta tuve que trinchar, comer y beber. Si hubiese durado más tiempo en mi rectilínea posición lamentable, habría tenido la inmensa dicha de salir de ella rectificado. Entonces ya no escribiera para decir disparatadas simplezas, sino para agradar y hasta para merecer la benevolencia de aquellos maestros severos que se burlan de mi impericia, llamándome *poeta*, sonriendo y á secas. En cuanto al señor Cura y al señor Concejal, tengo para mí que no lograron ver sino las le-

chugas que tenían de frente, y como eran nicaragüenses, el servicio estuvo siempre á distancia prudentísima de ellos. Partíame el corazón mirarlos forcejar con inútil afán para proveerse de algún alón de pollo ó de alguna enjuta cola de pescado. Á los postres hubo alma generosa que se acordó de pasarles las aceitunas y el taller. Desde mi puesto rectificante pude mirar de reojo el esmero con que estaba atendido el señor Presidente. El servicio era suyo, suyos los platos de mejor linaje y, sobre todo, eran suyas las finezas inagotables de los Ministros nicaragüenses que tenía á sus lados. El de Costa Rica, para ser bien tratado, añadió á sus propios merecimientos, la circunstancia asaz recomendable de ser el vecino más inmediato del Jefe. Me acordé un momento de Víctor Hugo, del ingenio de los contrastes, y dije, si yo tuviera una pluma de arcángel en vez de aquella de ganso que rueda en mi escritorio desvencijado, aquí me luciría! Pero nada había en el desnivel que revelara esfuerzo, y mucho menos violento ó injusto. A su vista no hubiera habido alma que se irritara, ni siquiera contra el destino. Como los ríos corren á la mar, así las atenciones iban á buscar su centro natural. Don Bernardo Soto, que de ningún modo se habría atribuido ventaja personal sobre los nicaragüenses conspicuos que lo rodeaban, representaba, sin embargo, á la Nación costarricense en el momento mismo en que se disponía á robustecer y perpetuar la mejor inteligencia entre ella y Nicaragua, mediante un avenimiento que debía fundarse en recíprocas concesiones.— Y no era Costa Rica menos digna de alabanza que Nicaragua. Si ésta en obsequio de la paz de ambos pueblos se adelantó á proponer la entrevista de los Jefes, aquella indicó á Managua para punto de las conferencias. No creemos necesario demostrar que esta conducta de Costa Rica, que ha significado una condescendencia de verdadero amigo, allanó de prisa el camino para que nada pudiera impedir el estrecho abrazo de las dos Repúblicas.

Ya dije que mucha gente quedaba en espera. El tiempo había corrido bastante, y por eso solamente bos-

tezaban tanto y se apretaban el estómago aquellos que, menos felices que nosotros, se desatinaban más y más con la vista y el olor de las viandas, que, en son de burla, les pasaban por las narices. Mis dos buenos amigos, situados junto á la puerta más próxima á la mesa, me llenaban de lástima y de conmiseración. No pude verlos sin sentir que me crecía la gana de comer. Por fin nos resolvimos á despejar: ¡cómo alborearon entonces aquellos rostros desencajados! No bien estuvimos en pie, cuando la ola se tragó los asientos. Fué necesario cubrir la mesa por tercera vez para que nadie quedase resentido. Satisfecha la apremiante necesidad, nos pusimos en marcha. Agarrado al muelle esperaba el vaporcito. Con mucha razón se llama "El Progreso". Tiene primor, capacidad bastante y la ligereza de un pez. Cerca de dos horas y media habíamos navegado, cuando ya pasábamos á la derecha del Momotombito. De cerca me pareció mucho más pintoresco que de lejos. Visto del puerto es una mole compacta, y está cortada por varios desfiladeros más ó menos profundos, siempre cubiertos de maleza y arboleda alta. En cada colina las copas se enredan y se juntan, y de tal modo se tupen, que llegan á formar superficie tersa, que, por cónica, finge una tienda enorme de raso verde. La imaginación tomó cuerpo fantástico, y entonces me pareció ver que discurrían en bandadas alegres por aquellos poéticos bosquecillos, ninfas, faunos, náyades y dríadas y todas las demás familias maravillosas de que nos habla con entusiasmo la Grecia más antigua, la patria encantada de los mitos. Aumenté con la mano la bocina de la oreja, y no miento, lector, si os digo que escuché distintamente la flauta de Pan y las rítmicas canciones de Dafne y de Tirsis. Todo fué, sin duda, una quimera. Me engañaron las saltadoras ardillas, otros alegres animalitos que se divertían junto á las playas, y las aves hermosísimas que concertaban en el follaje sus melosos cantos.

El *tac* y *taoc* de algunos corchos que cedían al tirabuzón, atrajeron mis miradas hacia el grupo que se disponía á mitigar la sed con algunas botellas de cerveza y

de aguas gaseosas. Había estado mucho tiempo encorvado, descansando de codos sobre la verja de estribor.— Trabajo y no poco dolor me costó poner derecha la espina dorsal. Una buena dosis del espumoso refrescante me puso otra vez flexible y ágil. Ramoncito navegaba con nosotros. ¡Ah, nunca jamás olvidaré á Ramoncito! El managiense es una prenda de verdadero mérito.— Panterista hasta en los tuétanos, tiene sin embargo en su índole la dulzura y la ingenuidad de un niño. Observaba atentamente y así como maravillado, el encanto, empeño y desparpajo con que el amigo Camilo se vaciaba las botellas de soda Sedlitz por primera y vigésima vez, y la manera como luego se relamía. No pudo resistir á la tentación; que la curiosidad suele hurgar y perder á los hombres lo mismo que á las mujeres. Diligentemente descorcha una botella, la embueca al punto sobre el vaso y con prisa mayor se arroja la bebida entre pecho y espalda. No tuvo tiempo para desistir; que, á haberlo tenido, botella, vaso y líquido habrían ido á dar al demonio.—¿Y es esto, señor Mora, lo que tanto enajena su gusto y su esmero? Pues diga U. á qué sabe esta lluviecita para arriba, como no sea á caldo de aceitunas?— El buen humor cundió, y el mismo Ramoncito hubo de soltar la carcajada burlándose de su chasco: había creído que la soda Sedlitz era el licor de los dioses.

Burla, burlando despabilamos la jornada. Lo demás, ya lo sabéis. En tren del muelle á la estación, y de ésta á Palacio, abriendo brecha con frente, manos y codos, y á viva fuerza.





### III.

#### DE MANAGUA Á GRANADA.

Con mucho temor penetro en Managua. Corinto y León, al cabo, han sido para mí tortas y pan pintado; pero la capital nicaragüense se presenta bajo un aspecto que amenaza seriamente mi reposo. Mis pasados sustos quedaron en pánicos, excepto el que me ocasionó la zambullida en Corinto. Hablo con toda seriedad. Parece-me difícil y hasta imposible que acierte á daros cuenta exacta del modo como la pasamos nueve días en Managua, y menos aún de aquel camino recto y desembarazado por donde las dos repúblicas caminaron departiendo en amable fraternidad, hasta el fin hermoso donde los afectos y las voluntades de ambas lograron asestar el golpe de gracia á los celos, desconfianzas é intereses mal entendidos, que en otro tiempo entibiaron sus amistosas relaciones. Pero, entiendo que no es á mí, sencillo narrador de los acontecimientos del viaje, á quien toca hacer comentarios ó estudios graves del feliz arreglo á que fué

llevada la cuestión internacional. El asunto ha sido tratado ya extensamente y con aguda crítica por la prensa de ambos países interesados, y es bien probable que si yo me arriesgara á probar el temple de mi pluma en un examen que de suyo es arduo, nada nuevo añadiría ni á la palabra ni al concepto que ya han corrido con viento amigo y próspera fortuna. Estamos satisfechos del resultado de las conferencias habidas entre los Jefes de ambas repúblicas y sus respectivos Ministros de Relaciones Exteriores. Ellas produjeron el pacto que conocéis, ese pacto justísimo, zanjador de añejas dificultades, é iniciador de una nueva era de paz y de armonía para las dos repúblicas, mediante el acuerdo y cordialidad á que logró conducir las. Los víctores y las alabanzas, escaso premio serían para los Jefes tan honrados como sensatos y tan sensatos como generosos que con heroico empeño dieron de puñaladas á la discordia. Es necesario no perder de vista sus esfuerzos, aprisionar en la memoria el recuerdo de su amor á los pueblos que gobiernan, y perpetuar en el corazón la gratitud que merecen.—Yo no me equivoco, yo sé que Nicaragua siente lo mismo que nosotros sentimos. Aquella tierra hermosa, tan fecunda en bellezas naturales, lo es todavía más en noble espíritu y generosas aspiraciones. Voces destempladas se escuchan donde quiera; pero qué importa, cuándo las que suenan musicalmente se levantan, ahogan y triunfan? Yo no me equivoco, yo sé que Nicaragua, del mismo modo que Costa Rica, acoge con entusiasmo lo consumado. Yo sé que tiene altas voces de aprobación incondicional y de elogio para la conducta de su Gobierno. Por qué te exaltas de júbilo, me diréis, si el pacto aun no ha llegado á su perfección? Yo responderé que tengo motivo fundado para alegrarme hoy, del mismo modo que me alegraré mañana. Recuerdo perfectamente las circunstancias que mediaron para que ese pacto llegase á ser.

La convención ajustada en la capital de Guatemala, con la mediación amistosa del Gabinete de la misma, entre las dos Repúblicas contendientes, dejó sometida la disputa sobre validez ó no validez del tratado de

cincuenta y ocho á la decisión de un árbitro. Nada puede alegarse contra el medio excogitado para llegar á una solución pacífica y aplacar por lo pronto la exaltación de los ánimos. Es el recurso mejor de que los pueblos civilizados acostumbra echar mano, si entre ellos se levantan dificultades que no entrañan ultrajes de los que reclaman perentoriamente el uso de las armas. Pero los trámites de un arbitramento son largos y penosos, por una parte, y por otra, el fallo de un tercero, aunque haya de aceptarse, deja siempre alguna frialdad en el ánimo de quien ve frustrada su esperanza. Los Gobiernos de ambos países aspiraban á llegar lo más pronto posible á un avenimiento que pusiera término á la disputa, y fuera la base firme de una armonía sincera y robusta entre los dos pueblos. Movidos de sentimiento tan generoso, dispusieron la entrevista de los dos Presidentes. Reunidos en Managua, conferenciaron luego, y convinieron en bases para un arreglo inmediato. El Jefe nicaragüense hizo convocar una buena parte de los hombres más notables de su país, con el fin de someter el asunto á su conocimiento y estudio. Acudieron al llamamiento, y muy pronto estuvieron en la capital, y reunidos en consejo, jefes de partido, políticos experimentados y expertos conocedores de la cuestión. El amor al país caldeaba los ánimos de aquellos hombres severamente circunspectos, y la cultura y el talento se enseñorearon del recinto de las sesiones. El pacto fué ajustado de acuerdo con el sentir de aquellos hombres ilustres que forman, se puede decir, una gran parte, por lo menos, del corazón y del cerebro de Nicaragua. Agregad á lo dicho la circunstancia de que, el arreglo concluído por los Presidentes no podrá fracasar nunca en esta República de Costa Rica. El General Soto, del mismo modo que el señor Carrazo, sometió al examen de muchos de los hombres que mejor representan los diversos intereses de la Nación, el pacto celebrado, y tuvo la dicha de ver aprobadas unánimemente sus labores y su conducta. ¿No tendré, pues, motivo para decir que me alegro hoy del mismo modo que me alegraré mañana? ¿No tendré motivo para es-

perar que los dos Congresos perfeccionarán el pacto con su aprobación?

Abierta está la vía de paz y de amistad perfecta entre ambas Repúblicas. Dos plumas tuvieron suficiente virtud para despejar la senda con sólo trazar al pie de las cláusulas salvadoras los nombres ilustres de Soto y Carazo. El destino de ambas quedó cumplido, y juntas merecieron ser conservadas como reliquias venerables.— Aquélla, que cedió á la voluntad de nuestro Jefe, fué recogida cuidadosamente por el señor don Manuel Aragón, que sentía con viveza lo mucho que significaba el acto consumado.

Espéranme con impaciencia la holgazanería y la vida muelle. Quiero decir que me punzan los recuerdos de las dichas vaporosas, para que éntre pronto por el camino de las relaciones fantásticas. No cedo, sin embargo; que antes está lo serio que lo que ríe. De preferencia dedicaré mis atenciones á los tres Ministros de Estado nicaragüenses, señores Guzmán, Castrillo y Padilla. Contribuyeron con sus luces y buena voluntad á dar curso adecuado á las negociaciones, y no dejaron de fortalecer con su valioso influjo, el intento de llevarlas á un resultado de conveniencia práctica para ambos países. El General Guzmán, como Ministro de Relaciones Exteriores, hubo de empeñarse más de firme en el asunto. Persona circunspecta, llena de buen juicio y de sentimientos patrióticos, apuró de su parte todos los recursos que la dignidad no rechaza, para que el paso dado por los Presidentes llegara á tener saludables consecuencias. Bien poco valen mis alabanzas, pero las tributo de corazón al señor General don Fernando Guzmán y á sus compañeros de gabinete.

Creo que este es el lugar más oportuno para que recuerde también á algunos de los nuéstros. El señor Presidente llevaría á mal que yo me guardara en el tintero los nombres de aquellos miembros de la comitiva que más contribuyeron al éxito de las negociaciones.— Diré la verdad: el mismo señor Presidente me ha ordenado declarar que ese éxito fué debido, en gran parte, á

la asistencia que le dieron con sus consejos algunos de sus compañeros. Figura, en primer término, el Licenciado don Cleto González Víquez, que en calidad de Ministro de Relaciones Exteriores de esta República, puso en acción toda su inteligencia y actividad; y luego los señores Licenciado don Ezequiel Gutiérrez y don Manuel Aragón.

He descargado mi conciencia; he cumplido con un deber de estricta justicia. Ahora ya puedo alegre y libremente cambiar el cuello parado por uno bajo, y tirarme de cabeza, según Dios me ayude, en ese maremágnun que me espera.

Qué de cosas habrán de pasar en revista por mi pluma.—Dulces esparcimientos, acudid! Presentaos, matronas ejemplares, con vuestras hijas adorables. Paseos en carroza, conversaciones humorísticas, comidas y banquetes, bailes y bailecitos, cónsules eróticos y niñas retrecheras, yo os convoco. Tejed mi tela, recuerdos; emociones gratas, dad colores á mi pincel.—Como quien acaba de ejecutar una obra meritoria, como quien está satisfecho de sus acciones, como quien lleva á Dios dentro del pecho, así de ese modo me siento después de mi invocación. Qué me importan las musas, si en mis ojos están pintados con toda su pompa y esplendor magnífico los nueve días que pasamos en Managua, y que nada tienen que ver con ningún novenario?

Principiar es lo difícil. Pero me ocurre que diciendo sencillamente que á las cinco de la tarde del día diez y siete llegamos á Palacio, habré logrado poner el comienzo de la relación. No recuerdo qué se anticipó, si un refresco en que no escaseaba lo caliente y corroborante, ó la distribución de piezas ó departamentos entre la comitiva del primer grado. Mas como quiera que ello fuere, lo cierto es que á las seis de la tarde, previos los aperitivos del caso, fuimos llamados á hacer por la vida. Puedo decir que entonces principió la era de las grandes felicidades, de las comidas refocilantes en verdadera forma, que para mayor desventura mía, pusieron extremos al refinamiento de mi gusto. Comieron esa tarde con

nosotros muchas de las personas notables que se habían agregado á la comitiva en Corinto y León. No hubo, sin embargo, severidad de costumbres; compostura necesaria, sí. La mesa estuvo alegre, animadísima, llena de rasgos chispeantes, de sonrisas afectuosas, de miradas de buen acuerdo, de atenciones fáciles, de cumplimientos jamás estirados, pero siempre airosos y flexibles como las cañuelas de los mimbres. Pero aunque todo eso era muy simpático, parecióme más prudente poner los ojos en los platos con alguna preferencia, pues á decir verdad, no había salido muy bien librado de aquel almuerzo en que estuve á punto de exprimirme entre el clérigo y el condejal consabidos. Calculo que pensaban lo mismo que yo el Doctor Ulloa y Monsieur Biolley, que estaban á mis costados y entre los cuales podía moverme holgadamente. Qué dicha incomparable la del hombre que, respirando á sus anchas, puede mover con facilidad cuello, brazos y ojos cuando se trata de amparar un estómago compungido por el feo delito de no haber almorzado según lo manda la ley de Dios! No menos juiciosos estuvieron, á mi parecer, Camilo y don Gerardo. Conversaban ciertamente y hasta reían de vez en cuando; pero no hubiera sido fácil averiguar si gastaban su risa y conversación con algún ser parlante ó con las viandas y los vinos que les dilataban las pupilas y ponían regocijo en sus miradas. Habríase dicho que los cuatro y el que suscribe, jurada se la tenían á lo comestible; de tal modo guerreábamos contra pollos y asados, empeñando á un mismo tiempo armas filosas y dentadas. Mirábannos de vez en cuando don Ezequiel Gutiérrez y don Manuel Aragón, y entendí que nos decían con la mirada—Caballeros! recordad que la mesa ha sido puesta para nosotros también.—Tenían razón, pero más habrían tenido, si en vez de las siete espigas frondosas y granadas, las siete vanas hubiesen sido el ornamento del mantel. Pero no, que ni esperanza había de que plaga alguna invadiera aquel insignie comedor, excepto la de langostas. Pero éstas son inocentes y sabrosos animalitos que no saben perjudicar á estómago viviente sino cuando se abusa de ellos. Mas

rojos que de costumbre, que tal vez se avergonzaban al verse expuestos á la codicia de tantos ojos, contrastaban con la blancura marfileña de aquella carne escabechada de los pescados ciegos. Ahora explicaré cómo estoy en ello cuando digo que los pescados que se comen en Managua son ciegos, y no moralmente como los bobos que son bípedos, sino de un modo material. Cuando surcábamos el laguito llamaron mi atención algunos pájaros de mediana estatura, más largos que gruesos, semejantes á dardos, con pico agudo y de buen tamaño, y negros como el cuervo fantástico de Edgad Poe. Llegué á figurarme que eran precursores funestos de la muerte, y una buena dosis de temor acobardó mi espíritu. Trémulo y balbuciente interrogué á mi vecino, que era, por fortuna para mí, aquel Pedrito González que me fué presentado en Corinto.—

—Qué piensa V., naufragaremos?

—Pues es buena la ocurrencia.

—Pero no mira V. esos pájaros?

—Y qué tienen que ver los plumados con los naufragios?

—Pero no ve V. que son aves misteriosas.

—Quiere ver cómo me carcajeo? Cree V. en aves de mal agüero? Los buhos y las lechuzas tienen algo de extraordinario para V.? Es acaso supersticioso?

—No sé qué le diga, pero mis nervios se crisan. Ahora mismo me parece ver en el vuelo sesgado de esas aves oscuras un anuncio desgraciado. Si yo fuera romano del tiempo de los reyes, regresaría á Momotombo, aunque fuese á nado.

—Pues el vuelo de esas aves nada dice. Deje V. que ellas se diviertan cortando los aires, como nosotros abriendo las ondas. Lo que debe V. considerar como un signo de mucha desventura, es cada zabullida que se dan en el agua. Son pájaros marinos llenos de malignidad.

—Explíquese V.

—Qué cara pondría, mi buen amigo, si le fueran arrancados los ojos á picotazos?

—Santo Dios! Que horrible historia va V. á contarme?

—Escuche, Pío; esos pájaros livianos que se ciernen en el viento, caen como rayos sobre los peces que distinguen.

—Y los engullen como las gaviotas?

—Todavía son más criminales: les arrancan los ojos y los dejan á oscuras hasta la muerte.

—Qué feroz desventura!

—Tranquílcese V., que al cabo los peces son animales. El destino infame apagó la luz del día á Edipo, á Homero y á Milton.

Tal fué el camino por donde llegué á saber esa historia verdadera de los pájaros saca-ojos y de los peces desojados.—Si la digresión, lector, no ha sido de vuestro agrado, perdonádmela en obsequio de la buena intención.

Hago constar que todavía no abandono la mesa. Cometiera una falta de cortesía si dejase mi puesto, mientras el Jefe conserva el suyo.

El buen humor subía de punto. Nuevas viandas renovaban las consumidas, y del mismo modo, donde una botella quedaba exánime, otra llena de corazón se presentaba, dispuesta á no cejar en el combate. Y era de ver cómo los unos cerraban con el blanco y cómo los otros cerraban con el tinto. El adusto jerez, más seco que un verano riguroso, también desempeñó gravemente su papel, y á pesar de sus humos aristocráticos, hubo de verse pasando bajo el yugo de todos como si fuera un miserable esclavo. Por fin llegó su turno á los postres. Afortunadamente no hubo brindis. Se comía entre verdaderos amigos, y no había puesto para las sentencias graves ó para los discursos llenos de campanillas. La idea y el sentimiento habían corrido ya en fáciles palabras que se cruzaban haciendo aguas, ó se chocaban para chispear como el pedernal herido por el acero. Qué postres, santo Dios! Oh frutas cristalizadas, dulces de rechupete, manjares espumosos, más leves que los suspiros de una alma enamorada; por qué fueron fugaces vuestros días como aquellas horas venturosas de los poetas llorones?—

Mas, si humo fué mi dicha, pasad, pasad en óptica ilusoria y otras jóvenes almas engañad!—El Champagne fué servido. El corcho había detonado y zumbado como una bala de Wínchester. Era imposible que aquel jugo, color de hoja de caña tierna, no hubiese sido, en caso necesario, hasta de la primera de las viudas, de la fastuosa y riquísima de Mausoleo. Caía sobre la ancha copa de fino y lustroso cristal más lavado que la cara de una hermosa doncella que alborea en los quince, así como menudos y blanquísimos aljófares, y yo lo hacía correr luego por mi garganta sensitiva; pero algunos que no acertaban á comprender las virtudes de lo vaporoso, dejábanlo tranquilizarse para beberlo á *chupaduras*. Me acordé de los avaros, que darían la vida por no mirar mermado el oro de sus arcas. Vino luego el café perfumado y caliente y negro, en sus tacitas blancas de bordes áureos, que ufanamente decían, “hemos surcado los mares desde el celeste imperio”. Bendije el arbusto sabeo que da el fruto que templá las fiebres á Lieo, y consagré un recuerdo dulce y amorosísimo á mi patria. Pero luego supe, con espanto, que el rico aromático que mitigaba mi entusiasmo, era producto del suelo nicaragüense. El cigarro habano redondo, velludito y oloroso hizo los honores á la bebida reina: un sorbo y una bocanada de humo que subía en columna ó espiral hasta desparramarse en los aires. En conclusión, tomáronse unas gotas de beatífico licor.

Púsose en pie el señor General Soto y en pos de él salimos todos á respirar el oxígeno abundante que llenaba los anchos corredores, mezclado con los perfumes que despedían los frescos y crujientes plátanos, y las flores de los arbustos y otras plantas menudas que formaban del patio extenso y cuadrado, un artístico jardín.— Nos paseábamos á lo largo de aquellas galerías digestivas, cuando llegó á reunirse con nuestro Jefe, que departía con el General Urtecho, el señor Presidente Carazo. Dieron unas cuantas idas y venidas y luego se dirigieron á la sala de recibo, situada en el ángulo sudoeste de los altos. Los otros departamentos del Oeste habían sido distribuidos entre los miembros principales de la co-



mitiva, en la forma siguiente: cuartos al Sur de la alcoba del Presidente Soto, que quedaba contigua á la sala de recibo y comunicada con una pequeña estancia que daba á los balcones del Este y miraba al jardín:—en el primero fueron acomodados el Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. González Víquez, y nuestro ex-Ministro de Hacienda, señor Aragón; en el segundo los señores don Camilo Mora y Doctor don Juan José Ulloa; en el tercero el Magistrado don Gerardo Castro; en el cuarto el Magistrado don Ezequiel Gutiérrez. Seguían en la misma línea otros cuartos sin camas, que fueron reservados quizás para las conversaciones íntimas. Yo no tuve cabida en aquella morada del placer; pero mis buenos amigos me asilaban en ella hasta que entraba la hora de la conciencia y del pensar profundo. Entonces descendía de las mansiones altas; mis lentos pasos hacían resonar el largo corredor; los ecos del jardín se ponían en algazara y yo, silenciosamente, como un filósofo que lucubra, haciendo un ángulo recto me echaba á la calle por la gran puerta que custodiaban los centinelas vigilantes, ya paseándose gravemente con el rifle al hombro, á lo largo del pequeño cañoncito de la entrada, ó bien de firme en los umbrales con su rifle descansado. Mi misión era bien determinada: hacer un libro ó siquiera un folleto relativo al viaje. Ninguna hora más oportuna para pasar del borrador al diario las partidas del día, que aquella en que todo tiembla en la sombra y sacude el polvo el árbol del camino. Durante los nueve ó diez días de estada en Managua, pernocté en la morada de nuestro Cónsul. Si la bondad no lo hubiese movido á ofrecerme espontáneamente un lecho en su propio dormitorio, es bien probable que yo lo habría puesto en aprieto grande y decisivo, con sólo haber sacado de mi faldriquera un título irresistible; el que da testimonio de que soy su pariente muy inmediato. ¿Quién no conoce á nuestro Cónsul acreditado en Nicaragua? quién ignora que Faustino Víquez tiene todavía más largueza en el alma que en el cuerpo? Si yo no hubiera sido su pariente muy amado, mi calidad de

hombre habría sido bastante para mover su corazón.— Ven, me dijo, al mirarme descarriado; pernoctarás conmigo en el hotel de Lúculo; en mi alcoba hay un lecho para tí: tuyos serán mi agua-manil, mis toallas, mis jabones y jaboneras, mi bálsamo dentrífico, mis aceites orientales, mis aguas de olor, mis pantuflos, mis peines, mis cepillos, mis roperos y cofres, mi escritorio y todo mi recado de escribir; en fin, te ceñirás la corona desde que entres en mi cuarto: aquí están las llaves; te buscaré cuando necesite alguna. Sólo te pido que no me des bromas, que no me desacredites con tu charla sempiterna, que dejes tu índole traviesa y tu carácter acribillador en las alamedas de la plaza ó en los altos de palacio, que no me tires el dinero, que no te cojas mis pañuelos y mis calcetines de Escocia, &, &, y que cuando te lleve á visitar, te guardes mucho de andar con payasadas y burlas picantes que á mí me desorientan y á tí te recomiendan mal, á pesar de tu talento y otras buenas dotes que tienes. Cuando me hizo sus ofrecimientos estuve tentado de darle las gracias y besarle la mano: me parecía tan magnífico; pero cuando se desplomó con su retahila de reconvenções, me contenté con decirle, estamos entendidos, acepto tu filantropía; y en cuanto á las cortapisas, procuraré ser más grave y más sombrío que el rey del Escorial. No pude, sin embargo, dejar de reírme allí mismo. El demonio me hizo cosquillas con un recuerdo delicioso. Cuando viniendo de Momotombo nos aproximábamos al muelle, descubrimos á Faustino, que, sin duda alguna, nos esperaba ansiosamente. Habíanle dado poco antes una fuerte batida las calenturas endémicas. El, que de suyo es delgado y enjuto, lo estaba entonces mucho más. No bien nos miró cuando se puso de un salto en el extremo del muelle sobre la punta de un durmiente; y como es tan nervioso, y como por otra parte se emocionaba á la vista de sus parientes, amigos y compatriotas, hubo de hacer equilibrios preciosísimos en la peligrosa punta del durmiente. Levantaba y rectorcía los brazos, así como diciéndonos: mientras llegáis,

ahí van mis brazos y mis ojos. Cuando lo abrazamos en el muelle llegamos á temer que la alegría lo matara.

Nuestro Cónsul es sensible; pero más inteligente y activo. El modo como sabe llenar sus obligaciones consulares, levanta cada día la fama de que goza, y aumenta la estimación que con tanta justicia le tiene su gobierno. Puso en juego su prudencia y sus dotes intelectuales para patrocinar el designio del Jefe de Nicaragua; es decir, para convertir en una realidad el pensamiento de la entrevista. También hay parte de su espíritu en el arreglo á que se llegó. Ni el parentesco ni la amistad influyen en mi juicio. La severa justicia me ha dictado y no tengo temor de ser desmentido.

La noche de esa tarde nadie abandonó su puesto. Las visitas subían y bajaban en procesión hermosa, y el General Soto ordenó á sus compañeros de palacio, que estuvieran listos para ayudarle á recibir, atender y despedir á los visitantes. Si mal no recuerdo, esa misma noche se presentó por la primera vez el señor Doctor Cárdenas, que había sido en el anterior período Presidente de la República nicaragüense. Con cuánto gusto fué apretada la mano de ese ilustre hombre de estado.— Nuestro Jefe apuntó entre una de sus mejores complacencias la dicha de haberse relacionado pronto con personaje tan distinguido. Hasta las diez de la noche se sucedieron en el puesto las personas más notables de la ciudad; de modo que si la tarde fué hermosa, la noche no pudo tener motivo de celos. Todo fué ovación para nuestro Jefe, cumplimientos afectuosos para la comitiva y motivo de gratitud para nosotros.

Mis deseos de conocer la familia del señor Carazo tuve que guardármelos, á mi pesar, hasta el día siguiente. Mucho se nos había hablado de la bondad excelente de la señora, de la juventud fresca y gallarda apostura de la hija mayor, y de la gracia inocente del primorcito y la mimada de la casa. En cuanto á los varones, no era fácil que pudiéramos verlos; se encontraban fuera de la capital, y algunos lejos de Nicaragua. El joven don Manuel Antonio, con quien luego tuve relacio-

nes íntimas, vino de su finca de Rivas á encontrarse con nosotros, tres ó cuatro días después de nuestra llegada á la ciudad. Estábamos ansiosos de ser presentados á una familia que á más de merecer nuestros respetos por ser la del Presidente, era ya dueña de todo nuestro aprecio y todas nuestras simpatías, por ser la familia distinguida del señor Carazo.

Ignoro á qué hora entrarían en sosiego los de Palacio; probablemente no muy temprano. Los halagos y risitas convidadoras de Morfeo, suelen no tener bastante prestigio para reducir al orden sangres juveniles llenas de palpitations. Camilo y Juan José son incansables, *cosijosos* impenitentes. No esperéis mayor alarma donde quiera que ellos vivan. Si dudáis de mi aseveración, que vengan y hablen los señores Castro y Gutiérrez.— Yo, de mi parte, me considero muy dichoso de haber tenido que pernoctar en la morada consular. A eso de las once de la noche me acosté, pero no me dormí sino hasta las cinco de la mañana. No pude, sin embargo, concertar una sola página de mi libro; Faustino tenía en el buche un millón de cosas que decirme, y otro millón de cosas que preguntarme. Por la primera vez me puse serio como él deseaba, y le ordené que hiciera silencio.

Me levanté ni temprano ni tarde. Dormí dos horas, ó, mejor dicho, pasé dos horas en angustia horrorosa. Había olvidado mis devociones; encomendarme á los santos al tiempo de acostarme; y he aquí, que no bien hubo cerrado los ojos, cuando me ví convertido en pez enorme del lago. Incontinenti, zabullóse en las ondas una turba de pájaros negros, resueltos á sacarme los ojos.— Traté de defenderme á brazo partido, ó, para hablar con propiedad, á cola entera. Pero aquellas Furias aladas lograron en una que va y otra que viene agarrar sus uñas á mis escamas. Me ví perdido. Púseme las aletas sobre la cabeza y eché á correr sin tomar dirección. Resultado, fuí á estrellarme contra la punta de una roca. Desperté muerto de espanto, pero afortunadamente sólo tenía una leve contusión en la cabeza y algún cardenal de poca monta en el espinazo. La cama era baja, y el suelo no

había tenido ocasión de lucirse bien con mi pobre humanidad. Algo adolorido me puse en pie, cuando ya Faustino, atacado de una risa feroz, retorciase en su lecho así como culebra. Hice un gesto de desaprobación, y luego agradecí á los dioses que me hubieran devuelto la figura de hombre. Vestíme sin tardanza; en abreviatura enjuagué apenas mi boca, pasé por el rostro un paño humedecido en agua perfumada, me fregué las manos, corregí un poco el desorden de mis cabellos, hice con la escobeta alguna injuria al polvo de mi levita, pantalones y zapatos; aventé con el cepillo el de mi sombrero color de perla; me ajusté la corbata, miréme un instante al espejo, y muy luegoito tomé la puerta mientras me abrochaba y antes que las burlas del cónsul acabaran de agriar mi paciencia. Un aire casi caliente barría la calle, pero más fresco aún que mi temperatura, aventó mis fosas nasales y me hizo abrir la boca para henchirme los pulmones. Se aproximaba un hermoso landó que tiraban dos brutos airosos—cebruno y alazán—de abundante y tendida cola y orejas alanceoladas, derechitas y apuntando hacia adelante. Fortuna inmensa, dije para mí. Iré á dejar lejos las reliquias de mi susto y esta colerilla que me asierra hipócritamente. Hícele seña al cochero, tomando ya distancia y postura para ganar el estribo; pero ca, el muñeco apenas se dignó girar la cabeza para hacerme desistir. Pasó á todo trote delante de mí, y entonces pude notar que el General Soto y otros tres ocupaban los cojines forrados en rica tela de vistoso raso. Eso no es para mí, me dije, con algún desconuelo.—Sin orientarme proseguí la marcha, no distraído ciertamente, pero sí afectando que meditaba en algo serio con cierta languidez de rostro y un tantico de indolencia corporal. De vez en cuando requería mi levita de negro y fino diagonal y de corte cerrado, cruzado y largo hasta la rodilla. No me era posible permitir que un solo pliegue, como no fuera artísticamente coqueto, dijera mal de nuestra tijera talladora de figurines. El amigo Valenzuela me habría perdonado la deuda; pero nunca la ofensa que á su arte acabado le hubiese hecho con mis descuidos. Mi pantalón

gris, con rayitas verticales de seda color de bronce, salía en buena forma de bajo la falda de mi levita, y correctamente descansaba sobre mis zapatos de amarrar, de cabritilla, agudos, bajos y de tacón á la inglesa ó norteamericana. No omito decir que las gentes sencillas se detenían á contemplarme diciendo entre dientes "si será ó no será uno de los cartagos recién venidos"; y que no pocas veces desabroché mi traje para sacar del chaleco algún dinero que ponía, de paso, en la morena mano de un chico semidesnudo ó de un pilluelo roto, que luego seguía sobre mis huellas haciendo cabriolas. Por ocasiones encontrábame con los ojos oscuros de alguna garbosa trigueña que me seguía atentamente con mirada inquisidora. Me dignaba entonces mirar de soslayo con estudiada sonrisa. Enderezaba más el palmito, revolvía desdeñosamente mi cañuela de Indias, sujeta entre el índice y el cordial, inclinaba un tantico la cabeza hacia la izquierda, y con vanidad mal disimulada decía entre mi corazón: "he dado golpe, he flechado bien! lo siento por esa hermosa que es digna de mejor fortuna; si yo me atreviera á revelar que soy casado, ya tendríamos otra Dido y una nueva tragedia: que me emplumen si los costarricenses ó cartagos, como aquí nos llaman, no lastiman pechos el día de su partida". *Abel abalim ukol abel*, dice la biblia hebraica; pero la romana reza, "*vanitas vanitatum et omnia vanitas*". Preferid la sentencia que más os acomode, que siempre estaréis en ello. Yo no soy lechuguino, que en todo caso sería lechuga, y poco apropiado para ensalada; pero no se necesita ser joven satisfecho de su personita para ir con la boca abierta y mirando al cielo.

Atento á las caricias de mis ilusiones fantásticas, marché desalentado, hasta que una cerca de tunas me detuvo y despertó, introduciéndome bruscamente algunas de sus púas. ¡Maldita sea mi suerte y el diablo cojuelo que me persigue, exclamé, ya en ademán de lanzarme contra la erizada valla; pero me detuve, que al fin la reflexión me dió socorro.—Murmurando anatemas desprendía de mi carne las espinas, cuando acertaron á pa-

sar por aquel punto de mi desventura dos coches que llevaban la calle transversal, orillas de la cerca. “Qué haces, fulano!”, me gritó una voz. “Qué te pasa!”, me gritaron varias. Con mirada pronta, registré el interior de ambos vehículos y reconocí luego á mis amigos de las alturas. Compuse mi rostro cuanto pude, dibujé en mis labios una sonrisa de hombre feliz, dí á mis ojos la expresión de una calma chicha, y repuse con desparpajo, “bajad é imitadme”.

—Y en qué diablos te ocupas!

—No habéis tenido ocasión de conocer algunos idilios ó algunas églogas?

—Y á qué saben esos duraznos verdes?

—No profanéis con vuestra ignorancia el lirismo de la edad de oro, en que pastores simplecillos y pastoras sin malicia, y muchos que no eran ni lo uno ni lo otro, se descarriaban por los boscajes.....

—No queremos oír sonetos; te quedas ó te vienes.

—Sólo un instante. Quiero confiar á una de estas pencas túrgidas el nombre amado de mi cara mitad.

—Perfectamente; seremos testigos de una nueva locura.—

Hundiéronse luego hasta los tobillos sobre aquella tendida alfombra de césped espeso. Clavé pronto mis espinas en la penca hasta completar el nombre. El ejemplo fué saludable; y hoy podrían verse en aquella cerca del extremo oriental de mi calle, seis nombres adorables dibujados en las pencas con cabecillas de alfileres de tuna. El mismo don Ezequiel Gutiérrez, á pesar de su circunspección, tuvo que rendir homenaje á sus dulces recuerdos. Me llamó la atención el arte exquisito con que puso el nombre de su querubín. Menos hábil Camilo, se dió una pinchada en el dedo mayúsculo, de modo que con sangre de sus venas completó el nombre de su adorado tormento. Mr. Biolley no quedó satisfecho hasta que no hubo escrito una quintilla preciosa. Daría algo por recordar aquel grupo de suspiros en francés.—Ahora al Palacio, que va siendo hora de almuerzo, dijo el Doctor Ulloa; y el Licenciado Castro repuso, á Palacio, pues!—

Nos acomodamos prontamente en los carruajes, y los cocheros hicieron chirriar sus látigos sobre los lomos de los brutos.

En mi librito de apuntes encuentro estas notas: Aire caliente. El sudor torrencial corría por todo el cuerpo, y á veces por encima del vestido. Mis dos pañuelos de finísima batista, tuve que arrojarlos en el camino, pues, á fuerza de enjugar mi rostro, mi cuello y mis manos, habían descendido á ser tripas. El Sol quemaba ó cauterizaba como piedra infernal, y, sin embargo, preferimos destapar los coches para recibir más golpe de atmósfera. Mis compañeros habían procedido con sensatez; llevaban trajes claros y delgados. No se burlaron poco del talento con que elegí vestido para salir á paseo y á pie. Cuellos y puños los echamos á volar. Nos desabrochamos hasta donde podía ser permitido, pero pusimos la mano sobre el límite mismo. Yo me dejé de historias y me zafé de la levita, y á no haber ido á coche descubierto, lector, por María Santísima, que también me zafo de los zapatos; mis pies eran dos santos que chisporroteaban en parrillas al rojo. Nos detuvimos ante una tienda; el sudor nos anegaba y el coche hacía agua; todos habíamos arrojado nuestros pañuelos, y tratábamos de reponerlos: compramos unos muy grandes, de fondo color de sangre, de marco amarillo y llenos de flores y muñecos azules, plumizos y verdes. Los negociamos por mayor, en partida entera; eran como diez docenas. Habríamos comprado otras tantas de espejuelos verdes, ó, por lo menos, azules. Los ojos padecían con aquella luz cálida y abundantísima que se reflejaba sobre el pavimento de las calles, generalmente arenisco ó arcilloso. Las calles no son anchas, pero suelen tener despejo suficiente: algunas son muy estrechas é irregulares, de piso muy desigual. Una vez estuvimos á punto de irnos de lado: la rueda estaba ya casi embrocada, pero Camilo, que se echó oportunamente del lado opuesto, restableció el equilibrio. La ciudad está en construcción. Las cabañas y las chozas van poco á poco desocupando lugar, y las casas y las casitas, algunas bien recomendables, llenan luego los vacíos. Aquellos

son los embriones de una ciudad, que podrá ser hermosa si el gusto moderno sigue amparándola en lo posible.— Sus condiciones especiales de topografía, clima é higiene exigen también formas especiales que tendrán que ser atendidas antes que las de belleza. Managua, que apenas principia á ser, tiene sin embargo, gracia, viveza y alegría. Ví á la pasada algunas casas de doble piso y de buen porte. Del punto más distante del lago se puede llegar á éste en pocos minutos. La estación del ferrocarril está construída sobre la playa. No ví iglesia buena, ni recuerdo haber visto más que una inconclusa y otra que me pareció en ruinas. Me dí á creer que los managuenses no son muy amigos de fomentar costumbres que huelen á moho de sepultura y que van cayendo en descrédito.—Estas notas las tomé mientras el coche-ro nos paseaba por la población. Trabajo me ha costado descifrarlas, pues con el movimiento irregular del vehículo, apenas pude trazar geroglíficos que no son ni siquiera egipcios.

Minutos antes de las diez llegamos á Palacio, á tiempo que nuestro Jefe ponía el pie en el estribo de su landó para saltar á la acera. El Licenciado González Víquez, el General Urtecho y don Manuel Aragón eran sus compañeros. Saludé atentamente á los cuatro, y por sobre sus pasos seguí hasta los altos, donde ya nos esperaban las copitas cristalinas en su preciosa bandeja, y el correspondiente aperitivo. Secamos el sudor con pañuelos floreados y todos echamos un buen trago de cocktail de vino madera gaseoso y no sé que otras sustancias. Nos aficionamos á esa bebida y mientras estuvimos en Managua no probamos otra mezcla estimulante. El director del servicio se presentó inmediatamente preguntando si el señor General Soto deseaba almorzar ó si prefería otra hora. El temor me empequeñecía cuando un "almorzaremos ya" del Presidente, me hizo recobrar toda mi estatura. Erguíme como una palma, avivé los ojos, me atusé el bigote, púseme sonriente y comunicativo, echéle el brazo por el cuello á Mr. Biolley, y poco me faltó para que cometiera la insolencia de ser el primero en bajar al come-

dor. Nos lavamos las manos con jabón de lechuga, revolvímos en la boca algunas buchadas de agua mezclada con gotas aromáticas, tomamos la escalera y á pocos segundos ocupaba cada cual su puesto en torno á la mesa vestida de blanco. Aquel pulcro mantel parecía hecho de hostias nuevas que no habían tocado ni los dedos ni el aliento del sacerdote. Comimos como personas sanas y bebimos como acostumbrados á la gran vida. El Chateau Lafitte llenó mi copa por la primera y última vez. El servicio me pareció bueno, siempre bueno; aquellos criados se esmeraban en demostrar no sólo que lo eran de palacio, sino también que habían nacido para el oficio. El director de cocina, que era, si mal no recuerdo, un norteamericano blanco y bien parecido, joven todavía, de buena estatura y abdomen algo turgente, simpático y limpio como un repollo bien cultivado, asomábase á hurtadillas á las puertas, como para estudiar en los rostros el efecto que hacían sus platos en los cuerpos y en las almas. Probablemente debió quedar satisfecho y más orondo que de costumbre.—Cuando apenas habíamos principiado á ejercitar las manos en el corte de las viandas cortables, se presentó en el comedor el señor Presidente Carazo. Con la cabeza inclinada en son de saludo, nos pusimos de pie como si hubiésemos sido un sólo hombre. El señor Soto en persona colocó asiento á su lado para el Jefe nicaragüense.—Gerardo dejó de reír y Juan José de punzar al Licenciado Gutiérrez, que ya perdía la paciencia y principiaba á poner hosco el semblante, no sin haber advertido al enemigo de su buen temperamento, que nunca había pensado que fuese crimen, ni motivo de burlas el que un hombre serio entrase en buena inteligencia con Himeneo; pero que sí había reprochado siempre que llevaran los doctores, el carácter burlesco y la falta de gravedad, sentados sobre sus hombros. Celebrábamos la batida á tiempo que entró el señor Carazo.—Haré observar que el ilustre prócer no fué nunca nuestro compañero de mesa. Estaba delicado. Acababa de pasar una fuerte enfermedad, y su médico lo obligaba á un sistema de vida que mal se concer-

taba con nuestras usanzas. Su buena señora lo hacía almorzar á las nueve, comer á las tres y tomar por la noche algún refrigerio frugal. La más estricta temperancia gobernaba su vida.—Con la presencia del señor Carazo, púsose la mesa suficientemente severa. Nos mirábamos apenas, y con tiento esmerado hacíamos viajar las puntas del tenedor, del plato á la boca, y apenas nos atrevíamos de tarde en tarde á chupar con disimulo los bordes de la copa. Estaba ya lamentándome en secreto de la aparición del Jefe, y murmuraba palabras impacientes, cuando pude notar que la cabecera de la mesa entraba nuevamente en grande animación. Con mucha complacencia mía, advertí que el señor Carazo no era un acero desesperante, que el buen humor solía caldearlo y ponerlo flexible como un manojo de seda. Circunspecto y respetable como el que más, el señor Carazo honra en buena forma sus años maduros y su puesto; pero ello no impide que sea dulce y jovial en circunstancias oportunas, y que sepa inspirar á quienes le rodean confianza suficiente para que el ánimo se desembarace y se ilumine.

Puestos los Jefes en pie, los más turbulentos esperamos á que salieran para soltar la risotada. Era preciso celebrar el contratiempo ocurrido al más inocente de nosotros. Dijo el desventurado: “pero ni una granadilla quedó en los fruteros!” El Doctor Ulloa aprovechó la ocasión para ofrecerle la que había preparado malignamente, fingiendo que en ese punto la destapaba para entregársela. Acepto, dijo el antojadizo, que no había acabado de dar las gracias cuando ya había sorbido las pepitas envueltas en sus pulpas almibaradas. Pero, es el caso que blanqueó los ojos, hizo un gesto horrible y estuvo expuesto á arrojar sobre el plato el infame breva-je. El Doctor Ulloa había mezclado á la rica sustancia, vinagre, salsa inglesa, aceite, sal y pimienta.—La broma fué pesada, pero todos la rieron, y el agraviado permaneció impertérrito como un héroe. En seguida nos dispersamos. Quienes prefirieron ir á reposar el almuerzo tendidos con indolencia y casi desnudos sobre sus le-

chos turcos: quienes montados á caballo tomaron el camino de las lagunas pontinas. Yo me quedé en Palacio.

Fumando mi cigarrillo paseábame á lo largo de la galería, tal vez disponiendo en mi pensamiento el plan y cuadros de mi librito, cuando la presencia de Faustino vino á sacarme de mis embelesos. Al instante me ocurrió lo que debía hacer: darme trazas para conseguir que el cónsul prescindiera de sus escrúpulos y tomase la determinación de apadrinarme en mi primera visita á la familia del señor Carazo. Lo saludé con palabra melosa, ladinamente suspendí mis brazos á su cuello, le propuse que me regalara el alfiler de su corbata, le dije que tenía el rostro resplandeciente, y le pregunté si había visto á Dios ó á la dueña de sus pensamientos; y cuando ya le tenía todo esto adelantado, le espeté con mucha frescura mi proposición.—Quiero, le dije, que me guíes al departamento de la familia, y que hagas una buena presentación de tu primo. Abrió los ojos con estupor, y se atrevió á preguntarme qué motivo tenía yo para aborrecerlo, pues que así conspiraba contra su buena fama y reputación de hombre serio.—Mi rostro llameó, y estuve á punto de armar camorra; pero luego me repuse y seguí tranquilamente con mi tema.—Recuerda, repliqué, que soy tu deudo, y que no cuadra bien que te resistas á facilitarme el medio de ofrecer mis respetos á la familia del Presidente, que tan cortés y suntuosa acogida nos ha dado. Si patrocinas mi designio, yo quedaré bien, y tú ganarás honra. El cañonazo fué tremendo, y el baluarte se desplomó. Observóme atentamente y luego me dijo: vamos, pues, pero al instante. Tira el cabillo de tu cigarro, pues supongo que no querrás presentarte echando bocanadas de humo.—Los alojamientos de la familia presidencial, quedan al sur del Palacio, haciendo ángulo recto con el cañón que nosotros ocupábamos.—La excelente matrona se dignó acogerme con una bondad que yo no esperaba, pues ciertamente no la merezco. Franca, hospitalaria, de índole suavísima, y siempre reñida con el tufo, cautivó de tal modo mi afecto, que me habría quedado en Nicaragua para ser su humilde servidor. Lola, que así se

llama su niña mayor, se presentó á mis ojos ungida con todos los óleos perfumados de la juventud, y hermo세ada con los encantos peregrinos de diez y siete primaveras. Su estatura elegante, su morbidez de mujer bien formada, y aquella inocencia de niña que encuentra blanda todavía la falda maternal, daban á su ser la atracción del abismo. Hízome seña Faustino, y con gran dolor de mi alma me despedí, llevándome un par de hermosos nísperos que me fueron obsequiados, uno por la señora y otro por su niña adorable. La *halajita* de la casa me había regalado un ramito de flores olorosas: resedas, pensamientos, heliotropos y verbenas. Apenas pisamos el corredor, cuando ya me dijo el cónsul: vamos, te has portado como un hombre de bien: ahora sí podré decir á boca llena que eres mi pariente.—Nos fuimos al mercado, edificio de buena construcción, pero de patios estrechos y tiendas escasas: lo bastante para el movimiento de aquella población nueva, que apenas contará de seis á siete mil habitantes en su casco.—Compramos aguacates largos, hermosísimos, que pesaban sendas libras. Compramos algunos panecillos de tiste,—pasta húmeda de cacao, maíz, canela, y no sé que otros ingredientes,—que desleída en agua fresca, regala el paladar más resabioso. Y compramos, por fin, una buena partida de mamones, frutas semejantes á limón pequeño, cuya cáscara delgada y flexible, cubre una almendra escondida en una especie de capullo mucilaginoso y de sabor más dulce que ácido.—Examinamos el rostro y el cuerpo de algunas morenas, que llamaban más la atención con su zandunga que con sus golosinas; nos dolimos de algunos y de algunas pobres diablos de la raza del cacique *Nicaragua*, que enseñaban las carnes á través de los andrajos; notamos la afición de las mujeres feas á ser expendedoras de carnes frescas y saladas; bebimos sendas jícaras de pinolillo, que es un refresco semejante al tiste; pusimos algunos centavos en las manecitas mustias de los niños desventurados, y después de todo esto, emprendimos la marcha á la morada consular. De paso nos metimos en el almacén y botica del Doctor Cárdenas con ánimo de visitar al farmacéuti-

co Chepito, que es nuestro compatriota.—Preparaba una receta; pero tan pronto como nos vió asomar, tiró la espátula, echó á rodar la balanza y á volar los polvos y papelillos; de un salto se puso fuera del mostrador y se nos colgó del cuello con ambos brazos. Nos brindó agua fresca filtrada, con mezcla de jarabe simple y de algunas gotas de nitro dulce.—Le dijimos adiós, después de haberle prometido que nos empeñaríamos con el Jefe para que lo trajera en la comitiva hasta Costa Rica.

En la alameda de la plaza me topé con el otro Pedro, que es el Secretario privado del Presidente Carazo. Le dí el brazo y me despedí del cónsul. Pusimos la proa al hotel de Vitelio.

El Secretario se llama á más de Pedro, Ortiz. Joven lleno de viveza y de claro entendimiento, ha probado sus armas muchas veces, y con buen éxito en el estadío de la prensa política. En el Salvador fué jefe y redactor de un periódico importantísimo. Yo no soy como otras medianías; profeso cariño especial á cuantos gobiernan la pluma mejor que yo. Pedro tuvo, desde que me fué presentado, mi amistad y mi simpatía. Cuando conocí sus méritos, sentí que no fuera mi hermano. Pero es el caso que el excelente muchacho tiene otras ventajas, como la de ser contemporizador cuando se trata de echar canas al aire.—Llegamos al hotel, preguntamos por los edecanes y Mr. Biolley; fuimos conducidos á la estancia donde jugaban á la poca para matar el tiempo y no para descamisarse; vertimos en las algofainas agua fresca y algunas gotas de la divina, mitigamos el fuego de los rostros, arreglamos los cabellos con peines ebúrneos, refrescamos la boca con unas buchadas de agua olorosa, dejamos satisfecha la policía en todo lo demás, y tomamos asiento al lado de nuestros amigos.

Referiros, aunque fuere en suma lacónica cuanto en Managua hicimos para distraer la vida, y cuanto hicieron los managuenses para colmarnos de venturanza, fuera asunto de no acabar, ó para no ser exagerado, pues que todo tiende á su fin, diré que fuera asunto para llenar un libro de doscientos folios en cuarto. Y es el caso,



que como lo más del tiempo me falta el buen humor, por razones que me callo, no puedo tener mucha confianza en la firmeza de mi pluma. Hoy, por ejemplo, que es quince de setiembre, aniversario de nuestra gloriosa independencia política,—mientras que hasta el último de los malos escribientes de alcaldía, tiene que tragar muy de prisa para no ahogarse con tanta felicidad,—yo, que tuve la honra de viajar por Nicaragua como representante de las bellas letras costarricenses, hállome en condiciones excelentes para darme un tiro. Pero como la obligación puede más que la devoción, me abstengo de quemar mi incienso en los altares de Suicidio, y de emprender la ruta del *eterno dolore*, aunque sé que no me faltaría por allá alguna *Francesca* con quien divertir mis ocios, describiendo parábolas, abrazadito á la niña, en el gran círculo de los amantes traviosos. Nunca me ha hecho feliz Jeremías, y prefiero dar un puntapié á las lamentaciones, que no son hebras á propósito para mi urdimbre.

Contentaos, lector, con saber de prisa que paseamos mucho, y rara vez á pie, porque el Gobierno de Nicaragua tuvo la feliz ocurrencia de ordenar que por cuenta del erario estuviesen á nuestra disposición todos los coches de la ciudad; que comimos y bebimos siempre que antojo nos dió, así en el Palacio como en los hoteles, posadas y cantinas, sin desembolso de nuestra parte, pues el erario se dignaba pagar por nosotros; que nunca nos fué defendido el dormir á cualquier hora, diurna ó nocturna; que los más linfáticos preferían hacer las paces con Morfeo durante el período más caluroso del día, en cambio de poder darle de cachetes por la noche, si él aire fresco y las estrellas vagabundas convidaban al placer.—Contentaos, en fin, con saber que si Managua es una ciudad pequeña, fué grande como el rey Carlo-Magno, en el obsequio para sus huéspedes.

Me hurga con tenacidad el deseo de dar cuenta del baile; de aquel baile que fué delicia de los mortales, y que, también lo habría sido de los divinos, como lo fué en todo y por todo del marrullero y jugueteón Cupido, que durante la noche no pudo juntar sus hojitas de rosa,

ó diré sus párpados, por si la metáfora fuere estrambótica. Pero no obstante el dicho vulgar de que querer es poder, no puedo todavía tocar el asunto ni siquiera de soslayo. Antes debo ocuparme en otros temas que tienen preferencia sobre Terpsícore, pese á quien pesare.

Diré primero, que las conferencias diplomáticas fueron inauguradas á los tres días de nuestro arribo á la capital. Desde el primer momento pudo calcularse el término feliz á que llegarían las negociaciones, y aun habría podido celebrarse con ruidosa pompa el éxito que luego se tuvo. Se vió claramente que el señor Carazo y los hombres de su Gabinete no habían pensado en la entrevista para perder tiempo en inútiles conferencias; que tenían decidido verificar el arreglo, mediante recíprocas y fraternales concesiones que pudieran ser igualmente ventajosas para ambos países, y siempre que los términos del acuerdo estuviesen sustentados en la opinión de los hombres serios, que no gastan hipocresías hoy, para ser mañana cínicamente desleales á su palabra y su consejo.—Por lo que hace al Jefe de Costa Rica, éste no habría acudido á la cita, si ya de antemano no hubiese tenido resuelto llegar á resultados prácticos, aun á costa de sacrificios. Sabemos que ambos Jefes se manejaron como hombres circunspectos, que las esperanzas del uno no fueron defraudadas por ambiciones raquílicas del otro; que el señor Carazo pudo firmar con la aquiescencia explícita de hombres tan honrados y graves como Navas, Chamorro, Rivas y otros próceres nicaragüenses, el famoso pacto, y que el General Soto pudo también firmarlo en Managua, porque estaba seguro de que el Congreso costarricense respetaría la palabra empeñada, una vez que el documento fué dictado por la justicia y amor á la vida de una buena inteligencia entre ambas repúblicas, antes que por la voz humana. Hoy sabemos que los respectivos Congresos discuten ese tratado, y que, atendidos los antecedentes, no puede esperarse que sea rechazado.

Ahora recordaré la visita que jefes y oficiales militares se dignaron hacer en cuerpo al General Soto; las

que le hicieron funcionarios públicos de diversas categorías, y todos aquellos ciudadanos más importantes de la población. Fué visitado también por el Colegio de Managua (instituto de segunda enseñanza). El Director leyó un discurso escrito con entusiasmo y en el cual obsequiaba grandemente á Costa Rica y á su Jefe. Luego leyeron ó recitaron los jóvenes más discretos algunas composiciones en verso. Fué servido un refresco á profesores y alumnos, y cuando llegó la hora de la despedida, uno de los miembros de la comitiva tejió unas frases para demostrar al Colegio el agradecimiento á que obligaba la simpática prueba de aprecio que había dado al Jefe costarricense.—No fueron pocas las personas de otras ciudades que llegaban á Palacio deseosas de presentar al General sus respetos y el tesoro de sus simpatías. Tantas finezas, tantas ovaciones para nuestro Jefe en los momentos mismos en que el cariño de familia trataba de resolver un asunto de tanto interés para ambos pueblos, no podía ser considerado por nosotros sino como un signo de aprobación al paso que se daba, y del anhelo que se tenía de ver terminada para de una vez la embarazosa disputa. Por lo demás, llenábanos de júbilo poder confirmar á cada momento la buena opinión que ya teníamos de la cultura nicaragüense.

He olvidado un detalle que para mí tiene importancia. Soy bien aficionado á la música. Prueba al canto: he cometido no pocas veces el crimen de hacer versos. Crimen! y por qué?—La poesía es la más bella de las divinidades.—Ciertamente, diré; pero así como no es criminal quien cultiva el arte excelso, eslo y mucho el vagabundo que disipa su tiempo cortando rengloncitos que la prosa más infame rechazaría con desprecio. Me duelo, pues, de haber versificado neciamente. Mas como quiera que ello sea, es lo cierto que he dado testimonio de mi amor á los ritmos, aunque bien podría irme, como todos los poetas ramplones, con la música á otra parte. He aquí el detalle que tanto me interesa. Todos los días, cuando llegaba la hora de postres en la comida, á eso de las seis y media de la tarde, llegaba tam-

bién una banda de música á colocarse por el lado de afuera, frente á las ventanas del corredor, que miraban á la calle. El Director de la banda ó tal vez el oficial de la guardia de Palacio, ponía luego en manos de nuestro Jefe el programa del concierto ó serenata, que nosotros hemos dado en llamar *retreta*, á pesar del diccionario de la lengua, y á punto y seguido principiaban á regalar nuestros oídos y nuestras almas los acordes musicales. La música ejerce influjo maravilloso sobre los corazones bien hechos. Esto explica aquel ensimismamiento en que permanecíamos hasta que los músicos no se retiraban, meditando en las dichosas peripecias de nuestro paseo; en la amable acogida que se nos daba en todas partes; en la benevolencia de los nicaragüenses nuestros hermanos; en el donaire de las hijas de los lagos; en el desprendimiento con que el Gobierno nos obsequiaba, donde quiera que levantásemos nuestra tienda; en el presente, pasado y porvenir de nuestra patria; en nuestros hogares, y en los pedazos del corazón que en ellos habían quedado; en la necesidad de amar, de vivir de afectos, de no traicionar nunca la amistad y el cariño; en la gloria y el honor de las naciones que no andan á caza de aventuras para medrar, que saben engrandecerse con los beneficios de la paz, viviendo en concordia con sus semejantes; en el decoro de los hombres que honran su palabra y su promesa, y en la ruina moral de aquellos que ofrecen su mira en los altares del disimulo, la mentira y la política perigalluda del egoísmo; en lo pronto que pasarían nuestras dichas de Nicaragua; en la proximidad del regreso, y en las mudanzas de cuanto fué, es y será. Los solteros solían reflexionar también sobre las dulzuras del matrimonio; sobre la infinitud y la eternidad del amor; sobre las excelencias de la mujer en cada uno de sus atributos; sobre los frutos opimos de Himeneo, y sobre la inmortalidad del nudo estrecho en que viven las almas que se besan. En ocasiones pude sorprender más de un par de ojos bañado en el suavísimo riego de la ternura y de los afectos, y más de un par de labios iluminado por el recuerdo y nombre del ser idolatrado.

El cónsul, que es soltero, y que frecuentemente nos acompañaba á la hora de las meditaciones, tenía la preciosa costumbre de invitarme luego que ellas habían tocado á su término, para que saliese con él á visitar.— Aquí recuerdo que le soy deudor de la fortuna que tuve de relacionarme con una de las familias más apreciables y distinguidas de Managua: la familia de don Joaquín Elizondo. Decir el nombre de ese conspicuo y bien conocido nicaragüense, es formar larga lista de las bellas cualidades de su señora y de sus hijas. Nunca podré perdonarle á esa familia el mal que me hizo! Si yo no la hubiera conocido, si ella no me hubiese dispensado tantas bondades, tendría ahorrado, á lo menos, un buen motivo de queja inútil contra los hados que me llevaron á Nicaragua, sabiendo perfectamente que yo no podía quedarme allí. Cómo es cierto que el desconuelo va borrando con su pie ulceroso las huellas de la dicha! No creáis que soy hiperbolizador: quien haya entrado en casa del señor Elizondo, ya sabrá como son los lazos prendedores de las almas.—No podrán ser olvidados los ratos deliciosos que pasamos en esa casa. Casi todas las noches se reunían en ella varios miembros de la comitiva, principalmente los señores González Víquez, Aragón, Gutiérrez, Ulloa, Mora y el que suscribe. El mismo General Soto se encontró muchas veces formando parte del grupo que se complacía en hacer esa visita, y cultivar relaciones tan agradables. La señora nos obsequiaba con copitas de licor y de vino jerez, y principalmente con su cariño y sus maneras cultas. Mercedes cantaba acompañada al piano por el Cónsul, y Celia recitaba ó leía alguna buena composición poética. Entre tanto, el señor Elizondo no sabía dónde ponernos y cómo agradarnos, que de tal modo eran exigentes su educación y su índole generosa. La noche de la despedida bailamos y cenamos. Fué aquello un saraguete delicioso que duró hasta las dos de la mañana. Mercedes es una morena graciosísima, llena de animación y travesura, con unos ojos en que arde el abismo negro, y una alma en que trascienden los aromas de la Arabia. Celia es dulce como la

miel del dátíl, también trigüeñita y de ojos oscuros; pero hay en su mirada alguna tristeza, y en su porte alguna languidez que harían sospechar que no es amiga del mundo. Tiene inteligencia clara, mucho amor á lo bello y un gusto delicado para elegir las creaciones del arte.— Por el crisol de su crítica pasaban siempre las rimas apasionadas de Faustino, y la suerte de éstas dependía del fallo. El Jefe de la familia fué mucho tiempo Ministro de Hacienda y es hombre de recto juicio, de intención sana y muy versado en la política de su país.

El gran baile me grita al oído y me golpea la frente; pero sufro y callo, que no han de rendirme sus humos aristocráticos ni su altanería de César. En él he de ocuparme, pero lo haré cuando mi voluntad se incline buenamente y cuando el orgulloso deje de hacerme ruido con su fastuosa pompa. Por otra parte, necesito especial inspiración para abordar tamaño asunto. Aun me doy á pensar, que lo mejor que puedo hacer para salir del apuro, es tomar pedazos de algunas crónicas de Nicaragua y ponerles mi firma. Y aquí entre paréntesis hago constar que así lo haré, si los altos númenes siguen empeñados en negarme sistemáticamente sus favores. Mientras llega la oportunidad, conviene que haga una visita á la familia del señor Carazo.—Ya atravieso los largos corredores, ya me presento, me quito el sombrero ante doña Engracia, me inclino para saludarla, y ella me tiende la mano, que besaría en señal de vasallaje, y sin gastar ceremonias estiradas, me indica un asiento próximo al suyo. Oigo un ruido leve, semejante á los pasitos de una paloma que recoge la semilla sobre alfombra de hojas que danzan con el céfiro; dirijo mis visuales al jardín en busca de la torcaz, cuando miro que Lola se aparece por entre los arbustos coquetos, trayendo en su falda las flores para su ramo. Qué me gusta que me salude; tiene un modo de hablar tan indolente. Una noche en el mar escuché la conversación de dos Ondas que se besaban para dormirse. Qué no hubieran dado esas hijas del océano por tener los rumores de la palabra dulce de la ninfa del lago de Granada y Rivas! Son las cinco

de la tarde, hora de comer. Yo estoy convidado, y la virgen sonríe al anunciarme, que debo esperar que llegue Manuel Antonio para que la mesa sea servida. Ya entra mi buen amigo, ya me aprieta la mano y de ella me guía al comedor. Lola deposita sus flores en un extremo de la mesa. Me apodero de un clavel sin consultar su opinión; pero una mirada de sus ojos de terciopelo me otorga licencia. Ya estamos sentados   la mesa excepto el Presidente. Hago boca con un cocktail servido por manos mullidas, como los pétalos de las rosas. Muerdo una aceituna y muerdo otra y otra mientras llega la sopa. Las ensaladas est n ricas, el *guacamol* incitante y las codornices en salsa deliciosas. Manuel Antonio me llena la copa; bebo y me la vuelve á llenar. Qué vino tan rico; si cada uva debió ser de la vi na de Baco! Llegan las pasas y las almendras, las nueces y las avellanas. Llegan los merengues, las frutas en jugo y la manita de Lola sirviéndome de todo. Doña Engracia me apura para que coma y para que beba, y cuando llega la tacita de café apenas puedo encontrar donde depositarlo. Nos levantamos y vamos á sentarnos en el extremo de la galería. La conversación se anima; llegan Faustino, Camilo y Juan José, y envidiosos de mi fortuna, me echan en cara que yo mismo me convid . Mientras tanto bebo en el Leteo, olvido mi desgracia y las dulces quimeras bajan cantando y se posan con suavidad sobre mi frente y sobre mis sienes.—Para qué digo adiós? para qué me despedido! Por qué no he de ahorrarme pesares? Pues no es cierto que me alejará mañana llevando en los labios y en el alma el espantoso *para siempre?*

Habl base entre los míos del cariño particular que el señor Presidente y su familia me tenían, y algunos que rabiaban de celos, inventaban historias para desacreditarme y cuentos y cuentetes para ponerme en ridículo. Y así decían que el mismo día en que Faustino cometió la pifia de presentarme   la familia, llevó   tal extremo mi desenfado y de tal modo apuró mi índole confianzuda, que no pude retirarme sin notificar   la señora que vería con suma complacencia que de vez en cuando me in-

vitara para tomar puesto en su mesa. Decían también que con mis maneras y perfiles de comediante de la lengua procuraba vanamente hacerme simpático para resbalarme como aceite en cualquier intersticio desocupado; y que era bien curioso ver cómo mi falta de gravedad, lejos de guerrear contra mí, llegaba á veces á colocarme en mejores condiciones que á otros individuos de verdadero mérito. Esto y mucho más se decía y murmuraba. Pero yo, que soy bien inteligente, burlábame con tranquilidad de los decires que apenas eran el fruto de la envidia que se me tenía. El mismo Cónsul que pretendía tener el primer puesto en las amistades de la familia, y que veía con desagrado que yo se lo usurpase, llegó á revolverse de tal modo contra mi humanidad, que no perdonó intriga para echarme á rodar del trono de mis glorias. Decía que todo yo era una mentira y una pura vanidad vulgar; que mis afectos eran falsos, y que no tenía otras dotes que las del típico mequetrefe. Se estrelló como la ola contra la roca, y hoy puedo demostrar que traje en mi cajita de recuerdos las memorias más deliciosas del afecto y de la amistad con que aquella familia me distinguió.

Ahora diré cómo los descendientes de la raza conquistada y humillada, tienen recuerdos vivos de los moros y de las proezas de Santiago el guerrero santo. El día de este glorioso bienaventurado era cosa de ver cómo varios indios azotaban las calles, unos á pie y otros á caballo, vestidos de disfraz, y llevando pendientes de las caderas, de los hombros y de la cabeza pañuelos de seda y de algodón, grandes y abigarrados. Los unos pretendían ser los moros y los otros tal vez los cautivos. No sé si mi padre Santiago andaría en el barullo. Ello es que montado en una armazón de huesos forrada en pellejo, raído á trechos, iba muy ufano el moro jefe, cuyo nombre era algo parecido á Zaregazumí. Se detenían á veces para librar combates. Mucho me lamento de no haber tenido entonces suficiente curiosidad. Ahora podría recordar los diálogos habidos no sé si en verso ó prosa, entre dos de los combatientes antes de llegar á

las manos. El moro jefe iba armado de alfanje y lanza, y se distinguía entre los demás disfrazados por un gorro largo de forma cónica que se arqueaba sobre la espalda. Tras ellos caminaba la turba de muchachos vocingleros, y allí donde se paraban eran luego envueltos en muchos círculos de gente andrajosa y mugrienta, que se les asemejaba en la raza. Marchaba la cuadrilla, á veces solamente el moro jefe, guiados por un par de individuos desventurados. Uno soplaba por un carrizo de caña, que á guisa de pito producía sonidos, aunque bien débiles; y otro, si mal no recuerdo, sacudía dos palillos sobre una especie de parche. Todo aquello me hizo recordar las usanzas con que nuestros mulatos de la Puebla de Cartago, festejan á su virgen milagrosa en los días de la festividad; si bien éstos han tenido la costumbre de representar la lucha de los españoles contra Moctezuma. Ignoro si todavía gobierna el mismo uso. Todas estas modas debieron ser introducidas por los españoles del tiempo de la conquista y del coloniaje, que gustarían de divertirse. Según entiendo, en casi todos los pueblos americanos donde el elemento negro é indio no escasea, se estilan iguales maneras. Entre la turba de los escuálidos que iban en pos de la cuadrilla ó bien del moro Zaregazumí, armando mayor alboroto y haciendo más número de cabriolas, pude distinguir dos entes muy raros. Al principio imaginé que no debían ser del linaje humano; pero el Dr. Ulloa me hizo comprender que sí eran hombres, aunque bien fenomenales. Dos muchachos, dos pobres diablos, juguetes viles del miserable sino: ¡qué lástima me dieron! Uno tenía por manos dos dedos, y por pies dos dedos: si derechos, parecían agujijadas, si encorvados, parecían hoces. El otro era todavía más infeliz y extraordinario: la boca y toda la cara, hinchada como una calabaza redonda, tenía la vuelta hacia la oreja izquierda; de modo que se habría dicho que por el oído hablaba y comía. Contaban algunos que cuando era niño había recibido una bofetada de hombre, que en tal caso debió ser monstruo. Mas el Dr. Ulloa, que lo examinó, me dijo que el fenómeno obedecía al influjo de un cáncer

de no sé que especie. Ambas criaturas recibieron algún dinerillo de mi mano compasiva, y sé que el General Soto les hizo también su regalo, del mismo modo que lo había hecho y siguió haciéndolo con cuantos desventurados imploraban su favor. Pongamos punto á estas relaciones y pasemos á otra cosa.

Dió Camilo en referir y sostener que le habían contado personas muy discretas y veraces que la navegación por el río San Juan era muy peligrosa, porque ese desaguadero del lago de Granada tenía muchos raudales y saltos tan grandes como las cataratas del Nilo, que fueron obstáculos insuperables para los antiguos desde el tiempo de los reyes pastores, y que son, en nuestra época, motivo de serios estudios. Pero aseguraba, que según se le había contado, escaso apuro sería tener que bajar por el San Juan, si se tomaban en cuenta los bárbaros peligros con que amenazaban los otros ríos por donde era preciso pasar, caso que se prefiriese entrar en territorio costarricense para ir en busca del camino de hierro que baja del Norte, ó bien para tomar la ruta de San Carlos. Sé, decía, poniendo ceñuda la frente y acobardando un tanto la mirada, que el Colorado, que sale del San Juan y corre por nuestra tierra hasta echarse en las lagunas solitarias de Mr. Schutt, y el San Carlos, que sale de nuestros bosques para ir á engrosar el San Juan, tienen en sus recodos y cavernas infernales otras tantas guaridas que son refugio tétrico y silencioso de alimañas gigantescas, multiformes y deformes y antediluvianas.— El ictiosauro y el plesiosauro dan mil batallas sangrientas, todos los días, bajo aquellas ondas hipócritas. Y es fama que no pocas veces diviértese algún demonio maligno en poner boca abajo las embarcaciones que por allí discurren; y que entonces mírase con frecuencia á los pobres navegantes ir llenos de estupor sobre los lomos escamosos de terribles lagartos ó caimanes ó cocodrilos alados, que deben ser parecidos en su fealdad y desvergüenza al dragón de los infiernos, ó por lo menos al fabuloso. A medida que Camilo se aproximaba al término de su relación, su voz iba apagándose; que el terror que sobre-

cogía su ánimo se le enroscaba á la garganta, hacía que se mordiera la lengua y que ya no hablara sino como quien descubre temblando un secreto pavoroso. Nuestro Jefe se reía y se burlaba de esas historias tan inverosímiles y maravillosas como son muchas de Herodoto y de Marco Polo.—Mientras tanto, erizábase mi pelo y todos mis miembros trepidaban, á la manera que se estremecen los muros cuando arrecia el terremoto; y á todos los medrosos sucedíales otro tanto. Yo no fuí de los que pensaron en desertar para volver á Corinto y regresar á la patria. Pero recuerdo que fué grande mi alegría, cuando se me intimó, por mero pasatiempo, que debía disponer apresuradamente mi viaje, pues que el General Soto ordenaba que yo saliese para Costa Rica en calidad de portapliegos. Heme salvado, murmuraba entonces, heme salvado! Tomaré el camino de Corinto: qué importa que me dé otra zabullida en aquellas ondas amargas, si en cambio puedo librarme de viajar en el vientre de algún cocodrilo, que no será tan humano como la ballena que echó de su seno al profeta Jonás tan guapo y sanito como en él había entrado! Los señores Gutiérrez y Aragón estuvieron en vísperas y tentaciones de abandonar el campo; pero yo podría sostener, hasta con juramento, que sólo intereses y asuntos de familia obligáronlos á pensar en el viaje. El Licenciado Castro fué el único que desertó, con mucho sentimiento de sus compañeros. También de él podré afirmar y sostener que el abandono que hizo de nosotros no tuvo que ver en cosa alguna con las locas relaciones de Camilo.

Mi constante pereza me impidió conocer el edificio público que se llama "Escuela de artes y oficios."—Supe de oídas que es bueno, de lo mejor que hay en Managua, y que el establecimiento corresponde en parte al objeto. En cambio me trasladaba con frecuencia á un taller grande y casi completo de carpintería y de aserrar maderas. Había allí un excelente baño de aspersion, enemigo resuelto y valeroso del fuego que me abrasaba. Nuestro Jefe lo visitó todas las mañanas, y los de la comitiva nos remudamos en las demás horas del día. El

dueño del taller era bondadoso, y se mostraba complacido siempre que acudíamos á buscar socorro contra el calor. Managua no tiene cañería, y un baño de aspersión cuesta trabajo, pues hay que llenar aljibes elevados. El agua no es fresca, pero el tibio que tiene es delicioso y refrescante. Los baños se hacen generalmente á palanganadas de agua, y pocas veces, á lo que nosotros llamamos *tina*. Muchos se bañan en el lago, pero los vientos que soplan amotinados, no caen bien á los que no han tenido costumbre de exponerse á ellos. También se nos dijo que se corría algún peligro con los lagartos.

Conocí el cementerio, y por cierto que fué bien agradable el paseo que hicimos á la necrópolis, Faustino y yo. Era una tarde apagada, vestida de niebla melancólica, más para affligir el corazón que para invitar á paseo; pero íbamos á la ciudad de los muertos, y nos acompañaban doña Mercedes de Elizondo y sus dos señoritas. Viajábamos en carruajes. Mercedes iba conmigo y Faustino con la señora y Celia. Tiene el cementerio algunos mármoles preciosos con Tristezas artísticamente modeladas. Con mi compañera del brazo penetré en el recinto silencioso de la paz que duerme. Llegamos á un sepulcro cerrado con una verja de hierro y bronce. Sobre la fúnebre lápida de piedra negra había un letrero dorado que recordaba á un hombre. Mercedes inclinó su cabeza lánguidamente; miróme luego con ojos húmedos, y yo sentí frío su brazo y me llené de aflicción. ¡Qué locura! Pero allí moraba un hombre que no era ni su hermano ni su deudo. Revolotearon en torno mío mariposas que cayeron muertas, y á paso lento seguí por la callecita de cipreses que nos condujo á la puerta de salida. Recordé entonces quién era yo, me avergoncé de mis emociones, y la dulce alegría, tan injustamente ultrajada, me dió su mano para levantarme.

Hoy que es, como ya lo dije, 15 de setiembre, aniversario de nuestra independencia, me parece muy oportuno que ponga fin á mi tarea del día, con un recuerdo del 20 de julio, gran día de la República de Colombia.— Estábamos en Managua, en Palacio y todos reunidos en

el salón de nuestras sesiones borrascosas. Eran las doce, momento de calor desesperante, y cada cual prefería lo que era de su mayor agrado, y remedio más eficaz, según experiencias, contra la asfixia y achicharramiento. Cuales eligieron brandi y apolinaris, y cuales cerveza.— Yo preferí una buena jícara de tiste. Cuando ya estábamos todos para beber, dijo el General Soto: amigos, no olvidemos que hoy es aniversario de la independencia política de nuestra buena amiga la República colombiana: permitid que proponga un brindis por esa Nación hidalga, culta y heroica.—Aplaudimos la idea y bebimos todos con entusiasmo por las glorias de Colombia.

Tiempo era ya de pensar seriamente en el viaje para Granada. El señor Presidente Soto no podía prolongar más su estada en Managua, pues llegó á saber por distintos conductos que eran tales las ovaciones que le esperaban en aquella población, que no podría menos que detenerse en ella, cinco ó seis días. Añadid á esta circunstancia, que también los rivenses deseaban festejar al Jefe, y comprenderéis la necesidad que se tenía de estrechar el tiempo de la permanencia en la capital. De otro modo no hubiera sido posible regresar á Costa Rica sino sabe Dios cuándo. Conocida la determinación de ausentarnos pronto, el Gobierno se apresuró á disponer el gran baile que tanto me sobrecoge por lo difícil que me será dar una idea siquiera aproximada de lo que fué. El primer anuncio de que Terpsícore iba á abrir sus salones á los dulces esparcimientos, lo tuvimos tres ó cuatro días antes que tal sucediera, en una invitación verbal que se nos hizo para que acudiéramos á ensayar cuadrillas, pues en Managua se hace este baile de un modo muy distinto al que estilan los costarricenses amadores de la cadencia del movimiento. Sucedió con ese ensayo lo que he visto que sucede siempre con todos los de su género, y muchas veces con los que no lo son. No sólo no se principió por el objeto, sino que apenas una vez se hizo el ensayo de las dichas cuadrillas. Resultó mal, muy mal, y todos abandonaron la empresa, augurando que no sería fácil llegar á buen resultado: dicha grande

para los aficionados á las revoluciones en torbellino, que de buena gana habrían querido descubrir también que sería imposible poner en ejecución otros bailes más reposados. El vals se ciñó la diadema, y en esa noche de ensayo barrió y alisó de tal modo la sala de palacio, que pudo quedar lista para tres días después. Entonces principiaron mis desgracias. Mi estrella palideció y mi decadencia se hizo inevitable. Lo que no habían podido las intrigas llevadas hábilmente por personas amaestradas en el juego de las armas secretas, púdolo ventajosamente ese pretendido ensayo de mis pecados, que no puedo recordar sin abominarlo. Yo, sólo yo pude cometer con reincidencia vergonzosa el feo delito de estampar las herraduras fuertes sobre las blandas plumas que sirven de pies á las niñas que son hermosas; pues entiendo que las feas, si se sirven de plumas para caminar, éstas han de ser de ganso. Momento de horror solemne aquel en que ví que las estrellas, ó sean los ojos fúlgidos de las managüenses, se convertían en manantiales de perlas parecidas al rocío, que rodaban como grueso aljófara por sus redondas y tornasoladas mejillas, (los polvos dichosamente no son usados todavía en Nicaragua); y yo era el responsable de aquellas lágrimas vertidas, que no con mis pañuelitos de batista habría enjugado, sino con las telas de mi corazón! Desde ese instante—caí como la piedra en la laguna—con rudo estruendo en la profunda fosa—ay! y ya nunca simpatía alguna—levantóme á los cuernos de la luna—donde el encanto fuí de cada hermosa!

Tan corrido quedé de mis desdichas que al día siguiente no me presenté en palacio. Me acobardaba el temor de que el Jefe me riñera, y con razón, pues que yo había sido en esa noche desventurada el tipo clásico del patán. Tampoco salí á la calle sino en cupé, herméticamente cerrado: temía perecer á pedradas como las adúlteras de Judá. A eso de las siete de la noche recibí un recadito de doña Engracia. Era cosa para que luego corriera á ponerme á sus órdenes. Abrí cuidadosamente la puerta del cuarto consular, que daba á la calle.—

No me asechaba ninguna dulce enemiga, y me resolví á salir. La noche estaba negra como un bolillo de dar tinta; pero noté que las lámparas de las esquinas podían traicionarme, aunque apenas pestañeaban como luciérnagas en la oscuridad, y que por otra parte los relámpagos sacudían de tiempo en tiempo la tiniebla. Caléme entonces la *sorbeta*, quiero decir, el sombrero alto de seda; me ajusté las antiparras verdes de Faustino, y luego acomodado entre un sobretodo que habría sido eficaz sudorífico en días de invierno neoyorquino, puse rumbo á Palacio procurando caminar á largos pasos como lo habría hecho un gigante. Doña Engracia y su niña pidieron socorro á la guardia apenas me presenté; pero luego me descubrí y el terror se convirtió en burlas. Contéles mis angustias, y ellas me consolaron asegurándome que ya nadie se acordaba de mis desventuras, sino para comentarlas con risas de buen humor. No osé dar la mano á Lola; pero ella me tendió la suya, diciéndome: "lo he perdonado; ya principio á caminar sin dificultad". La señora me llamaba para que tomase el chocolate con la familia.

Subí á los altos encogido como una sanguijuela. Mi estrella se iluminó un poco, pues el General Soto encontrábase á la sazón ocupado en atender á sus visitas. En la sala de recibo estaban, entre otros personajes, el General don Pedro Joaquín Chamorro, don Anselmo Rivas y el señor Prefecto del departamento. No bien me había presentado en el cuarto de la poca, cuando todos mis amigos soltaron la carcajada y dieron rienda á sus ironías. Me acribillaron, es verdad, pero en cambio creo que les hice comprender bien con algunos gestos súbitos, que sus rechiflas eran de mal gusto, pues me caían como pedradas en ojo de boticario. No me contuve con eso; injurié, aunque no calumniosamente, á Mr. Biolley y Camilo, diciéndoles que ellos tampoco sabían bailar, y que en todo caso yo me atendería á cierto autor español, que ha asegurado que *quien baila bien con los pies baila mal con la cabeza*.

El día siguiente lo pasamos, como de costumbre,

en paseos y en visitas. El señor Ulloa y mi persona tuvimos la desdicha de no comer en Palacio. Y no digo inmensa, irreparable desdicha, por que tuvimos la suerte de comer acompañados de dos de nuestros amados amigos: Pedro González y Pedro Ortiz. Sucedió que tres días antes, ellos nos habían invitado á saborear los ricos potajes que con oportuna anticipación debieron encargarse en el hotel de Lúculo, con ánimo de regalarnos. Nosotros, como era natural, y según las ritualidades de la gente de buen tono y educada como es necesario, tuvimos que corresponder al obsequio. Pero ni Juan José ni el presente eran ni son personas acostumbradas á hacer las cosas en debida forma, aunque sí les sobra siempre la buena voluntad, y el deseo de ser cumplidos y hasta galantes. No hablamos con el hotelero sino la tarde misma en que debíamos dar la comida. Todavía lo siento, no tanto por los convidados, cuanto por nosotros. La vergüenza que pasamos me quema aún el rostro, y presumo que otro tanto diría el amigo Ulloa. No hay para qué prolongar historia tan infeliz. De algún desván sacaron los criados el mantel que nos pusieron, de algún depósito de velas de cebo, las botellas del agua. De alguna alacena, morada tranquila de arañas y cucarachas, los platos y los cubiertos. El vino sí prometía ser bueno, siquiera por que las botellas se refugiaban bajo una triple capa de polvo, que les daba un aspecto de severidad, que á voces decía "guardamos de lo añejo".—Yo no soy perito en eso de conocer vinos, y es fácil que acepte gato por liebre. Recuerdo que al día siguiente tuve dolor de garganta.—Las viandas tuvieron la fineza de no insultar la miseria de la vajilla, &ª En suma, se nos sirvieron sendos huevos duros que tuvimos que tomar á mano limpia: un pollo cuya recia musculatura habría resucitado á un muerto; unos pescados en conserva, enemigos crueles de la nariz menos escrupulosa; unas coles buenas para encender en cólera y provocar el ánimo á alguna barbaridad; unas sardinas que hubieran sido anchoas, sin el ejército de gummies que estaba á su defensa; media docena de rabanitos esponjosos y otras tantas hojitas es

cuálidas de lechuga. No hubo postres tomables, pero sí unas cuantas botellas de champagne que nos apretaron á buen precio por imbebibles.—Aquí debo hacer una explicación. Aunque he dicho que era costumbre no recibir nuestra paga en los hoteles, insistimos, sin embargo, en que el hotelero nos pasara la cuenta de esa comida. El *por qué* es fácil de adivinarlo. A las ocho dejamos la mesa muertos de hambre y de risa nerviosa. Corrí á pedir algún refrigerio á mi señora, y su amable niña estuvo pronta á proporcionarme el desquite.

Vino el día siguiente, y con él los preparativos últimos para el baile. Por la noche debíamos estar en traje de gala. Cada cual metió su mano en el fondo del cofre para pescar el frac. Era preciso ir de frac. El Jefe nos había anunciado que convenía vestir de rigurosa etiqueta, porque aquel baile que el Gobierno le dedicaba sería una gran cosa, y que vería con disgusto que á él concurriera el que no tuviese la pieza de ordenanza. Gran parte del día la pasamos acepillando el *alas de chapulin* y poniendo derechas las piernas del pantaloncito de *coger misa*, como vulgarmente se dice. Algunos enviaron sus ropas al sastre, pero los incrédulos confiaron más en su habilidad. La facha de las sastrerías de Managua es un poco desconsoladora. Verdad es que nosotros podemos ser exigentes: las tenemos tan buenas en San José! A las doce del día principiaron las congojas del barbero de la comitiva. Dichosamente el General Soto no había olvidado llevar consigo un artículo tan indispensable. Acostumbrados nuestros rostros á navajas damasquinas, filosas como la elocuencia de Demóstenes, y gobernadas por manos diestras como la derecha del Cid, qué cara no habríamos puesto, si por desgracia hubiésemos caído en las garras de los barberos de Managua. Ignoro si allí son las barberías tan afligidas y desmanteladas y humildes, porque todo el mundo managüense se entrega á su propia mano, ó si éste mundo se rapa por sí mismo, porque son inútiles las barberías. A las siete de la noche estaba en ascuas mi persona. Había olvidado que era preciso llevar zapatos que no desdijeran

del vestido. Nunca tuve buena cabeza; pero para saber donde me aprieta el zapato, siempre la tuve pésima. De allí que siempre ande á bofetones con la buena fortuna. Tenía por único calzado un par de borceguíes, hechos para burlar el invierno, y ya suficientemente lastimados por arriba y por abajo. Acudí al criado, le entregué una docena de soles y lo puse á correr de tienda en tienda.—Eran las ocho cuando regresó, trayéndome unas muestras que me hicieron llorar de despecho. Defectos que tenían: 1º—Ser cinco ó seis centímetros mayores que mi pie, que puede sostener, sin embargo, un volumen doble, en su centro de gravedad: 2º—Ser de cuero adobado para desafiar serpientes de cascabel, y recomendable por su ancianidad: 3º—Tener clavos que, no contentos con atravesar la suela, querían morder el cuerpo y la paciencia: 4º—Ser de punta ancha, como de cuatro pulgadas y de tacón alto, como de cinco: 5º—Tener suelas que sólo al rojo habrían cedido.—Como no tenía ni esperanza de que dama alguna se resolviera á poner sus piecitos en peligro de aplastamiento, por aquello de que gato escaldado huye del agua fría, estaba resolviendo quedarme con un par de los grillos, cuando pude sorprender al cónsul á tiempo que el pobre sudaba la gota y fulminaba sentencias que espeluznarían al diablo. Luchaba inútilmente con un par de zapatillas; que el zapatero las había hecho para calzarle sólo la punta de los pies. Tomé uno de sus botines de uso, lo comparé con una de las zapatillas, y el cónsul se persuadió de que había diferencia de un decímetro de tamaño en favor del primero.—Pues bien, le dije, á mí me quedan untaditas, te doy las gracias por el regalo; y sin más me las calcé. El cónsul tuvo que echar mano de lo viejito.—En Nicaragua no introducen buen calzado, pero lo saben fabricar á las mil maravillas. La mayor parte de nuestros zapateros, son aprendices.—Iba á salir cuando recordé, dichosamente, que no tenía guantes. Aquí sí que fué Troya, dije, y eché mano de los faldones del frac para arrancármelo á pedazos; pero el criado me contuvo.—Deme V. cinco soles y diga que número quiere.—Seis y tres cuartos, siete, siete y medio

ó la mar. Regresó diciendo que no le había sido posible encontrarlos ni del siglo de Luis XIV. En un minuto me desnudé, hice una bola del vestido y con todas mis fuerzas la estrellé contra el tabique de madera que nos separaba del otro cuarto. El vecino acudió al punto á medio vestirse y lleno de pasmo. Era Benjamín Barillas, de Granada, muchacho excelente, que esa noche me pareció excelentísimo, como eran nuestros Presidentes, antes del decreto famoso que emitió el General Soto, enemigo de relumbrones. No se alarme, me dijo Benjamín; aquí tiene V. un par de guantes de cabritilla, escogidos en Europa por mi propia mano. Qué felicidad!; me vinieron como guante al dedo. Listos ya, salimos los tres para Palacio.

Creo que ese día llovió por la tarde. Confirma mi sentir el hecho de que casi todas las señoras y señoritas llegaron en carruaje, y por ende, un buen número de caballeros; pues en Nicaragua, lo mismo que en Costa Rica, las mujeres de buen tono se conocen porque acostumbran salir con hombre desde que oscurece. Si no llovió, debo alabar la usanza que se tiene de ir en carruaje á las diversiones: ello revela gusto, delicadeza, y es un signo de buena civilización. Y me doy á creer que así se estila, pues ahora recuerdo que Managua tiene un suficiente número de carruajes decentes, mayor en proporción que el número de desvencijados que nosotros contamos en la capital, pues ya sabemos que en las otras poblaciones nuestras, no hallaríamos vehículo de esa laya ni para un remedio; mientras que en León y Granada sí pude caminar arrastrado siempre que lo quise, en coches que no avergüenzan.

Ya he dicho que es un apuro grande para mí tener que penetrar en el baile. Que el amigo Barillas me tome de la mano y acaso me salvaré. El cónsul se ha cuidado poco de protegerme. Su posición lo ha llamado á ocupar pronto su puesto entre las filas de caballeros que van y vienen en alegre conversación, entre el rectángulo de buenas dimensiones, cerrado por líneas de señoritas que reposan sentadas en sofás, sillas y poltronas, y

entre un segundo rectángulo de menores dimensiones, que, por dos puertas curiosamente adornadas, comunica con el primero, y que está cerrado del mismo modo.— Llegamos á la puerta de entrada principal, y digo así, porque el Palacio tiene más puertas de salida, por otros dos de sus cuatro costados. La principal mira al oriente; pero ni por eso pude orientarme en la manera como debía entrar para no cometer algún disparate. Dí mi primer paso en el pavimento de la galería de entrada, y acerté á poner el pie en el ruedo que arrastraba una señora principal, que debía ser muy circunspecta; tal semblante me puso y con tal mirada me hizo bajar la cabeza, cuando cometí el desacato que le sacó una tira de su falda brillante y crujiente. Por fortuna, el amigo Barillas me tomó pronto del brazo, y aunque la sangre me saltaba borbotando al rostro, pude entonces penetrar en la extensa galería que corre de sur á norte y de norte á sur, sin que un nuevo lance me obligara á acurrucarme del todo, y á pasarla arrinconado.—Despreocúpate, me dijo Barillas, que no pareces josefino, (ignoraba que soy cartaginés).—Ya, le contesté, ya estoy amistado con el desembarazo y la tranquilidad. Tres ó cuatro veces recorrimos por entre un mar de gente la galería, de aquí para allá y de allá para acá. El paseito acabó de despabilar-me los ojos, y entonces pude ver de lleno cuanto en torno había.

Estamos en el piso bajo, á la altura del jardín con poca diferencia; la necesaria solamente para dar curso á las aguas sin peligro de inundación. Al sur de la entrada quedan las salas de baile, que en este momento parecen vórtices: cien parejas por lo menos giran raudas al compás del vals. Me asomo con ánimo de tomar nota, y mi cabeza da un vuelco del mismo modo que ocurre si el espejo en que nos miramos se mueve de prisa.—Mientras termina la impetuosa danza, examino los corredores, que animan y refrescan la mirada con sus ornamentos verdes al natural. Las pacayas, los plátanos y las cañas hojosas se enlazan artísticamente, formando entre una y otra de las columnas que soportan el peso del segundo

piso, arcadas que hacen pensar en los pórticos de aquellas moradas silvestres de los genios de los bosques; y las luces, encerradas en farolitos orientales de colores diversos, chispean colgadas de los muros, de las columnas y cielo de las galerías, como estrellas palpitantes al través de un azul fuerte en noches estivales. El jardín comprendido entre un rectángulo de largas líneas, formadas por cuatro galerías, está también iluminado con arte exquisito. Los rayos del sol habían madurado los pimpollos, y la frescura de la noche los despliega pomposamente; y las flores nuevas, que parecen estrellas de colores, envían á los cuatro vientos los efluvios de su perfume. Los plátanos crecen con crugidos de seda pura, despliegan sus hojas tiernas y se engalanan con los capullos puntiagudos, casi cónicos, de sus flores carmeas. En ese jardín, que tiene el aspecto de un bosque, deben vagar muchas sílfides nocturnas, tal vez atraídas por las melodías musicales, ó por el deseo de comparar su belleza con la hermosura de las hadas de los salones. Ello es que de vez en cuando miro flotar á los suspiros del aire embalsamado, túnicas nacaradas con pintas de azul y rosa, y que á veces llegan á mi oído fragmentos de palabras que no son humanas. Varios faunos resbalan su pie por las callecitas y recodos con cierto misterio. Son acaso los compañeros enamorados de las hermosas magas de la noche.—La música ha dejado de sonar, y sólo se oye confusión de voces. Damas y damitas elegantes apoyadas con abandono en los brazos de los caballeros, se dirigen lentamente á tomar puesto en torno á las mesitas dispersas entre el follaje de las galerías. Los jugos almibarados ó amargos como la cerveza, tranquilizan las palpitations del seno femenino, mientras promesas y juramentos temblorosos aceleran las del alma. Algunas ilusiones caen como pájaros con las alas rotas por el plomo aleve, otras afeitan su plumaje de oro con el piquito rosado para emprender el vuelo. Cuántos desengaños, cuántos dolores prematuros, cuántas dulces mentiras, cuánta ignorancia de filosofía, de lo que es el mundo y el amor, gota de rocío que se desvanece cuando apenas es-

pejea con la luz de la mañana! Los acordes musicales volvieron á poblar los aires. Damas y caballeros abandonan sus dulces holganzas, y acuden presurosos á describir círculos y parábolas en ambas salas. Pasan ante mí como un batallón de aves del paraíso, aprisionadas por milanos.—Mercedes me sonrío tan amablemente, que al punto me decido á tenderle la mano y á pedirle una pieza.

—Ahora mismo bailaremos, si V. gusta, me dice.

—Pero ¿no tiene V. comprometida esta polka con el caballero?

—No importa, ráyelo V, ahí está mi programa.

—Oh, yo no me atreveré á tanto!

—Déjese V. de escrúpulos, que nosotras para bailar con los costarricenses, no tenemos pieza comprometida con ninguno de Nicaragua, así estemos en vísperas de matrimonio con el individuo que sea.

—No podremos pagar tanta fineza.

—Lo que he dicho lo dirán todas mis compañeras; pues queremos que el General Soto y su comitiva nos grangeen aquí con todo su aprecio, y tengan allá dulces recuerdos del sexo débil de Nicaragua.

—Si sus compañeras tienen el poder irresistible que V. ostenta, me guardaré mucho de provocar á batalla; que los gorriones no luchan con las águilas.

—Déjese de cumplidos, que no acojo: ya le he dicho que V. es muy travieso.—

Sin más sacó su bracito del ángulo saliente del brazo varonil, y me hizo entrega de él con seductora gentileza. Don *Perengano* no tuvo que alegar, y se quedó plantado, mudo y con tamaño palmo de narices, aunque era romo. Ya estamos en el salón. Ante aquella profusión de luz mis pupilas se contraen bruscamente, y por lo pronto nada puedo mirar con distinción: todos los contornos, todos los ornamentos, todas las bujías y todos los colores me parece que se confunden en un soío cuerpo, que se mueve, ríe, chispea y seduce. Poco á poco van mis ojos acostumbrándose á aquel millón de rayos que se mezclan con las miradas todavía más luminosas



de las hijas de Eva, y vuelan, caen y se entretejen hasta formar los unos y las otras algo que se parece á niebla de plata resplandeciente, que gira al compás de la música formando remolinos que se tragan las parejas. Damos unas vueltas que agitan á Mercedes. Los choques son continuos, el huracán impetuoso, y yo poco diestro para sortear su oleaje. El codo de un varón corpulento me besa la mejilla con entrañable amor: veo menos luz y más chispas. Me coloco en un punto de mera observación, y descubro á nuestro Jefe en medio del torbellino. Va bailando con una señora que no conozco. Su traje y su porte son de mujer principal. Acaso sea la del Ministro Castrillo, la de alguno de sus colegas ó tal vez la del General Urtecho.—El señor González Viquez gira también con ritmo perfecto: verdad es que su hermosa compañera, de cuerpo flexible como un junco, tiene también en pleno desarrollo el talento de la medida, y es ágil como un colibrí. Ulloa y Gutiérrez están en su gloria. Bailadores insignes, no habrá esta noche quién se atreva á disputarles la corona. El señor Aragón hace firme, y en tanto que habla con su pareja, estudia las líneas que la embellecen hasta convertirla en una seducción. No miro ni á Camilo ni á Mr. Biolley. Deben estar en la sala menor, donde se baila con más comodidad y sin exponerse al registro de muchas miradas. La orquesta da sus últimas notas, y damas y caballeros toman puesto donde reposar. Yo salgo con Mercedes, y con ella voy en busca de aire, allá bajo las anchas hojas de un plátano que sombrea una mesita redonda y las sillas necesarias.

Noche famosa, noche inolvidable, no quiero profanar más tu recuerdo! Guardo la página de mis memorias. No diré como eran los trajes vaporosos, elegantes, correctos y sencillos de la mayor parte de aquellas damas, en quienes el aparato, la pompa vana y el lujo corruptor no han señalado (¡felices ellas y sus hogares!) rastro ninguno todavía. Todo conveniente, delicado y á la altura de la civilización que abre caminos á la virtud y á la serena tranquilidad de la vida; pero ni un ápice de

esa soberbia escandalosa que los aflige y oscurece con su demanda. Tampoco debo hablar del ambigú, del modo como fué tratado nuestro Jefe y nosotros mismos: ya he dicho que ese baile fué dado por el Gobierno de Nicaragua en honor de su ilustre huésped el Presidente de Costa Rica. En cuanto á los brindis, éstos son conocidos, pues corren publicados en nuestra Gaceta Oficial, y me prometo colocar en el apéndice crónicas completas, escritas magistralmente por plumas nicaragüenses.

Me levanté entre diez y once, más fatigado, cabeza desquiciada, ojos sanguinolentos, paladar amargo, aliento de volcán y cuerpo de aporreado, que no lo estuve entre cinco y seis, á tiempo que me tendí á reposar, sin haber tenido ánimo para desnudarme ni para ver que me tendía en el lecho consular y no en el mío. Las cinco horas trascurridas entre el acostarme y el levantarme las pasé dando vueltas rápidas, recibiendo porrazos y estrujadas, y mirando girar vertiginosamente luces, salones, damas y caballeros. Las dos piernas de mi primo me partían por la mitad, y trabajo me costó despertar al pariente para que me diese alivio y se arqueara lo bastante para que yo pudiese saltar á tierra por debajo de la curva corpórea.—Pedí al espejo su dictamen imparcial, y al punto me atacué de risa. Yo en traje de baile, sin que faltaran en mis manos los guantes ni en mi cabeza la formidable sorbetera? Santo Dios! Pues buena la habría hecho, si en condiciones análogas me hubiese presentado por la noche en las salas de Palacio. De sólo pensarlo me dió váguido. Y era, sin embargo, el mismo vestido que tanto me habían celebrado algunas vírgenes, por el modo elegante como á mi cuerpo se ajustaba, y por aquel *chic* que añadía á mi personita.—Ahora doy por hecho exacto que—*hay cosas que parecen lo que no son, y otras que son lo que no parecen*:—en otros términos—*cosas que son otras sin que se les aumente ni se les quite*.—Era mi misma camisa, mi misma corbata, mis mismos pantalones, mi mismo frac y mi mismísima sorbetera; y, sin embargo, qué diferencia! Me acordé de cierta estrofilla que dice:—Aprended, flores, en mí—lo que va

de ayer á hoy:—ayer mariposa fuí,—y hoy sombra de mí no soy.—Una aleta de langosta, con la punta metida entre ambos cuellos; la otra, fajada á mi cintura; el nudo de la corbata, por una oreja; los pechos de la casaca, abiertos y hormados sobre mis hombros diciendo: he aquí mi corazón; las mangas por los codos, formando bolsas de fraile; las mancuernillas rotas; los puños de la camisa flotando á sus anchas como dos piltrafas; los ruedos del pantalón ceñidos á la rodilla como en tiempo de Francisco I, y los calcetines con tamaña boca, tragándose las zapatillas.—Magnífica figura para un sainete—dije, y saludé reverente al amigo Cucufate, el de Música Clásica, á tiempo que deploraba entre bostezos, sus miserias de cesante, con pelo alborotado, rostro escuálido y voz de quien no ha comido en seis días.—No corregí el hábito, pero cambié de vestido, luego que hube vaciádome desde la coronilla unas cuantas palanganas de agua tibia (ya he dicho que en Nicaragua no corre de la fría), y luego que el inspector de higiene hubo castigado mi boca, y el juez prendido mis cabellos, por la vida holgazana en que vivían.

Tomé el camino de Palacio, temeroso de que Jefe y comitiva hubiesen tomado el de Granada, pues recordé haber oído decir que el viaje se verificaría tan pronto como pasara el baile. Mi temor subió de punto cuando noté que en Palacio no volaba una paja ni hacía bulla una mosca. Mas era el caso que todos encontrábanse á la sazón renovando en sueños las emociones de la noche. Mis pasos sonaron en los altos silenciosos como tiros de revólver, y toda aquella humanidad feliz abrió los ojos y se puso en movimiento para volver al combate con la realidad taciturna de la vida. En una santiguada de párroco, se prepararon los soñolientos para bajar al comedor.

Con nosotros tomaron puesto en la mesa, Carlos Alberto el excelente, y Paúl el famoso, tan conocido y amado de la nata josefina. Pronto llegaré á Granada, y cuando tal haya sucedido, ocasiones muchas he de tener para consagrar buena parte de mis recuerdos á esos dos varones, y á muchos otros buenos amigos de Granada.—No hubo apetitos que recordaran al compadre Sancho.

pero tampoco á canónigo alguno politiquero. No embargante, dedicamos mil atenciones á los platos, como si no hubiésemos cenado allá por la madrugada. Tal vez las copitas con apollinaris, que previamente bebimos con mezcla de algunos cristales de hielo, despertaron la avaricia del intestino. Y ahora debo decir, que hasta entonces no había principiado á escasear el agua sólida. Este artículo no es usado en Nicaragua á pesar del continuo calor. Dícese que cuando hubo, en no sé cuál de las ciudades, manera de hacer hielo, éste produjo más perjuicio que ventaja, pues algunas personas fueron víctimas del uso del agua demasiado fría; y explicaban esto diciendo que el hielo puesto en contacto con gargantas siempre irritadas por el excesivo calor, era causa de violentas anginas. Mas como quiera que ello sea, es lo cierto que hoy no existe en todo el país una sola fábrica de congelar. Con tal motivo, el Gobierno tuvo que pedir de Panamá todo el hielo que consumimos.—Mientras almorzábamos, el Jefe nos hizo saber que al día siguiente, entre siete y ocho de la mañana, saldríamos para Granada; y nos previno que estuviésemos expeditos, porque no pensaba prolongar el plazo, aunque hubiera de quedarse alguno.—Todos dijimos *amén*, y ya no pensamos sino en llenar los cofres y valijas y en echarles los mecates y candados de siete llaves.

Así que nos levantamos de la mesa fuí á ver cómo había amanecido la familia. Le hice una visita corta, pero tuve tiempo para recordar con Lola los varios paseos que del brazo habíamos dado por salones y galerías, y el pequeño brindis que dediqué á su juventud y hermosura, cuando, bajo las ramas floridas de un *júpiter* (no tonante sino arbusto) estuvimos sentados junto á una mesita de mármol veteado, cada uno con su copa de *lácrima christi* en la mano. No dejé en olvido, que un joven cuyo nombre no recuerdo, pero sí que era soltero, elegante y de buen parecer, para haberme aplastado cien veces, á mí, que soy casado, algo sin gracia y entradito en años, que es lo peor, tuvo la feliz ocurrencia de desprender á la niña de mi brazo para ir á presentarla á los miembros

de su familia; y que yo me anduve pisando sus huellas, cerca de dos horas, hasta que aburrido y mareado de dar vueltas, hube de decidirme á recordarle que me había hecho promesa de devolver la prenda, y á notificarle que, si luego no lo hacía, estaba dispuesto á disputarle la posesión y hasta la propiedad en caso necesario. Hablamos también de caídas estupendas y de trajes rotos y manchados. Yo recordé, para mí, que de los bailes, sobre todo grandes, suelen salir muchos hábitos despedazados, principalmente de aquellos que tuvieron la belleza y blancura del candor. No dejamos de comentar la parte de un brindis del General Urtecho, en la cual se dejó decir que las huríes del *Irazú* son más hermosas y más gentiles que las ondinas de los *lagos*. Noté que Lola se ponía pálida, y entonces me apresuré á comunicarle que yo había visto en Nicaragua mujeres tan preciosas como las más seductoras de Costa Rica; y que nuestras huríes se deleitaban mirando desde las cumbres altas del *Irazú*, los resplandores vivos de los lagos nicaragüenses. Con lo cual se tranquilizó, aunque siguió diciendo que el General Urtecho se la pagaría. Lola es inocente y sencilla; pero qué mujer hermosa y en la flor de la vida, no tiene conciencia de sus atractivos?—Tomé con avidez una jícara de tiste preparado por manos de presidenta, y me despedí.

La mayor parte del día la pasamos en preparativos y en despedidas. Yo no hallaba camino de decir adiós. ¡Hasta cuándo no me dará susto esa palabra!—Fuí con Camilo á la fonda de las señoritas N. N., posada de un costarricense que deseaba conocer. Tuvimos la dicha de encontrarlo y de pedirle órdenes para Costa Rica.—Fuí luego con el señor Ulloa á casa del Doctor Cárdenas. Me habían dicho que es de una gravedad severa, casi adusta; pero á mí me pareció circunspecto sin aspereza, y suave como todo hombre bien educado. Él, que acababa de ser Presidente, no tenía ni los humos de un ministro estirado, caricatura de Gladstone. Luego tomé un coche y me dirigí á la morada de Pedro Ortiz. Su amable señora me tenía obligado con su cariño obsequioso, y no era posible que yo cometiera el desacato de

salir para Granada sin besar antes sus pies. Recuerdo que me entregó un coquito primorosamente labrado, recomendándome mucho que en nombre suyo lo ofreciera á mi cara mitad.—Pasé por donde Ramoncito Solórzano con ánimo de visitarlo, pero al punto me vino á las mientes que él se había resistido á presentarme á sus sobrinas, porque tal vez me consideraba maligno, y seguí derecho. Hice otras visitas importantes, y luego fui á despedirme de los hoteleros. No tenían *Ginger ale* y les dí un adiós bien seco. Vino la noche, y con ella aquel bailecito que el señor Elizondo se sirvió dedicar, principalmente á nuestro Jefe. No ha mucho que me referí á esa fiestecita del cariño y de la amistad.—En cuanto á las personas principales de Managua que no pensaban acompañarnos hasta Granada, éstas acudieron á Palacio con el fin de estrechar la mano del General Soto y las de sus compañeros. Nos acostamos entre doce y una; dormimos como lirones, nos levantamos temprano, y á la hora fijada, echó el tren á correr camino de Masaya, entre los ruidosos vivas y aclamaciones calurosas de la multitud espectadora.

Quiénes iban con nosotros, ahora lo diré. En primer lugar, el señor Presidente Carazo, luego los ministros Guzmán y Castrillo, luego los subsecretarios González, Angulo Guridi, Cantón y el secretario privado, Ortiz; y por último, la mar de caballeros, cuyos nombres llenarían una larga lista. Los más grandes formaron grupo. Yo me coloqué en un asiento contiguo al de mi buen amigo Manuel Antonio Carazo. El tren caminaba velozmente, pero pude deleitar mis ojos con los paisajes bellísimos que brotaban y desaparecían con vértigo á uno y otro lado de la vía. Espléndida naturaleza! cómo no has de ser hermana de la nuestra. ¡Oh Nicaragua! y es posible que te resistas al abrazo precursor de la buena nueva? Qué genio hostil, enemigo de tu bien, se pone en mitad de tu camino, apaga la luz de tus ojos y te obliga á mostrarte esquiva y tirante con la *armonía* que procura atraerte á benéfica intimidad? ¡Oh Nicaragua, tú y Costa Rica podríais ser valiosa joya en este mundo americano!

Caminábamos, y, Manuel Antonio, atento á com-

placer mi curiosidad, iba haciéndome notar las preciosidades que con magnificencia tropical se ofrecían de continuo á las miradas. Aquí un maizal sobre el que volaban impacientes, aquellos de verde, tornasolada y vistosísima pluma, loritos y papagayos que no hallaban manera de burlar el ojo alerta del atalaya, para posarse sobre las espigas que con sus mazorcas granadas tentábanlos á la codicia: allá una dehesa en que el verde pomposo refrescaba el ojo contemplativo con todos sus matices; tendida ó ligeramente ondulada como una mar en que Favonio apenas toca con las puntas de sus alas; llena de pastura, de alta grama crugiente, entre la cual sólo eran descubiertos los lavados lomos de la ganadería: aquí platanales de agreste verdor, de hojas anchas y dobladas como arcos prontos á despedir las flechas que temblaban airosas en las puntas de largos y redondos vástagos turgentes; con sus *chiras* ó flores tan llenas como los pechos de una mujer que acaba de ser madre, ó bien con sus racimos admirables por la lujuria de su frondosidad: allá los cuadros de cereales que se doblaban temblando bajo la planta sedosa del céfiro cantor: aquí la húmeda selva, arrogante, huraña y sombría como son los salvajes: allí los bosquecillos, lechos mullidos de la pereza, donde el caminante bebe el frescor de las auras y encuentra dulce descanso y sueño que restauren sus fuerzas desfallecidas: y entre tanta pompa y serena majestad, las casitas, las quintas y las cabañas dispersas en la llanura como riscos del mar mirados de lejos, ó en las motas y collados, como nidos de águilas en las altas cumbres! ¡ Oh espléndida naturaleza, cómo no has de ser hermana de la nuestra! —Recité una buena parte del canto inmortal que el poeta sudamericano entonó á la zona tórrida con estro divino.—De repente noté que el tren no corría, que iba á paso lento; que la locomotora jadeante pedía aire. El iracundo monstruo que luchara por romper sus hierros, resoplaría con violencia lanzando chispas y columnas de humo negro por sus anchas fauces; pero la locomotora hacía salir sus entrañas hirvientes, aventándolas con poderoso pulmón al través de los agujeros estrechos de su *enjarrada* chime-

nea de hierro ennegrecido.—Pronto comprendí la causa de aquel cansancio angustiado de la máquina. Trepábamos por una pendiente, y los férreos brazos apenas podían, empuñando mucho su fuerza, arrastrar con lentitud el enorme peso que los trabajaba.—“Si sentirá ese animal gigantesco venido del Norte, de la patria de los grandes búfalos? Si será descendiente de aquellas que yacen bajo las sierras calcáreas de los Estados Unidos, tribus de cuadrúpedos antediluvianos, cada uno de cuyos remos debió ser tan grande y fuerte como un roble? Si habrá pulpa y sangre bajo esa piel de durísimo hierro? Si se afligirá en la esclavitud y trabajo forzado á que está sometido, así como se angustia el elefante cuando apenas puede moverse bajo el mundo que gravita sobre sus lomos, temeroso de que siga hiriendo sus carnes la aguijada cruel?” Estas preguntas hacíame yo interiormente, que de tal modo me parecía vivo aquel producto maravilloso de los talleres de Filadelfia. Admiré el ingenio humano; me descubrí, y respetuosamente saludé la memoria del divino Fulton.—Ya estamos cerca de Masaya, me dijo Manuel Antonio: dentro de pocos minutos llegaremos á la ciudad. Ahora puede V. medir, en toda su grandeza, el vigor hercúleo del gigante que se viene oponiendo al empuje poderoso de la máquina. Esa mole inmensa que va quedando á nuestra derecha en tanto que la faldeamos por la izquierda, es el famoso volcán de Masaya.—Obsérvelo y verá cómo no contento con vomitar contra el cielo toda la encendida lava que revolvía en su cavernoso estómago, también en su despecho se arrancó la cabeza para lanzarla hecha ascuas contra el dios del rayo;—y ví que Manuel Antonio me decía la verdad, pues la cumbre cortada se descubrió á mis ojos atónitos como una gran mesa.—Allí, siguió diciéndome, donde se miran aquellas cortaduras hondas, que forman algo parecido á cañadas y desfiladeros, principia la laguna que da vuelta, por la base, y calza el pie del coloso como una chinela brillante. Y ahora le haré saber que gran parte de las vastas llanuras que hemos tenido á la vista, son campos solitarios y marchitos durante el verano; carecen de rie-

go y sólo la lluvia de los cielos las cubre de verdura.— En la estación seca, los animales perecerían de sed antes que de hambre, si no fueran abrevados en esa laguna de que le he hablado. Cuando por la mucha distancia no es posible verificar el ímprobo trabajo, entonces hay que abandonar esos campos á las tristezas del desierto: las casitas cierran sus puertas, el rescoldo del hogar se enfría, hierbas rastreras de color enfermizo cubren los techos, y la ortiga invade los patios.—Mientras así me hablaba, la locomotora dominó la pendiente, y ufana y triunfante corrió sobre la planicie en que se encuentra la ciudad de Masaya.

No sé si llegó primero á mi olfato el olor marcial de la pólvora, ó á mi oído el eco de sus detonaciones.— Pronto la aparición de casitas y casas fué siendo más frecuente; pronto observamos que los grupos de gente curiosa que se apostaba en el camino, iban siendo mayores; y sentimos entonces el calor y los vaivenes del movimiento de una vida condensada, de una vida de ciudad. Todos sacamos la cabeza por las ventanillas, y brisas alegres acudieron á bañar nuestros rostros en los perfumes suavísimos que guardaban en los pliegues de sus cendales transparentes. Masaya es *la ciudad de las flores*, y como un verjel iba á desplegarse á la mirada de los viajeros. Divisé á distancia el término del viaje. Lo reconocí por los ramos verdes y los grupos de flores que decoraban un edificio grande y abierto, y por las banderas y banderillas que flameaban en el mismo punto. El tren volaba, y temí por la vida de la muchedumbre hacinada á entrambos lados de la vía y bajo los techos de la estación. Una explosión de gritos, hurras y vivas entusiásticos atronó mis oídos, y, cediendo á los frenos, el tren se detuvo como caballo dócil, en la propia raya.

La ciudad quedaba cerca, y hacia ella emprendimos la marcha á pie. Los Presidentes, Ministros, Subsecretarios y demás personas de pro, formaron en fila á la cabeza de la procesión. La multitud agrupada, y muchas veces en desorden irremediable, seguía detrás. Las bandas de música tocaban, y el cañón ensordecía los ai-

res con sus truenos. Toda la población estaba de gala. Las banderas de Costa Rica y Nicaragua se sacudían al viento enlazadas ó sueltas en los edificios públicos, y en las moradas particulares. Habíamos pasado ya bajo algunos arcos de condición sencilla, cuando apareció el monumental en el centro de la población y un poco cerca de la casa destinada á nuestro transitorio hospedaje. Era un arco hermosísimo, de arquitectura elegante, aunque sencilla, en cuyas bases estaban de pie dos simpáticas criaturas femeniles, una de las cuales era *Costa Rica* y la otra *Nicaragua*. La procesión se detuvo allí unos instantes mientras pasaba la recitación ó lectura de algún discurso que no pude oír, pero que seguramente fué de congratulación para ambos Jefes de Estado. El polvo nos invadió horriblemente, y yo, que me había quedado atrás luchando con las olas que cerraban el paso, me resolví á emprenderla por otra calle, acompañado de Manuel Antonio y de otro amigo que tengo en reserva para cuando llegue á Rivas. Por fin, llegamos todos á la consabida casa. La población entera se entró por las puertas. Todos querían conocer á nuestro Jefe y presentar sus respetos á los dos altos Magistrados. Las autoridades, como era natural, fueron las que primero se adelantaron á cumplir con las leyes de la educación y de la hospitalidad.—Todo estaba listo para un almuerzo en buena forma. Olvidaba decir que en hora y media recorrimos la distancia de Managua á Masaya. Aunque había una mesa de bebidas extranjeras á nuestra disposición, yo preferí probar de los productos masayiatas. Me fué servida una copa de aguardiente verde y de sabor de whiskey, que me pareció de primera. El de mejor clase destilado por nuestros *contrabandistas* no lo habría superado. Se me dijo que era producto de granos, tal vez cebada, trigo y maíz. Probé también de uno blanco, que no era menos rico. Este debe ser sacado de caña de azúcar.—Almorzamos con gran acompañamiento, y luego dimos unas cuantas vueltas por la población, pero sin tener tiempo para examinarla, aunque sí echamos de ver que es bonita y pequeña.—Debo á Manuel Antonio la fortuna de

haber conocido á una mujer bellísima, y tal vez bien inteligente, si he de juzgar por la luz de sus ojos, que parecían dos Venus á su menor distancia del Sol; por las líneas delicadas de su rostro resplandeciente, y por las pocas palabras que me dió en cambio de las mías. He cometido la infamia de olvidar su nombre de pila, pero recuerdo que su apellido es Solórzano, y que es parienta de Ramoncito. Éste estaba con nosotros, pero no fué él quien me llevó á casa de la sílfide masayiata, sino Manuel Antonio, como ya lo dije. El amigo Cantón no debió quedar muy satisfecho de mi visita extemporánea; y así lo creo, porque mi aparición fué la causa de que pronto pusiera término á los deliquios de un entusiasmo, que á mi parecer estaba cuajado de muchos puntos amorosos. Cantón es aquel mismo joven Alejandro que pasó buena parte de su vida, tal vez los mejores años de su primera juventud, en esta tierra costarricense, á la que profesaba entonces mucho cariño y consideraba como su patria.— No sé si habrán cambiado sus sentimientos; pero me atengo al dicho de que todo pasa en este mundo, (y yo creo que también la *moneda falsa* de Manuel del Palacio) y á aquel otro que dice *espaldas vueltas, memorias muertas*. Por si acaso nos había hecho la ofensa de sesgar en sus afectos, me apresuré á darle ante el *ídolo* una broma que seguramente le quemó la sangre. Sin más ni menos le hice recordar las novias que en nuestra tierra había dejado.— Comí una tajadita de zapote dulcísimo que me fué ofrecida y me retiré admirado de la belleza de aquella mujer. No puedo olvidar la amable acogida que me dió su padre, que es un general distinguido, ni las bondades de la dulce señora que le dió la vida. Después estuve en casa de Amando Maison; tuve el gusto de ofrecer mis respetos á su apreciable familia, y de saber que Amando no había olvidado aún su patria costarricense. A las dos de la tarde, todos estábamos en la estación del ferrocarril y metidos en los carros. La máquina dió un prolongado pitazo y echamos á correr camino de Granada. Los paisajes eran tan hermosos como los que atrás habíamos dejado. Pero mis ojos miraban en cierto modo distraí-

dos por los recuerdos de Masaya, sobre todo por el de sus flores, vírgenes simpáticas y benignidad del clima.— Este, comparado con el de Managua y León, me pareció tan fresco como el de Cartago; pero si de Cartago llegase á Masaya, me parecería como el de Atenas. De repente el mar encrespado se presentó á mi vista; tal vez será el lago, dije; pero Manuel Antonio me sacó de dudas, diciéndome: es la mar de gente que nos espera tendida desde la estación hasta la ciudad. Silbó la locomotora con todas sus fuerzas, y momentos después descubrimos la población magníficamente ataviada, y la máquina se detuvo para que descendiéramos. Granada, la hermosa Granada abría sus brazos para recibirnos, y tendía su mejilla buscando el calor de nuestros besos, ya que en otro tiempo había sentido correr en su seno desgarrado por la traición y el pillaje, la púrpura de nuestras venas como un bálsamo saludable. Oh tú, la más hermosa de las deidades del lago, que besa tu pie, y humilde lo lava con sus blanquísimas espumas!, tú puedes dar testimonio de nuestro amor desinteresado hacia esa tierra bendita; bendita, sí, que bajo sus capas duermen mezclados con tus hijos generosos, los héroes del 56, que oyeron tus clamores, y desde estos términos volaron á derramar las entrañas del invasor que te oprimía bajo la suela y herraduras de su bota fuerte de conquista.





## IV.

### DE GRANADA Á RIVAS.

No me pidáis que describa el recibimiento que se nos hizo: ahorradme dificultades; sed magnánimos, y perdonadme angustias. Me considero con derecho para decir que, si hasta ahora no he sido hábil para merecer alabanza, tampoco he sido perezoso para merecer vituperio. Tomad en cuenta que el Gobierno, que tiene de há tiempo calculadas mis fuerzas, ni me habría exigido que llegara con esta crónica á más allá de veinte cuartillas, ni tampoco me haría cargos hoy, aunque ella resultare ser tan pasca como cualquier alma de cántaro;—y que yo, á pesar de todo, llevo escritas de mi puño y letra menudita, más de doscientas, cuando apenas he logrado pasar de la mitad del cuento; y no digo que cada una de mis cuartillas vale un Perú, porque prefiero evitaros que me agasajéis con el título de *persona modesta*. Mas digo con sinceridad que ni plumas más *aventajadas* que ésta que yo manejo, lograrían, con ningún empeño, describir el reci-

bimiento suntuoso que nos hicieron los granadinos. Podéis tener una cifra aproximada á lo que fué, si sumáis (y luego eleváis la suma al cuadrado y al cubo) mucha pompa, grandeza, animación, cariño, curiosidad, banderas y banderitas, festones y gallardetes, arcos de triunfo humildes y soberbios, gritos, disparos, campanarios vocingleros, entusiasmo, hombres y mujeres de todos rangos, niños de escuela enfilados, comisiones, saludos y vivas; que de todo esto hubo en abundancia en la inauguración de la vida espléndida que fué regalo de nuestro Jefe y delicia de su comitiva, durante los cuatro ó cinco días que permanecemos en Granada.—Descendimos de los carros allí donde principia una recta que corta la ciudad en su parte más ancha, y sigue hasta perderse de vista allá muy lejos. Mirada la hermosa calle desde la mota sobre que está la estación del ferrocarril, me pareció como si hubiese tenido el pavimento adoquinado con cabezas humanas; y las puertas y las ventanas y las tapias y las techumbres se presentaron ante mis ojos embellecidas con grupos de estatuas, muchas de las cuales avivaron el afán de mis sentidos antojadizos, luego que pude reconocer que eran estatuas vivas de mujeres hermosas.

Yo no pude dar paso en firme, que en medio de aquel concurso, de vaivenes irregulares y siempre recios, á veces caminaba de rodillas, de asiento, de espaldas, tambaleando como un ebrio, y creo que también de cabeza. El polvo se arremolinaba como una tromba, y nos asfixiaba y sorbía su inmenso cono; mi cabeza vaciló y mis ojos se quedaron sin luz. Yo no sirvo para las grandes marejadas; el bullicio acabó de aturrullarme, y el caudaloso río me arrastró desde entonces según su antojo. Esto explica el primer desatino que cometí en Granada. Un golpe de ola violenta me lanzó, digamos á la playa para que la figura no se rompa, aunque fué al otro lado de una tapia, donde caí todo aturdido. Qué aflixión cuando me encontré colado como por arte de magia en el jardín ó huerta que daba al interior de una casa, que me pareció de magnate por el porte de sus galerías y decoraciones del interior. Y—Ahora cómo podré salir de

este berengenal, me decía, temblando de susto, sin que alguien me mire escalar el muro, y sin que sea tenido por ladrón de corral ó tal vez por facineroso?—El sol se había desnudado, había roto todos sus velos y aproximádose bastante para ver sin dificultad la fiesta de ese día glorioso; y así quemaba de cerca con sus miradas, tostaba la piel y luego la reblandecía en agua caliente para volverla á achicharrar. Hube de acogerme al amparo de un arbusto que doblaba en forma de paraguas sus ramas tupidas de hojas anchas y de verde oscuro. Allí á la sombra, sentado sobre un molejón gastado por el uso, meditaba tristemente en mi aventura desgraciada, cuando no me sobrecogían los cañonazos repentinos, la gritería confusa y también los rumores de la muchedumbre, que herían mis tímpanos como el trueno que á lo lejos va rodando perezosamente. Ignoro cuándo habría salido de mi apuro, si otro mayor no hubiese venido con aire hostil en mi socorro. Mas, á qué molestaros con una relación que bien poco os ha de interesar? Bastará que diga que sucedió esto y aquello y que me anduve por aquí y por allá, para volver á ganar la calle salvo y sano, aunque lleno de angustia y de vergüenza. Ya en la puerta de la casa, y á tiempo que la mirada de su señor caía sobre mi rostro en son de amenaza, y así como diciéndome: te perdono, aunque sospecho que eres un pillo, logré divisar á Rosendo López y á Manuel Antonio, que se habían refugiado contra las avenidas en un remanso del impetuoso río. No perdí tiempo, me tiré á nado, partí la corriente á brazo poderoso, y me reuní con ellos.—Qué ha sido de V?—me preguntaron; y referíles el chasco que me había afligido. Se rieron á mi costa, pero no quisieron admitir que hiciera secreto del modo como pude salvarme. Mientras íbamos caminando con algún desembarazo, por deshechos que ellos conocían como buenos nicaraguanos, les dije:—Los ladridos de un perro rasgaron mis orejas, y sin más, me así de un tronco y me encaramé en la rama más alta. El demonio del ñato se precipitó de tal modo sobre mí, que si no estoy listo á subir, probablemente allí perezco entre molares y caninos.—

Siguió ladrando y saltando para cogerme siquiera un pie. A su maldita gritería acudió una mujer que, por su traje mugriento y roto y por su cara bañada en aceite de palma christi ordinario, entendí que era la cocinera. No bien me hubo visto, cuando arremangó las faldillas lastimosas y echó á correr para adentro dando voces, como una loca, á un tal don Sinforoso, que resultó ser el amo. Acude el asmático con su pecho incrustado en la espina dorsal, con sus piernas de grulla, nariz de garabato y ojillos escondidos en los últimos rincones de dos cuencas endemoniadas, y no hubo remedio: me descubrió. Saludo que me hizo: "baje V., señor holgazán y marrullero, y diga con permiso de quién ha penetrado en mi propiedad y encaramádose en esa higuera".—Respuesta que le dí: "encadene V. el perro, átelo al poste, y ya bajaré para contarle la más peregrina de las historias." Cargó la cocinera con el *dog* y descendí. Díjele al muy estevado cuanto había ocurrido, juré y volví á jurar que era inocente, leí mi diario de viaje para demostrarle que pertenecía á la comitiva del Jefe de Costa Rica, y el moscardón no se ablandaba. Quería entregarme al brazo secular; pero cuando le dí mi nombre, cambió de actitud. "Con que es V. el autor de *La Torcaz* há poco publicada en el *Diario Nicaragüense?*," me dijo; y yo respondí, servidor de V.—También soy poeta, replicó, somos colegas y no puedo perjudicarlo; sígame, le pondré en la puerta.—Cuando pasaba por el cuarto que debía ser el de sus lucubraciones poéticas, ví de paso unos borrones que principiaban diciendo: "La liebre salta y el mastín la alcanza."—Terminaba mi cuento cuando llegamos á la hermosa casa que se tenía preparada para asilar al General Soto y á su comitiva de primer grado.

No puedo recordar la fatiga y el rendimiento de entonces sin sentirme inclinado á la pereza y al descanso; y así me abstengo de entrar en la descripción de nuestra amplia y elegante morada, llena de aire, de luz y de los perfumes ricos de tres jardines, temeroso de andar frío y descolorido.—Tan pronto como atravesamos los umbrales de la ancha puerta que recorta el filo de la esquina,



acudieron Rosario Vivas y Carlos Alberto á recibir á los de la comitiva y á conducirlos á las piezas que les estaban destinadas; esto mientras el Jefe se entendía con aquella humanidad que en torrente se le acercaba y lo rodeaba buscando su mano.—*Vivas*.....estoy tentado á no hablar de *Rosario*; si yo pudiera olvidarlo, de ello me alegraría mucho, que es muy triste hacer recuerdos de los seres que se quieren bien, cuando no es posible correr hacia ellos para echarles los brazos ó apretarles la diestra. Joven todavía mi amigo inolvidable, tiene en su corazón, lleno de frescura, toda aquella sinceridad risueña que los años del cálculo, del interés egoísta, de la lucha fanática por la vida, suelen maltratar tan inhumanamente, si no la sustituyen con la mentira fraudulenta, hipócrita carcoma de las índoles y de los caracteres de más valía. Vivas es un muchacho, sin dejar de ser un hombre cuando se trata de lo serio: jovial, bondadoso y desprendido, reúne además la ventaja de su tipo simpático, que tiene el sello de la raza conquistadora, y otra, que todavía vale más, la de su educación, que es verdaderamente europea. Ha viajado y vivido en el mundo de la cultura clásica, y así departe en español lo mismo que en francés, inglés y alemán.—No me dejó reposar, me asió por una oreja y me hizo salir de la cama que en ese momento me hacía mimos y mil monadas.—Vente conmigo, me dijo, llama á nuestros amigos para que echemos juntos una cana al aire. Tengo por allí en el cuarto de mis ocios algo que será bien agradable para ustedes que vienen quemados y probablemente sedientos;—y tenía razón; sólo porque mi pereza era mayúscula no me había vaciado entre pecho y espalda unos cuantos galones de agua ó mejor de cerveza.—Y qué nos tienes de bueno?, le pregunté; qué ha inventado ese caletre para sorprendernos agradablemente?;—y el me contestó: unas botellas de *pur sang* y una maquinita de enfriar agua en pocos momentos.—Todo me pareció bien puesto en razón, y, algunos minutos después, tuve que reconocer que me entendía con un tipo lleno de talento y de previsión trascendental. En

lo sucesivo, aquel cuartito de los ocios fué el punto más agradable de nuestras citas.

Había olvidado decir que llegamos á eso de las tres y media ó cuatro. Se fueron dos horas más en recibir y agasajar visitas, en frotar los cuerpos con esponjas humedecidas en agua olorosa, en cambiar de trajes, y en afeites y demás preparativos para tomar puesto en la mesa con la debida decencia.—A las seis de la tarde se nos sirvió la comida. No echamos de menos ni los potajes, ni los vinos, ni el servicio de Palacio en Managua. Yo, de mi parte, llegué á pensar, mientras comía, que aun estaba en la capital; y mi ilusión no se habría desvanecido, si hubiera llegado algún plato extraordinario, regalo especial de doña Engracia de Carazo para el señor Presidente nuestro Jefe; pues que en Managua no faltó nunca el obsequio delicado de la señora.—La mesa estaba colocada en uno de los anchos corredores, de los cuatro que cerraban un cuadrado grande y perfecto, cuya superficie descubierta formaba el patio en que lucía su verdura y flores de formas y matices diversos, el precioso jardín, que ostentaba en su medio una hermosa fuente de hierro, ornada con estatuillas de bronce y con garzas níveas que nadaban, ó bien permanecían firmes sobre los bordes de la fuente, con el largo cuello ensamblado entre los dos muñones de las alas, y con una inmovilidad tal, que hacía pensar que fuesen figuras artificiales modeladas en mármol ó alabastro; pero á las vegadas dejaban ver el serpentino cuello, en tanto que componían su plumaje con el largo, derecho y delgado pico de color negruzco. Los alcarabanés oficiosos, que cuidan del aseo de los jardines y de las casas, no dando cuartel á bicho viviente, que son agentes severos de policía doméstica y verdugos implacables de zabandijas y demás alimañas repugnantes, paseábanse solemnemente á largos pasos, con aquel su aire de misterio ó de aves agoreras, por entre los frondosos siembros, á la sombra de los arbustos educados; con sus cabezas voluminosas y aplastadas como las de algunas sierpes, con sus ojos grandes, redondos, amarillosos, de superficie casi recta y al nivel de los bordes

de las cuencas; con su cuello apenas menor que el de las garzas, y piernas tan largas como el de éstas, partidas más arriba de la mitad por la coyuntura, y con su plumaje ceniciento, matizado de amarillo de oro bajo. De vez en cuando lanzaban graznidos secos y odiosos, que contrastaban grandemente con el suavísimo arrullo de las palomas montaraces ó cimarronas, de collar negro y vestidura parda, casi morada, que en uno de los corredores vivían aprisionadas con otras aves menudas, y también con pequeños cuadrúpedos como ardillas y conejos, en grandes pajarras cerradas por los costados con rejillas de alambre, y por arriba con madera tableada.

Aquella casa de altos muros, y de dimensiones enormes por los cuatro vientos, tiene cuantas comodidades pudieran ser apetecibles para vivir una vida de sultán, á lo menos de Marruecos. En la propia esquina, donde está tallada la ancha puerta de entrada principal, queda un precioso departamento cuadrado, que viene á ser como la ante sala: el General Soto le dió esa aplicación.— Siguen á mano derecha una sala espaciosa y rectangular, que fué destinada para recibo, y en la misma dirección otra más pequeña, de líneas iguales, que sirvió de alcoba al Presidente, al señor González Víquez, y creo que á don Manuel Aragón. Volviendo de aquí hacia la izquierda, queda la hermosa galería que sirvió de comedor. En frente de los primeros departamentos, quedan los cuartos que fueron distribuidos entre los miembros de la comitiva, y siguen piezas que dan vuelta por el último costado, ocupadas por la señora de la casa y varios miembros de su familia. No faltaron, pues, en nuestra lujosa morada, ni flores que perfumaran el ambiente, verdura que refrescara los ojos, trinos de aves que halagaran el oído, ni tampoco la palabra dulce, las sonrisas halagüeñas, ni aquel movimiento y bullucio desconcertadamente armonioso, que son el regalo encantador de la vida doméstica ricamente llevada. Cuando la tristeza y el hastío, que vienen en pos del deleite de los sentidos, buscaban modo de tomar posesión de nuestros corazones, luego se presentaban á nuestras miradas los atractivos de alguna seño-

rita de la casa, ó la grave majestad de la matrona anciana, ó el porte severo y seriedad cariñosa de la joven consorte de Rosario, ó bien las travesuras y cabriolas de su niño inquieto y delicioso. También había *bebés* que nos tendían sus bracitos redondos y manecitas regordidas, llenos de sonrisas candidas en la boca, y de miradas como deben ser las de los ángeles, en los ojuelos vivos. Aquella vivienda es una ciudad, una ciudadela, ó por lo menos un castillo de antiguos condes. Tiene tiendas de comercio, cuadra, dos patios más hacia el interior, que son otros tantos jardines con su riego necesario, buen cuarto de baño, con su estanquillo para inmersión y regadera para aspersión. Está hecha, como ya lo dije, para la vida doméstica lujosamente llevada. La ornamentación de las salas puestas á disposición del Presidente, no dejaba que desear: grandes espejos de marco dorado; finos tapices; zócalos y cornizas con arabescos, y que parecían de oro, estatuillas bronceas, que representaban caballeros antiguos con su armadura; pavimentos de mosaico y alfombrados, y cortinas gruesas de lustrosa seda que velaban las ventanas y se abrían en las puertas interiores. En Costa Rica yo no he visto casa tan grande, tan cómoda y lujosa; y como esa hay más de otra en la ciudad de Granada. No pocos de los Lacayos y Chamorros ostentan buen gusto, y viven con verdadera decencia y holgura. La casa que he pretendido describir es propiedad de la venerable señora viuda de don Fernando Lacayo, tronco importante de muchos individuos de ese apellido. Pero volvamos á la comida, que ya casi me he olvidado de ella.

Sentáronse á la mesa algunos amigos de Managua y de Granada. El Presidente Carazo y su comitiva vivían á distancia de nosotros. Mientras hacíamos á los platos todo el perjuicio posible, don Roberto Lacayo, conocido entre nosotros con el nombre de Capitán, tomó la palabra. Hombre de muchas excelencias, es de índole muy comunicativo y de gracia suprema para contar historias peregrinas.—Si quieren oír mi cuento, pongan atención, nos dijo; y nosotros preparamos las orejas pa-

ra escuchar, pues que estábamos seguros de que la relación nos había de interesar mucho.—Pues bien, siguió diciendo: érase un italiano recién llegado á esta ciudad, la que, como ustedes han de verlo, abraza por dentro y fuera hasta en la hora del gallo de nuestro señor San Pedro. Y sucedió que el forastero hubo de prendarse luego de una bella señorita, cuya madre vivía aún. Para no andarse haciendo el oso ridículamente, suplicó á otro italiano, conocedor viejo de nuestra sociedad, y relacionado bien con nuestras familias, que le diese una carta de presentación para la señora doña Fulana, madre de la virgen granadina. Obtuvo lo que deseaba, y un martes á las doce del día, encaminó su persona muy aliñadita á casa de su morena, bien instruído por su paisano en las costumbres de este pueblo. Sabía, por ejemplo, que nuestras mujeres son muy amigas de agasajar con friolerías y chucherías á sus visitas, y que ven con sumo desagrado cualquier rechazo de sus presentes. Llegó, pues, el susodicho italiano á la casa de sus desvelos, á tiempo que debía entenderse solamente con la mamá, pues la niña andariega, se divertía á la sazón visitando tiendas. No hablaba el italiano dos palabras de español, y fué grande su embarazo. Pero había entregado su carta y colocádose luego en un sillón de cojines. La señora lo miraba, él la veía y ambos cambiaban sonrisas, y todo aquello fué pantomima, hasta que el buen súbdito de Humberto se resolvió á decir, declamando: *Madona, molto caldo!* que tanto quiere decir en romance como *señora, mucho calor*. Pero la señora entendió que le pedía una buena taza de caldo, y, aunque maravillada de la originalidad del italiano, ordenó á la criada que le trajera una triple ración de los primeros hervores de la olla. Pronto compareció la muchacha con una escudilla repleta de la susodicha sustancia, y el italiano se vió en el caso de apurar aquel veneno en los momentos mismos en que sudaba la gota. Repitió con más vehemencia: *molto caldo!* y la señora, no sin incomodidad manifiesta, hizo venir otra ración todavía más grande, y el infeliz de nuestro hombre, no se atrevió

á rechazarla y hubo de engullírsela, jurando á media voz, y por fortuna en italiano. Dice por tercera vez: *molto, moltísimo caldo*, y la criada se presenta con una sopera hasta el gollete. El italiano que la ve venir, y que dice: pies, para qué os quiero; y cuentan que sin despedirse salió á todo escape y que de vez en cuando miraba hacia atrás, como temeroso de que el diablo le siguiese. Utilidad que reportó: curarse radicalmente de su enfermedad amorosa.—Desde entonces, concluyó diciendo el Capitán, tenemos costumbre aquí en Granada, de bromear á los amantes desdichados, atribuyéndoles que bebieron caldo.

Cuando nos levantamos de la mesa, era noche.—Cada cual se retiró á su estancia en busca de reposo. Me tendí en milecho, que era un catrecito que convidaba á dormir por blando y fresco relativamente, y otro tanto hicieron los que conmigo estaban en el mismo cuarto, es decir; los señores Faustino Viquez, cónsul, y Pablo Biolley. En el contiguo estaban acomodados los señores Ulloa, Gutiérrez y Mora. Presumo que todos habían salvado las lindes de esta vida de zozobra, y bebido en el Leteo, cuando oí entre sueños una palabra enérgica que decía: arriba muchachos y abajo la molicie: os necesita el General Soto, que tiene muchas visitas y es preciso que le ayudemos á atenderlas convenientemente: también vosotros sois solicitados por personas que desean veros.—Yo me puse en pie como un estúpido, sin darme cuenta de lo que pasaba; me restregué los ojos con las puntas de los dedos, y ya pude conocer á don Manuel Aragón.—Me arreglé un poco, y sin más tardar, salí con los compañeros camino de la gran sala de recibo.

Ya en Managua habíamos tenido ocasión de conocer á varios granadinos, y hasta de estrechar con ellos relaciones amistosas, y esto explica la comunicación íntima en que pudimos entrar con tantas personas desde el momento en que llegamos á la ciudad. Esta había estado representada por muchos de sus hijos predilectos en el famoso baile de que hablé en el capítulo anterior. Ni faltaron en él granadinas que, armadas de punta en blan-

co y con todos los arreos de la belleza, guerrearán contra el reposo de algunos de los nuestros, en términos tales, que, al fin de la acción, hubo quiénes quedaran contusos de la cabeza y heridos de muerte en los sensibles pechos.— Como era natural, esa noche nos relacionó con todas aquellas personas que, después en Granada, nos obsequiaron con solicitud, y sirvieron de fundamento á nuevas amistades. Nuestra entrada en esa población fué un verdadero triunfo, y nuestra vida, una constante renovación de aquella edad de oro en que la paz y la fraternidad gobernaban á los hombres. Hasta hubo pastoras, zagalas y zagalejas, no andariegas ni tampoco de pómulos redondos y colorados como una *pitahaya*, pero sí garridas y dulces como la fruta del cercado ajeno, que se dignaran mirar con ojos piadosos á los enamorados de la égloga y del idilio.

Granada es una ciudad llena de vida: es más pequeña que San José, pero su actividad está casi en razón directa con la de esta población, que, verdaderamente, corre á paso de galgo que persigue la caza. No es bella, y tal vez ni siquiera bonita: su arquitectura corresponde en su mayor parte á los usos del pasado; pero tiene cierta gracia, un conjunto tan simpático, que no sería posible conocerla sin amarla luego. Se parece á esas mujeres que, sin tener líneas correctas en la cara, y sin llevar elegante vestidura y dijes que atraigan las miradas, seducen, sin embargo, con la gallardía y frescura de la juventud y el esmalte de la virginidad. Las casas, con rarísimas excepciones, son de un solo piso; pero tienen muros altos y departamentos amplios y bien ventilados. Las más modestas reúnen también, en lo posible, condiciones propias para hacer frente á los rigores del clima. Cielos rasos no se ven sino en algunas de las mejores, y los suelos son de tierra ó de ladrillos. Apenas habrá vivienda principal, que no posea patio, jardín y huerto. Granada, lo mismo que las otras ciudades nicaragüenses que conocí, es muy aficionada á los árboles: no tiene alamedas, no tiene parques públicos; pero apenas hay casa que no esté sombreada y abanicada por las grandes y hojosas ramas de los troncos robustos que se alimentan en su cercado. Masaya

tiene orgullo en llamarse la ciudad de las flores, pero Granada podría reírse, con fundamento, del pomposo título de que se pavonea su hermana. Su aire corre embalsamado como el aliento de la mujer que tiene la dicha de ser ídolo de algún poeta. Está colocada en un plano bastante oblicuo, y algunas de sus calles son bien quebradas: tienen éstas poca anchura y piso bastante vulgar y hasta primitivo. Las aceras, donde las hay, son inaceptables por su estrechez é irregularidad; tienen á veces la apariencia de graderías: contribuyen á hacerlas incómodas, las ventanas, que son de rejas de hierro voladas, como en otro tiempo lo fueron entre nosotros. Pero no escasean las casas en que el gusto moderno ha entrado suficientemente. Las tiendas de comercio apenas pueden compararse con aquellas de laya común que tiene nuestra capital, y difícilmente con las mejores de la ciudad que menos brille en Costa Rica por su lujo comercial. Pero el movimiento del comercio me pareció superior á lo que pudiera razonablemente exigir la ciudad, calculado su número de habitantes, y tomadas en cuenta las costumbres modestas de la mayoría. Me atreví á llamar la atención de un nicaragüense, sobre este particular, y entonces supe que Granada es emporio de muchas otras poblaciones de Nicaragua. Como es la ciudad principal que está sobre el lago, ella tiene monopolizado el comercio con el exterior, ó bien, pasan por ella las manufacturas extranjeras que van destinadas á distintas partes, inclusive Managua. Tuve ocasión de notar que las mercancías son más caras que entre nosotros: por una luna de Venecia, que podría comprarse aquí en setenta pesos, me pidió el amigo Barillas cien ó ciento veinte; y así fuí observando que los precios de cada artículo son más altos que en San José. No creo que el fenómeno corresponda á dificultades ó gastos mayores de mera introducción, pues Granada tiene en su lago y río de San Juan, vía expedita y menos cara que las nuestras para comunicarse con el mundo de fuera; y así debo calcular que, si tampoco la avaricia levanta los precios, han de ser los derechos fiscales.—El comercio que nosotros hacemos, principalmente los sá-

baños, en nuestro mercado, allí, aunque en menor escala, se hace todos los días en los portales de la plaza de los Leones, y creo que en algunos otros. Recuerdo que varias veces me pasee por esos sitios, y que las mujercillas vendedoras, que eran casi siempre mujeronas de pelo en pecho, me metían por los ojos sus frioleras para que les comprara. En esos portales apenas se expenden ropas mezquinas, baratijas, frutas, verduras, granos y comestibles diversos ya preparados. Contáronme que el pueblo, ó sea la clase inferior, se alimenta con muy poco gasto: cualquier roto come con *medio* ó un *real*. Esta circunstancia que parece muy favorable para la clase pobre, es sin embargo causa y signo de su desgracia. Se contenta con el escaso salario que le pagan por su trabajo, en cambio de comer cualquier cosa y de vestir muy mal. Los de mejor fortuna le proporcionan con qué viva, pero ella no tiene manera de redimirse de su humillación y bajeza. Parece que otro tanto sucede en todo Nicaragua; y esto explica por qué en las ciudades se ve tanta gente andrajosa, que está acusando la más infame pobreza: en cambio, hay gentes que viven con holgura y hasta con lujo. Este es escaso todavía, afortunadamente; pero cuando los ricos sean tocados de la soberbia insultante, y se decidan á gastarlo á manos llenas, si el pueblo no mejora de suerte, entonces los contrastes sociales podrán ser tan escandalosos como lo son en nuestra preciosa Guatemala y la gran capital de México, donde el bichito que es engendrado por el mugre de la miseria, parece que corre sobre las ondas de seda de la opulencia. Cuántas veces no ví en la altanera calle de Plateros, codearse á las grandes señoras y los señorones entufados con aquella plebe lastimosa y harapienta, que parece agarrada de la nuca por los cuervos! La propiedad está mal, muy mal repartida. También en nuestras capitales suele asomar la penuria su rostro macilento, pero no tanto de seguro como en esas otras. Además, por aquí sucede lo contrario de lo que por allá. El chillido del hambre sale menos de la clase baja que de la media y alta; y estas dos últimas, ya se sabe que en todas par-

tes, por su misma condición, encuentran con cierta facilidad apoyo que remedie sus necesidades, aunque sea pasajera; en tanto que el *pueblo* que es desgraciado, suele encontrar siempre desdeñosos y empedernidos los corazones. Que todavía no podemos prescindir de las añejas necesidades; de pensar muy seriamente con Aristóteles que unos hombres nacen para señores y otros para siervos. Más que las instituciones liberales, huecas y extemporáneas las más de las veces, y casi siempre calculadas para que sirvan de mordaza á los que se retuercen, han de ser el trabajo, y la propiedad convenientemente distribuída, los salvadores de la clase vilipendiada. La escuela misma, donde no se come, apenas sirve para hacer sentir más vivamente los mordiscos de la mala fortuna; que es preciso redimir el cuerpo para redimir el alma: (Mens sana in corpore sano).—

En Granada hay capitales tan fuertes como los más poderosos de Costa Rica, y eso que la propiedad vale poco. Cuando ésta eleve su precio á la altura que debe llegar, si una política sabia proscribiera el egoísmo casero que la perjudica, esos capitales tendrían que ser muy superiores á los nuestros, que están fundados principalmente en el alto valor de los inmuebles. Por desgracia en Nicaragua, ó mejor dicho en algunos de sus hombres políticos, prevalece todavía el espíritu de estrechez y de retraimiento que atranca con doble cerrojo las vías de comunicación y las escasas corrientes comerciales; por donde, á ser desprendidos, podrían los intereses diversos recibir muchos beneficios. Ahora mismo acabamos de ver con gran pena, cómo el Congreso de esa República desaprobó el benéfico tratado Soto-Carazo, por una de cuyas cláusulas se le concedía juiciosamente á Costa Rica libre navegación en el río San Juan y Lago de Granada, siempre que fuera por motivos de comercio. Costa Rica es un país pequeño, que no puede prometer grandes ventajas á Nicaragua; pero qué más querría ésta que ver llegar á sus puertos las naves de un pueblo honrado y laborioso? Que verse en comunicación pronta y desembarazada con un país ávido de echar abajo el mío y el tuyo



que la separan de su hermana? No es cierto que el capital de Costa Rica y el capital de Nicaragua se pondrían en gran movimiento pasando de éstas á aquellas arcas, y viceversa, pero siempre en ventaja de ambos? No es cierto que las dos sangres se juntarían más fácilmente hasta formar una sola familia? Y no es cierto que nunca se hace sacrificio cuando se persigue la prosperidad y la grandeza? Por otra parte, nada de gratuito tenía la concesión de Nicaragua; que buena recompensa le daba Costa Rica en el abandono que le hacía de un valioso tesoro: de todas las aguas de su vía fluvial, conocida con el nombre de río Colorado. Sin que éste sea vaciado en el San Juan, es posible que el San Juan deje de ser navegable en tiempo no lejano. También nos comprometimos á contribuir con nuestro fisco al mejoramiento de la vía. Y, sin embargo, mientras que nosotros obramos en términos tan convenientes para los intereses de ambos países, el Congreso nicaraguano rechazó la convención, que habría sido fuente de lisonjera tranquilidad y mutuo provecho.

La propiedad vale poco. Una casa bien situada no vale quizás lo que en igualdad de condiciones podría valer en nuestras últimas calles. Los alquileres son bien módicos. Las tiendas más ventajosas para el comercio apenas rentan. Pero la verdad es que la realización de mercancías en el punto más acreditado, no puede compararse ni con mucho á la que hace aquí cualquiera de nuestros comerciantes afortunados.—Hay un *club* ó casino, (como debe ser) que se alimenta en el bolsillo de lo más selecto de la sociedad. Comparado con el que existe en nuestra capital, significa bien poco, pero vale mucho más que lo que tenemos en las otras ciudades. En cuanto á edificios públicos, haylos; pero no recuerdo haber visto ninguno que me llamara fuertemente la atención. Los más notables son: el que sirve de hospital y dos iglesias, la Merced y San Francisco. El camposanto tiene belleza y merece elogio.

La reina del lago es muy inferior á San José, y no menos importante que cualquiera de nuestras otras